XVI Premio de Novela Corta
Diputación de Córdoba



JOSÉ LUIS MUÑOZ

CAZADORES EN LA NIEVE

«Fórmula de la quintaesencia Muñoz: microclima negro + nieve tenebrosa = eclosión roja». **FERNANDO MARÍAS**

Marcos, un forastero, aterriza en Eth Hiru, una pequeña población del valle de Arán próxima a Francia, cuando ETA declara su alto el fuego unilateral e irreversible. Un día en el bar del pueblo, Marcos coincide con el teniente de la Guardia Civil Antonio Muñiz, jefe del puesto, y cree reconocer su voz, lo que le llevará a revivir su pasado. La estancia del recién llegado a esa pequeña localidad rural coincide con una escalada de tensión entre sus pobladores, en la que afloran rencillas que dan paso al deseo de venganza y a la violencia. La aparente paz de ese enclave idílico se ve perturbada y todos se preguntan quién es el forastero y a qué ha venido.

José Luis Muñoz

Cazadores en la nieve

A Silvia y Martín, mucho más que amigos, que regentan un bar muy especial, Hiru, en la población aranesa de Bossòst, entre cuyas paredes empezó a nacer esta historia.

A los habitantes de Bossòst, que me acogieron con cariño en esta octava vida y nunca le preguntaron a este forastero qué hacía en su pueblo.

Al Valle de Arán, «mi montaña mágica», por cuyos bosques espero seguir paseando.



El cuadro *Cazadores en la nieve* es una de las obras maestras más reconocidas del pintor flamenco Peter Brueghel el Viejo. El óleo sobre tabla, pintado hacia 1565, representa el regreso de un grupo de cazadores y sus perros a su pueblo que aparece tras un terreno abrupto y copiosamente cubierto por la nieve. Abajo, en un segundo plano, y en perfecta perspectiva, se aprecian tres superficies heladas en donde la gente patina. Es el cuadro de mi infancia, que descubrí en la reproducción de un libro de pintura flamenca de mi padre en 1958. Me encontré frente al original en el Museo de Historia del Arte de Viena en el invierno de 1999, sin buscarlo. Actualmente vivo dentro del cuadro y todavía no he salido de él.

«El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos».

William Shakespeare

PRÓLOGO

UN RUIDO SORDO QUE NUNCA CESA

Una sensación de frío de la que no podemos librarnos. Un aislamiento voluntario, o puede que forzoso. Tiempo detenido. José Luis Muñoz nos sumerge en Eth Hiru, un pueblo del Valle de Arán. Allí no hay más de quinientas almas y el turismo no es precisamente habitual. *Cazadores en la nieve* transcurre en el pasado reciente, justo cuando ETA anunciaba el cese de la violencia, durante el mandato de Zapatero.

Hace frío. Esa sensación térmica potencia el clima emocional de la novela. El teniente de la Guardia Civil Antonio Muñiz trata de cerrar las heridas del pasado —emocionales y físicas por una bala disparada a traición— junto con una esposa con la que apenas comparte palabras ni colchón. Un buen día, la calma aparente del pueblo sufre un ligero cambio que acabará siendo determinante: llega un forastero que se hace llamar Marcos y ha venido «a ver crecer la hierba». Así lo expresa él mismo en varias ocasiones. En

realidad es un terrorista de ETA retirado. ¿Seguro que retirado? ¿Le queda alguna bala en la recámara?

Los protagonistas de *Cazadores en la nieve* —tanto el agente del orden como el fuera de la ley— tienen mucho que callar. Y en su silencio experimentan una pasión que lejos de suavizarse con el tiempo, les consume cada vez con más fuerza, con más urgencia. Precisamente al pensar que están metiendo sus demonios en cintura, acaban confirmando la fuerza de un destino que no pueden y quizá tampoco quieren evitar. José Luis Muñoz retrata esta inmersión en el miedo y lo irracional con delicadeza, prestando mucha atención a cualquier detalle del ambiente, retratando la magnitud de ese entorno natural «ajeno al paso del tiempo y al frío» que con su grandeza muestra lo absurdo de esas luchas.

Cazadores en la nieve es además una novela arriesgada y difícil por abordar una temática, el terrorismo, que provoca siempre polémicas cuando no incomodidad o rechazo. Si nos paramos a pensarlo, no hay en nuestro país demasiadas obras de ficción que aborden este asunto, y posiblemente tendrán que pasar décadas hasta que cicatricen las heridas y se pueda abordar la temática con normalidad. Recordad la excelente película *Sombras en una batalla* (1993), de Mario Camus. No es una cita casual: de alguna manera, Muñoz ha heredado la delicadeza del cineasta de Santander, la calma y el distanciamiento a la hora de retratar esos ambientes de tensión permanente y violencia contenida.

José Luis Muñoz no es precisamente un debutante. Desde su primera novela, aparecida a mediados de los ochenta, ha confirmado una trayectoria constante y esforzada, siendo uno de los grandes especialistas de novela negra en España. *Cazadores en la nieve* presenta el desafío de retratar un conflicto jugando a mínimos, centrándose solo en un puñado de personajes trágicos, atrapados en el recuerdo de momentos dolorosos. Por su calado psicológico, puede recordar a las mejores páginas de David Goodis. Dejamos como pasatiempo para los lectores más cinéfilos la tarea de identificar los guiños al cine norteamericano de los setenta. Sobre

estas páginas planea el recuerdo de cineastas como Arthur Penn o Michael Cimino, representantes de aquel Hollywood que se atrevió a ser más libre y contestatario. Y es ese mismo espíritu el que anima a nuestro escritor.

«El pasado no existe. Es una nebulosa que solo se recupera en sueños que son tan reales como el presente». Esa permanencia de lo que fue es lo que da ese espesor a un silencio, casi un ruido sordo, que nos acompaña a todas partes.

David G. Panadero.

CAPÍTULO 1

NUBES

Las nubes bajas cubren los tupidos bosques que tapizan los montes cercanos, desde su nacimiento hasta la cúspide, seiscientos u ochocientos metros de desnivel desde el curso del río Garona a las cimas. La nubarrada es una capa gaseosa y blanca que se desmadeja por las rachas de brisa y desciende lenta e inexorablemente con la amenaza de engullir el valle, devorarlo, borrarlo por horas, quizá por días. Llovizna, una ración de agua que es como un aspersor para mantener el verdor inalterable del lugar, como lleva haciéndolo durante siglos. El otoño se intuye en las copas de los árboles de hoja caduca: robles, castaños y avellanos que ya empiezan a virar de color, del verde al ocre, y de este al amarillo, para luego dejar caer las hojas y formar una espesa alfombra en las pistas y senderos, mientras los oscuros pinos negros alpinos y los impactantes y enormes abetos mantendrán su hoja inalterable.

El teniente de la Guardia Civil Antonio Muñiz Parra escudriña por la ventana de su cuarto de baño ese paisaje nebuloso y le entra frío y un cierto desasosiego: el verano ha terminado y empieza ahora la estación intermedia del año, cada vez con menos horas de sol y temperaturas más bajas, que le llevarán inexorablemente hasta el invierno. La cuchilla de afeitar Gillette abre surcos entre la espuma que cubre su cara y la va rasurando a la perfección, respetando el poblado bigote, hasta hace pocos años negro, pero ahora blanquecino, que es una de sus señas de identidad desde que ingresó en el cuerpo: nunca se lo quitó. Como los vaivenes de una máquina quitanieves va la cuchilla por su rostro curtido y de piel dura. Una vez afeitado, orina, y después, entra en la ducha, se enjabona con un escalofrío y deja que el agua corra un buen rato antes de situar su cuerpo bajo el chorro que sale de la alcachofa metálica, para darle tiempo a que se caliente.

El teniente Muñiz suele inspeccionarse el cuerpo mientras se asea. Es una rutina para un tipo de costumbres inamovibles. Es robusto: metro ochenta y cinco, noventa kilos de peso bien repartidos gracias a los ejercicios diarios en el gimnasio del cuartel. Mientras se desprende de la espuma de jabón que cubre su torso, se acaricia los bordes rosáceos de una pequeña cicatriz bajo el pezón derecho, poco más que del tamaño de una uña. La marca menguaba con los años. Con el tiempo sería una simple irregularidad en su piel, no más grande que una verruga. Pero le sigue doliendo veinte años después cada vez que cambia el tiempo: ahora, con esas nubes bajas que no dejan pasar el sol, que, con la ausencia de viento, se han detenido sobre el valle.

Desenrosca el tapón de la botellita de cristal de colonia Varón Dandy, vierte un poco en la mano y se lo aplica en el pecho, vientre y muslos. Otra rutina y una fidelidad absoluta con la marca.

A las nueve de la mañana, cuando baja a la cocina arropado por el albornoz blanco, tiene el café sobre la mesa cubierta con un hule a cuadros. Ana se levanta antes que él todas las mañanas para calentarle la leche sobre la que echará el café soluble, dos

cucharaditas de Nescafé, y la de azúcar. Ella sale de la cama cuando nota que él la abandona después de que suene el despertador y su desagradable alarma la desvele. Otra rutina repetida durante veinte años, los que lleva en el pueblo el teniente Muñiz cuando vino a hacerse cargo de la comandancia y aquel lugar les pareció el paraíso tras su paso por el infierno de Bilbao. Ana es cinco años más joven que él, pero parece mayor. Es alta, delgada, seca, con una gran mata pelirroja que le brota cuatro dedos por encima de la frente e innumerables pecas en los brazos y en las manos, como un sarpullido, porque algunas de ellas son inmensas, como manchas. Imposible no fijarse en ella. Imposible pasar desapercibida en un pueblo de no más de quinientas almas y doscientas casas de piedra y tejados de pizarra inclinados que se extienden a lo largo del río Garona, alrededor de su primitiva iglesia románica, cuyo campanario acaba en tejado de pico y lleva presidiendo el enclave desde el siglo XII.

—¿Qué tal, cariño? —Es un saludo automático que no incluye afecto.

—Llega el otoño —gruñe sentándose a la mesa, ahogando un bostezo.

El teniente Muñiz dejó de besarla por las mañanas hace cinco años, los mismos que ha dejado de tocarla. Duermen en la misma cama, sí, pero cada uno en su esquina, dejando entre ambos una separación tal que podría perfectamente interponerse una tercera persona entre ambos. Tampoco suelen hablar mucho, porque no hay temas de conversación comunes, más allá del tiempo y la salud de los padres; por eso Ana, para que el silencio entre los dos no se haga tan violento, prende el pequeño plasma que han comprado meses atrás en el Eroski de Vielha y sintoniza Telecinco que, a esa hora, emite el informativo, y que no apagará cuando su marido cierre la puerta de la casa para ir a sus obligaciones; así se pondrá al día de los entresijos que hacen referencia a la corte de famosos que pueblan las horas de emisión matutina de la cadena y airean sus vidas privadas, sus flirteos y sus miserias, reales o inventadas.

El café con leche está caliente. Eso le gusta al teniente Muñiz, más en invierno, que se calienta las manos colocándolas alrededor de la taza de porcelana azul; y el cruasán de la panadería del pueblo, crujiente, con una capa de dulzaina por encima, barnizándolo, que lo convierte en un objeto pegajoso. Prestan atención ambos a lo que dice el conductor del informativo, un tipo estrangulado con una corbata, corte de pelo a lo marine del ejército de Estados Unidos y embutido en una rígida chaqueta azul, mientras en la pantalla aparecen unos encapuchados con *txapela* bajo el logotipo de un hacha y una serpiente enlazadas y las palabras «ETA» y «Euskal Herria» al fondo.

—La noticia del día es el comunicado en el que ETA da cuenta del fin de su actividad armada —dice el presentador del telediario, ausente de la pantalla.

Habla uno de ellos, el que está sentado en el centro, una mujer.

> «Euskadi Ta Askatasuna, organización socialista revolucionaria vasca de liberación nacional, desea mediante esta declaración dar a conocer su decisión: ETA considera que la Conferencia Internacional celebrada recientemente en Euskal Herria es una iniciativa de gran trascendencia política. La resolución acordada reúne los ingredientes para una solución integral del conflicto y cuenta con el apoyo de amplios sectores de la sociedad vasca y de la comunidad internacional».

El teniente Muñiz esboza una mueca de incredulidad y asco. Parte el cruasán por la mitad. Lo moja. Se chupa la yema del dedo gordo de la melaza que le deja.

> «En Euskal Herria se está abriendo un nuevo tiempo político. Estamos ante una oportunidad histórica para dar una solución justa y democrática al secular conflicto político. Frente a la violencia y la represión, el diálogo y el acuerdo deben caracterizar el nuevo ciclo. El

reconocimiento de Euskal Herria y el respeto a la voluntad popular deben prevalecer sobre la imposición. Ese es el deseo de la mayoría de la ciudadanía vasca».

Ana deja de mirar a la pantalla del televisor para espiar la reacción de su marido. La presión de los dedos de su mano sobre la loza de la taza de café con leche resulta inusual.

«La lucha de largos años ha creado esta oportunidad. No ha sido un camino fácil. La crudeza de la lucha se ha llevado a muchas compañeras y compañeros para siempre. Otros están sufriendo la cárcel o el exilio. Para ellas y ellos nuestro reconocimiento y más sentido homenaje. En adelante, el camino tampoco será fácil. Ante la imposición que aún perdura, cada paso, cada logro, será fruto del esfuerzo y de la lucha de la ciudadanía vasca. A lo largo de estos años Euskal Herria ha acumulado la experiencia y fuerza necesarias para afrontar este camino y tiene también la determinación para hacerlo».

—¿Por qué cojones se les da cancha a esta gentuza? —se pregunta en voz alta el guardia civil.

«Es tiempo de mirar al futuro con esperanza. Es tiempo también de actuar con responsabilidad y valentía. Por todo ello, ETA ha decidido el cese definitivo de su actividad armada. ETA hace un llamamiento a los gobiernos de España y Francia para abrir un proceso de diálogo directo que tenga por objetivo la resolución de las consecuencias del conflicto y, así, la superación de la confrontación armada. ETA con esta declaración histórica muestra su compromiso claro, firme y definitivo. ETA, por último, hace un llamamiento a la sociedad vasca para que se implique

en este proceso de soluciones hasta construir un escenario de paz y libertad.

»*Gora Euskal Herria askatuta! Gora Euskal Herria sozialista! Jo ta ke independentzia eta soziañismoa lortu arte!*[1]

»En Euskal Herria, a 20 de octubre de 2011».

Ana, de pie, al lado de su marido, no pierde de vista la pequeña pantalla del plasma de su cocina. Un portavoz del gobierno acoge con moderado optimismo el comunicado de la banda armada. Un miembro de la oposición dice, por primera vez, que se abre un camino de esperanza. El teniente Muñiz moja el cruasán que resta en el café con leche y lo mordisquea suavemente procurando no mojarse el bigote.

—¿Te los crees? —Ana, de pie, bebe a pequeños sorbos un café muy negro, sin apenas leche.

—No. Otra tregua trampa. Pero esos miserables están completamente derrotados. Espero que ese descerebrado de Zapatero no haga ningún tipo de concesiones y se pudran todos esos hijos de puta en la cárcel. Cuando veo estas cosas y pienso en la cantidad de gente que se han llevado por delante esos miserables cobardes, me enciendo por dentro. Y encima encarcelaron al general Galindo. Muchos tipos con sus redaños y ya habríamos terminado con esa maldita lacra. Pero mierdas de políticos mariquitas te vienen con sus métodos civilizados. Como si civilizado fuera hacer saltar por los aires a una madre con su bebé.

Ana toma la mano de su marido y este se la aprieta con fuerza.

—¿Los sigues odiando?

El bigote cano del teniente Muñiz se curva en una sonrisa amarga.

—¿Qué crees? Eso no se olvida. Con toda mi alma.

Todavía escucha el estallido seco del disparo y el dolor intenso del boquete que se abría en el pecho por el que entraba aire helado de la ría de Bilbao y salía sangre a borbotones. La mancha negra se

extendía por la guerrera verde que hacía de secante. Tendido en el suelo, no acertaba a empuñar su arma reglamentaria, no tenía tacto en las manos. Antes de que se le nublara la vista pudo ver al tipo con pasamontañas gris que le había disparado y alzaba la nueve milímetros Parabellum para propinarle el tiro de gracia en la cabeza. Ojos azules. Una mirada fría. Le temblaba el pulso a pesar de que tenía asida la culata del arma con las dos manos. Por lo que fuera no apretó el gatillo. Su compañero de patrulla no tuvo tanta suerte.

—Compra un pollo para el caldo a la Sarita. Cuando el teniente Muñiz se ha vestido con su uniforme verde oliva y sale de la casa con la gorra bajo el brazo, Ana, tras darle un beso rápido en la mejilla, un picotazo automático, vuelve a la cocina, toma una botella de anís del Mono que saca de una alacena cubierta con cortinilla de tela a cuadros y se sirve un vaso.

—Ante ustedes, Beléeen Esteeeban.

Y empieza el repugnante circo cotidiano que sigue con atención hasta poco antes de la hora de la comida. El sol no se deja ver en todo el día.

Mientras el teniente Muñiz deambula por el pueblo de Eth Hiru, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaquetón verde oliva del cuerpo, un coche blanco, tipo furgoneta, gira en la rotonda de la entrada, enfila la carretera, pasa a cuarenta kilómetros por hora por delante del hotel Carona y la farmacia, porque un coche camuflado de los Mossos acecha, y, a la altura de una fuente en la que nunca hubo agua, a pesar de que el agua sale de entre las piedras del pueblo y de los montes cercanos a borbotones, pone el intermitente de la izquierda, gira cuando ningún coche viene de frente, se adentra en el pueblo, cruza su plaza, toma una pendiente empedrada y pronunciada de su lateral y vuelve a girar a la izquierda en donde hay una pequeña virgen en una hornacina y dos velas rojas lucen perennemente. Quien conduce ese coche y el teniente de la Guardia Civil que se cruzan en ese momento y lugar, se miran a los ojos y se saludan.

—¿Lo conoce? —pregunta el pasajero del coche, un hombre corpulento de cara hosca y ojos azules en un rostro de piel ligeramente rojiza.

—Es el teniente. En el valle todos nos conocemos. Yo creo que le gustará la casa. Eth Hiru es un pueblo muy tranquilo —dice la conductora a su pasajero que está sentado a su lado, mientras sigue conduciendo por esa calle, entre huertos, sobrepasa un viejo hotel que parece en ruinas y gira, finalmente, a la derecha, en un pequeño callejón sin salida que muere en la misma montaña rocosa.

—Llegamos.

La puerta de la entrada la abre la muchacha, tras pelearse un instante con la cerradura, y lo precede en el ascenso por ese empinado tramo de escaleras, que desemboca en el acogedor salón comedor de la casa, a su cliente.

—Hay vistas —certifica la muchacha, descorriendo unas gruesas cortinas que descubren un panorama de montañas que se abre delante, detrás de un prado verde en donde pacen los caballos.

—Ya lo veo.

—La casa está completamente equipada. La nevera y la cocina de vitrocerámica son nuevas.

—¿Y los radiadores?

—Son eléctricos. —Y previendo la mueca de disgusto del futuro inquilino aclara a continuación—: Le pondremos una estufa de leña para el invierno. Será mucho más agradable.

Ségolène, la muchacha que enseña los pisos en la inmobiliaria Montcurbau, es una chica menuda, delgada y nerviosa. Luce una larga cabellera muy rizada y oscura y tiene unos enormes ojos azules. Viste un tejano ajustado y un jersey gris que le cubre el cuello. Su acento francés se nota en un ligero deje gutural de las palabras que pronuncia.

—¿Subimos a las habitaciones? Perdón, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Marcos. ¿Y usted? ¿Es francesa, Ségolène?

—¿Lo nota en mi acento? —pregunta riendo mientras precede al inquilino en el segundo tramo de escaleras que sale de un extremo del salón-comedor, en donde acaba una pared divisoria y se abre la pequeña terraza con vistas a las montañas.

—Habla muy bien el español. ¿De dónde es?

—Llevo quince años viviendo en el valle. Ya puedo hablarlo bien. De Bretaña.

Ségolène abre las puertas de las tres habitaciones de la segunda planta, pequeñas pero con capacidad para dos camas cada una de ellas, y con tejados abuhardillados de madera maciza.

—Son acogedoras —certifica Marcos—. ¿Tienen armarios empotrados?

—Sí, las tres. Y aquí hay otro cuarto de baño.

El cuarto de baño es espacioso y lleno de luz. Una bañera con mampara de vidrio, un gran espejo a continuación del lavabo de un seno sobre encimera de madera y una ventana Velux que se abre en el techo inclinado.

—¿Ya está?

—No, falta la buhardilla. Tenga cuidado. La escalera se estrecha.

El tercer tramo de escaleras es más breve y forma una ele. La superficie de la buhardilla no es muy grande pero sí suficiente para colocar una buena mesa de estudio enfrente de una de las Velux y un par de estanterías para libros. De las tres ventanas de ese piso, dos miran a la montaña, una perspectiva más elevada que la que se tiene desde la terraza del salón comedor, y la otra al pueblo, del que se distingue con claridad el campanario de la iglesia románica.

—¡Caramba! —dice sin poder disimular su satisfacción.

—Esta zona es la que más me convence.

—Y es la más fresca en verano y la más cálida en invierno.

—Tiene buen ojo, Ségolène.

—¿Por qué? —pregunta la bretona, ruborizándose.

—Me ha enseñado exactamente lo que ando buscando. Esto es perfecto. A dos pasos de Francia y lejos de la zona de esquí.

—Me dijo que quería tranquilidad.

—Y aquí la tendré, sin duda.

—¿No quiere ver nada más?

—Nada más. Con esta casa tengo más que suficiente. ¿Hay servicios en Eth Hiru?

—Toda clase. Supermercados, banco, tres hoteles, cuatro restaurantes, un estanco, dos panaderías…

—¿Eran tres casas?

—Antiguamente. ¿Cómo lo sabe? —pregunta extrañada Ségolène a su cliente mientras ambos bajan las escaleras hasta el salón comedor y ella corre de nuevo las cortinas de la pequeña terraza.

—«Hiru» es «tres» en vasco.

CAPÍTULO 2

HIRU

Martín, el camarero de la taberna vasca Hiru, repasa el mostrador con una bayeta moteada. Desde que entró en vigor la ley antitabaco ya no cae ceniza pero sí cerveza, *txakoli* o restos de pinchos que los clientes vienen a buscar a la barra. El bar lo abre todos los días a las ocho de la mañana, para que tomen su café en el interior los seis números de la policía nacional que suelen poner un puesto de control fronterizo junto al supermercado Boya de Les; a seis kilómetros de la frontera, para impedir la entrada de ilegales en coche desde Francia: son sus primeros clientes. A las nueve, aunque cada vez es más tarde porque las sábanas se le pegan al cuerpo por las mañanas, es Lis, la exuberante y expansiva paraguaya que se hace cargo de la única librería del pueblo, la que se acerca al mostrador a demandarle un cafelito mientras se frota las manos porque el clima del valle nada tiene que ver con el que hay en las inmediaciones del Paraná que dejó hace quince años. A

las diez suele llegar Èric, cojeando por su maldita artritis, que se ceba en una de sus piernas, la izquierda; el agente rural, que deja su todoterreno Toyota con el escudo del Conselh Generau d'Aran frente al colmado y con el que patrulla luego los bosques en busca de furtivos. Luego vienen las mujeres que dejan a sus niños en la escuela al otro lado del Garona, que están solas y se aburren en casa, y se sientan, cigarrillo entre los dedos, en la terraza si hace sol, un grupo de amigas que apura el tiempo hasta que llega la hora de la comida y tienen que fichar en sus casas, y una joven viuda con ellas, a la que envidian entre risas. Pero hoy no vienen las mujeres, porque no sale el sol. Y dos minutos antes de la una, aparece Ángel, con sus pantalones de camuflaje, su chaleco azul de cazador y el cigarro ya prendido que aparca el coche frente a la librería de Lis y lleva siempre en la radio una melodía empalagosa de Julio Iglesias a todo volumen para que la escuche todo el pueblo. Más algún francés de Luchón, como Jean Pierre, que es un retrato de Jean Paul Belmondo y siempre aparece acompañado por una nueva amiguita y un nuevo coche y Martín no acaba de averiguar cuál de ellas es la esposa legal, porque el anillo de casado siempre lo luce.

—A sus órdenes, teniente —bromea el camarero cuando le ve empujar la puerta de cristal y acercarse a la barra.

—Una caña, chico.

Muñiz se sube a una banqueta, deja la gorra verde de visera sobre el mostrador y chupetea un cigarro apagado. Martín le llena la copa de cerveza de barril y retira con una espátula de plástico la espuma.

—Una cañita para el teniente —le dice con una sonrisa en los ojos.

—¿Estás de coña, hoy?

—Yo siempre. ¿Y usted no, hoy?

Muñiz da el primer sorbo a la cerveza y se limpia a continuación el bigote de espuma. Acudir siempre al mismo bar genera un exceso de confianza, pero no hay muchas opciones en el pueblo. A veces

acude al Urtau, que está mismamente al lado del Hiru, porque han contratado a una camarera rumana que está de bastante buen ver.

—¿Por qué hoy?

Martín señala el plasma colgado de la pared que preside el fondo del bar, junto a la puerta de los servicios. Siguen los encapuchados de ETA con sus ridículas *txapelas* y antifaces de Ku Klux Klan leyendo una y otra vez el comunicado de cese definitivo de la lucha armada en cada una de las cadenas, la noticia del día.

—Una tregua trampa de los cojones.

—Que esta vez va en serio, mi teniente.

—Mi teniente, mi teniente, mi teniente… Deja de llamarme «mi teniente» porque te pongo firmes, coño. Con esos asesinos de mierda no hay que bajar la guardia. Si tenemos un gobierno de gilipollas que se los creen, qué le vamos a hacer.

—Pues yo creo que esta vez ZP se cuelga la medalla de acabar con ETA.

Muñiz aprieta tanto la copa de cerveza que está a punto de romperla. El guardia civil tiene manos grandes, nudosas, de dedos gruesos y nudillos afilados.

—¡Me cago en Dios! No han sido los políticos los que han acabado con ETA sino nosotros, cojones, la policía y la Guardia Civil que hemos puesto los muertos encima de la mesa. Si ha durado tanto esa puta gentuza es porque hemos tenido unos gobiernos de cagados que no nos han dejado hacer a fondo nuestro trabajo. Yo siempre fui partidario de la mano de hierro con ellos. No entienden otra cosa esos cobardes. Y ahora que se pudran en la cárcel, que no se vayan a pensar que porque aceptan su derrota hay que sacarlos de entre rejas.

—¿Tú qué opinas, Ángel? ¿Qué ETA está acabada o que es una trampa?

—Soy apolítico, Martín. ¡Ey! —grita, parodiando a Julio Iglesias desde una esquina del mostrador mientras saborea lentamente su bebida, un coñac con unas gotas de café en taza.

Martín es de estatura mediana, complexión fuerte y cabeza pequeña rasurada. Viste siempre tejanos y camiseta negra ceñida con el logotipo del bar, pero si le pusieran un hábito azafranado podría pasar perfectamente por un monje budista, ceilandés, porque es oscuro de piel y además estuvo en Sri Lanka, de viaje de bodas, y fotos de la «lágrima de la India», en blanco y negro, adornan las paredes de piedra del Hiru.

—El *tontopolla* de Zapatero ese —gruñe el guardia civil.

Entra Jean Pierre, el francés de Luchón que se parece a Jean Paul Belmondo, y coge un par de pinchos de tortilla y se vuelve con ellos a la terraza.

—¡Vaya chicas lleva siempre ese! —comenta Martín.

—¿Quién? ¿El franchute? Todas son de pago.

—Ande, ande, que lo dice por envidia.

—¿Pero crees que alguien se va a fijar en él con esa cara de boxeador?

—Se parece a Jean Paul Belmondo.

—Yo soy de Alain Delon, chico.

El teniente Muñiz se baja de la banqueta y deja sobre el mostrador un euro y medio. Martín se lo devuelve.

—Invita la casa.

—¿Por qué, *carallo*? —pregunta, volviendo las monedas a su bolsillo.

—Por la paz, mi teniente.

El guardia civil lo mira de arriba abajo mientras se encasqueta la gorra de visera en la cabeza y Ángel, desde el mostrador, le hace un saludo militar.

—¿Y qué coño quiere decir Hiru? —Y pone el índice, como una pistola, en las letras de la camiseta que ciñe el pecho del camarero.

—«Tres» en euskera.

—¿Y el pueblo es «El Tres»? No me jodas que el valle huele a vasco.

—Claro, «Eth Hiru» es «El Tres». ¿Y a que no sabe por qué?

—Me la trae floja, Martín.

—Porque cuando se formó solo era un caserío con tres casas y hace cientos de años los aldeanos hablaban euskera.

—¡No me jodas! Pero si tú eres argentino, ché. Tú tienes de vasco lo que yo de catalán.

—Estuve viviendo en Euskal Herria desde los tres años, mi teniente, hasta que me casé con Silvia.

—Yo también pasé una época en Vascongadas y te aseguro que soy cualquier cosa menos vasco, hasta aranés antes que vasco, si me apuras.

Martín cambia de tono.

—Teniente, yo respeto todas las culturas e identidades. La de aquí y la de allá. Hablo aranés, porque me gusta, como hablo euskera, porque me gusta. Y las dos son culturas maravillosas y respetables.

—Sí, y los chinos esos que viste cuando te casaste.

—Ceilandeses —corrige.

El guardia civil vuelve a meterse en la boca el cigarro apagado.

—Te aseguro, muchacho, que si hubieras vivido en mi pellejo lo que yo estuve viviendo en Vascongadas no dirías esas cosas de los vascos. Buenos cocineros, sí. Buen pescado, también. Como personas, unos cagados de mierda, unos arrugados ante los terroristas, y por eso ha durado tanto la chusma de ETA, porque callaban y miraban para el otro lado, chico.

—Quizá haya más que terrorismo, quizá lo que ha habido durante todos esos años ha sido un conflicto social.

—Mafia, Martín, mafia. ¿Conflicto social? No te jode. Hablas como un puto batasuno que no son otra cosa que etarras sin licencia de armas. Espero que tu maravilloso ZP no los saque de la cárcel. *Agar, gudari*.

—¡Viva España, mi teniente!

Cuando el teniente Muñiz sale al exterior las nubes están todavía más bajas y cubren la mitad exacta de las montañas que rodean el pueblo, y las campanas de la torre de la iglesia repican dos veces tras los cuatro breves toques de alerta: las dos de la tarde. La

cerveza le ha abierto el apetito, así es que sube por la calle del Gath a buen paso, tuerce por Arnán y se detiene en un pequeño huerto, junto a la Hostería Catalana y el obrador de pan, porque oye un débil quejido que proviene de él. Se asoma al cercado. Una anciana está tumbada sobre su sembrado y allí permanece sin poderse levantar, como una tortuga volteada en una playa cuya única salvación es que el mar vuelva a subir y la enderece.

—Pero señora Rosa, ¿qué le ha pasado? —dice, entrando en el huerto.

Cuando alza a la anciana se da cuenta de que otro hombre ha entrado detrás de él y coge a la mujer también por el otro brazo. Entre los dos consiguen que se ponga en pie.

—¿Qué le ha pasado?

—Un mareo. Me ha dado un mareo mientras recogía las patatas. Y no me podía levantar. Es que una, a determinadas edades, ya no sirve para nada, Dios mío, para nada.

El teniente observa al otro hombre. No lo conoce, luego no es del pueblo. O ha llegado hace poco. O está alojado como turista en alguno de sus hoteles. Tiene más o menos su edad, cincuenta y cinco años, y su complexión física. Y acento castellano sin deje catalán, que él los conoce a una legua. Un mesetario. Pero hay algo en la mirada que le resulta vagamente familiar, un *déjà vu*.

—¿Seguro que puede volver a su casa? La acompaño, señora, no se vaya a caer de nuevo —se ofrece el forastero a la mujer, sin soltarla.

—Si vivo aquí en la esquina. Me acerca el bastón y ya llego pasito a pasito.

—¿Seguro que se encuentra bien, señora Rosa? ¿Quiere que llame a su hijo?

—Seguro, Toñín, seguro. No se preocupe. Y gracias a los dos. Muchas gracias. Es que una vieja no sirve ya para nada, para nada, como no sea para irse para el agujero.

La mujer renquea, a la pata coja, hacia la casa de la esquina, y el teniente sigue por la calle Arnán con paso marcial y el apetito

renovado cuando el aroma del pan recién horneado, los cruasanes y las cocas anisadas le llega a la nariz pasando por delante del obrador que está situado frente a la Hostería Catalana. Al llegar al prado que tiene que cruzar, donde pastan los caballos, para alcanzar el cuartel, que está al otro lado, se gira. El otro hombre, al que no conoce ni ha visto antes en el pueblo, ha desaparecido.

—Hoy doña Rosa estaba tendida en su sembrado. Gracias a que he pasado yo por allí y la he levantado —dice cuando entra en casa y huele la olla aranesa que le ha preparado su mujer—. Como las tortugas, ¿sabes? Que se quedan panza arriba y no se pueden girar.

—Es que es muy mayor y no sé por qué su hijo deja que vaya al huerto.

—Se entretiene, mujer. Mejor allí con sus patatas que aparcada en un asilo. —Destapa el puchero que hierve, olisquea el cocido de carne, col, garbanzos, patatas, alubias y butifarra negra—. ¡Qué bien huele! Algo bueno ha de tener el frío.

Se sienta a la mesa cubierta con un hule a cuadros rojos y blancos que simula un mantel. Se llena un vaso de vino clarete. Pellizca una hogaza de pan de leña de las cuatro que hay cortadas en la panera de mimbre.

—¿No te quitas el uniforme? ¿Y si te lo manchas?

—Hoy Martín ha estado a punto de sacarme de mis casillas.

—¿Martín? Pero si es muy buen chico que con nadie se mete. —Ana pone el salvamanteles metálico sobre la mesa y coloca luego la olla de barro encima. No la destapa. Deja que siga cociendo fuera del fuego.

—Hay cosas sobre las que no se puede bromear. El terrorismo. Ese Martín alardea, encima, de vasco, cuando es argentino.

—Su padre es vasco.

—Su padre es argentino de origen vasco, cosa muy distinta. Pues hoy me iba de vasco y me decía que tenía que estar contento porque esos asesinos de ETA han declarado el alto el fuego, esa tregua trampa de los cojones.

—Quizá no, Toñín.

—¿Tú también eres crédula? Pues la jodimos si la tenienta se cree a «los capuchas». La señora Rosa también me llama Toñín. ¿Lo sabías? Pues hay alguien nuevo en el pueblo. O quizá sea un turista. Cuando me agaché a tomar por el brazo a la señora Rosa para ayudarla, ese desconocido se apresuró a ayudarla también.

—¿No lo conocías?

—No. Nunca le había visto.

—Habrá venido a ver la iglesia. ¿Dos o tres cucharones?

Muñiz alarga el plato.

—Tres. Luego repito. ¿Sabes una cosa? No tenía aspecto de turista. No llevaba cámara de fotos ni ningún tipo de bolso y desapareció por una de las calles del pueblo lejos del centro.

—¿Y?

—Nada. Un simple comentario. Quema —dice, refiriéndose a la sopa— pero está buena.

Ana, de regreso a la cocina, mientras calienta una pechuga de pollo rebozada y fríe patatas, se toma una copita de anís del Mono que le entra como gloria por la garganta. Antonio Muñiz Parra, que entra de forma sorpresiva a por más pan de leña, la sorprende.

—¡Joder, pelirroja! No te eches al anís. No quiero una mujer alcoholizada. ¡Mierda!

Ana le responde, pero no es un grito de rebeldía sino una queja leve que apenas emerge de su garganta como un farfullo.

—¿Solo puedes beber tú, Toñín? ¿Porque eres hombre?

—No quiero que el pueblo sepa que la tenienta es una borracha. ¿Me oyes? Y te voy a tirar todas las botellas de anís que vea por la cocina —le grita.

Mientras, las pechugas de pollo que hay en la sartén se han carbonizado.

CAPÍTULO 3

PAN

Isa, la panadera, es una mujer delgada, pequeña y activa. Tiene unos ojos grandes y vivarachos que parecen aún mayores bajo las gafas de las que no se separa nunca y que resaltan en su rostro pequeño y afilado. Está delgada de puro nervio. Abre su negocio en una de las esquinas del Carrer Major con Mossèn Condón, frente a un bar con mesas fuera para los fumadores, Las Rejas, que ofrece tapas andaluzas para turistas franceses, una bodega cuyo dueño siempre está ausente, sentado en esa terraza y fumando en una peculiar forma de controlar el negocio a distancia, y, al lado de la pastelería Sabath, que no le hace la competencia porque no despacha barras de pan. Cada día a las siete de la mañana Isa levanta la persiana, cuando pocos son los que se aventuran a salir de sus casas, y reparte el pan recién horneado que sale del obrador de la calle Arnán, las ensaimadas, los cruasanes y las palmeras crujientes. Tiene una sonrisa franca y siempre está de buen humor.

Y habla a una enorme velocidad en aranés, castellano, catalán o francés según sea la nacionalidad de quien entre. La panadería es como un pequeño colmado y un local social por donde pasa todo el pueblo y deja el parte de novedades. Hay leche, café, azúcar, huevos de las gallinas del pueblo, yogures caseros, *pizzas*, aceite y bebidas. También hace pasteles de cumpleaños por encargo. Descuelga el teléfono Isa, habla con el obrador que está en la calle Arnán, dos más arriba, y en hora y media el cliente tiene su pastel personalizado. En la panadería nada se tira. La bollería que sobra de un día para otro se trocea, los picos, y permanece en una bandeja de cartón al alcance de los clientes que entran en el local y agradecen el detalle y compran más motivados.

—*Bon dia, senyor. Què voldrà?*[2]

El cliente es nuevo en el pueblo. No lo conoce. Un tipo alto, entre cincuenta y sesenta años, rostro ennegrecido por una barba que lleva dos días sin rasurar y ojos azules de mirada apacible. Viste camiseta oscura sin mangas, pantalón militar verde oliva y sandalias que dejan al descubierto unos pies de dedos castigados. Alguien que no es friolero en octubre.

—Una barra de pan.

La panadera cambia de inmediato de idioma. Como los quinientos habitantes del pueblo, utiliza indistintamente aranés, catalán, castellano o francés con la misma fluidez y naturalidad.

—¿Baguete o pan de leña?

—Pan de leña.

—¿Tostadito o blanquito?

—Blanquito, si tiene.

—Es mucho mejor el pan de leña. Se conserva hasta cuatro días sin perder nada —le explica mientras se lo envuelve en un papel con el logotipo de la panadería—. No es como el pan de Barcelona, que si pasa un día hay que tirarlo porque es goma o piedra.

—Por eso lo compro. Parece que ha refrescado.

La panadera es la encargada de dar el parte meteorológico del pueblo y siempre acierta en sus predicciones.

—Mañana y pasado lloverá, pero al otro día saldrá el sol.

—¡Vaya! ¡Qué suerte! ¿Son…?

—Noventa… céntimos, no euros. —Y se carcajea sola.

El hombre deja sobre el mostrador, donde está la caja registradora, un euro, recoge el cambio de diez céntimos y el pan y se dirige hacia la calle masticando una de esas porciones de coca del día anterior que están sobre una bandejita de cartón blanco para que las cojan los clientes de la panadería. Se detiene poco antes de cruzar la puerta ante la pregunta indirecta de la panadera.

—Si se queda una semana de vacaciones en el pueblo tendrá buen tiempo todo el sábado y el domingo.

El hombre gira ligeramente la cabeza y sonríe ante el retorcimiento de una pregunta que no quiere figurar como tal.

—No estoy de vacaciones. Vivo en el pueblo.

—Ah. Y ¿cómo es eso?

—Me gusta este lugar; es hermoso y tranquilo.

—Para nosotros hasta demasiado tranquilo. Jajaja.

—Hasta luego.

—Hasta luego, señor, hasta luego.

Al mediodía, después de vender casi todo el pan de leña y todas las baguetes a los visitantes franceses del pueblo, Isa echa el cierre a su negocio y regresa paseando a su casa de dos plantas y buhardilla inclinada que tiene al lado mismo del obrador de pan. Ha dejado hecha la comida por la mañana, antes de ir a la panadería, y solo tiene que calentarla cuando su hijo Ramón, policía nacional, viene a comer. Nunca llega vestido de uniforme, sino de paisano; no le gusta que le vean en el pueblo con el uniforme azul oscuro de los miembros del CNP.

—¿Qué hay para comer, madre?

—Ensalada y macarrones.

—¿No lo comimos ayer?

—¿Y qué? ¿Voy a tirar la comida si sobra de un día para otro?

Comen en silencio. Por mucho que Isa quiere sonsacar algo a su hijo, no lo consigue.

—¿Qué hiciste hoy?

—Mamá, lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre?

—Te lo he dicho mil veces. Poner controles en las rotondas a ver si pescamos algún alijo de contrabando o emigrantes sin papeles que quieren entrar en España.

—¿Y no están para eso los Mossos?

—Ellos no tienen competencia en frontera.

—El valle debe de ser uno de los lugares con más policía por habitante del mundo: Mossos, guardiaciviles y vosotros.

Cuando acaba de comer, Isa abre el balcón del comedor y enciende un pitillo.

—Mamá, no fumes.

—¡Ay, niño! ¡Qué pesadito eres con el tabaco! ¿No ves que he abierto la ventana?

—Si lo digo por ti —dice, abrazándola por la espalda.

—Me va a hacer daño un cigarrito…

—Eso también lo decía papá.

—Pero papá, el pobre, se fumaba todo un paquete, que tu padre era muy bestia y no tenía límites para nada.

Cuando acaba el cigarrillo cierra la ventana y se acomoda en un butacón orejero verde ante la pantalla de plasma. Ramón pasa, distraído, sin leer, las páginas de una revista de chismes.

—¿Sabes que tenemos un nuevo vecino?

—¿Sí? ¿Quién?

—Un señor atractivo y muy agradable. Entre cincuenta y sesenta años. Creo que tiene los ojos azules. Hoy fue el primer día que apareció por la panadería.

—¿Y vive en el pueblo?

—Eso me ha dicho, que se ha instalado. Creía que habría alquilado un apartamento pero no, se ve que vive en una casa.

—A lo mejor es un buen partido para ti, mamá. Mírale la cuenta corriente.

—¡Cuidado que llegas a ser tonto, hijo! ¿Tú crees que me voy a liar con otro hombre? No. Los hombres sois muy complicados, llenos de manías, y yo ya no estoy para cuidarlos.

—Si es joven, guapo, ojos azules…

—No te he dicho que sea joven. Joven como yo, un poco más mayor. Pero parece una persona agradable.

—Y, ¿dónde vive?

Es en ese momento que Isa, la panadera, gira la cabeza y atisba por el amplio ventanal del salón comedor. No sabe por qué lo hace, pero el suyo es como un movimiento reflejo. Y lo ve. Ve al hombre de la panadería del que está hablando en la ventana de la casa de enfrente, en la ventana de un cuarto abuhardillado, con la nariz pegada al cristal y que la está mirando a ella en ese preciso momento.

—¡Jesús!

—¿Qué, madre?

—Que lo estoy viendo. Que es nuestro vecino. Ahora no te vayas a levantar y asomar a la terraza. Vive en la casa de al lado. Las que alquilaba la inmobiliaria Montcurbau de Vielha.

—Las que llevaban un año sin alquilar.

—Las mismas. Deben de haber bajado el precio del alquiler mucho.

—¡Vaya casualidad, madre! Con un poco de suerte vendrá a pedirte sal y aceite.

—Ay, qué tonto eres, niño. Tú a ver si coges una moza y haces abuela a tu madre, que ya me toca.

CAPÍTULO 4

MANN

Todos los días, alrededor de la una del mediodía, pocos minutos antes de que las campanas de la iglesia den ese único campanillazo después de los cuatro que lo preceden, el forastero se sienta en la terraza del bar Hiru, siempre a la misma mesa, la que recibe más directamente los rayos de sol, cuando lo hay, pero ese no es el caso hoy. Antes de llegar, la señora Rosa, que se acuerda de que la rescató del huerto, le saluda desde la puerta de su casa, o a veces desde el banco de piedra en el que permanece sentada recibiendo los rayos del sol. Lo habitual es que el forastero, que siempre viste igual (pantalón verde tipo militar de lona, con muchísimos bolsillos en donde guarda la cartera, las llaves, las gafas de presbicia; camiseta negra desteñida y dada de sí; chaleco de cazador azul con cuatro grandes bolsillos y cartuchera; sandalias en los pies) vaya a ver a Lis, la paraguaya que habla argentino, que concita a primera hora de la mañana, cuando abre a las nueve el

quiosco de periódicos, colas de jubilados masculinos ansiosos de perderse con los ojos en el generoso canalillo de su pecho exuberante que un escote profundo deja ver, pero esta vez, hoy, no lleva el diario *El País* bajo el brazo, sino un libro, y Martín, el camarero de la taberna Hiru, sale a la terraza para averiguar qué quiere.

—Una caña —contesta colocando sus gafas tintadas sobre los ojos porque un rayo de sol rompe las nubes.

Ojea el título del libro: *La montaña mágica*, de Thomas Mann.

Y cuando, un minuto después, regresa con la copa de fría cerveza y la deja sobre la mesa y el forastero está absorto en el libro que se ha traído y está leyendo, que parece una redundancia, porque la montaña mágica, con sus ocres, amarillos, rojos, verdes y negros la tiene mismamente delante, como un escenario, coronada por nubes, no puede evitar comentar lo que para él es una casualidad extraordinaria.

—Yo también estoy leyendo *La montaña mágica*. Perdone que se lo diga, pero es que me parece una extraña coincidencia.

Quien está absorto en la lectura, y más en la obra magna del escritor alemán, no es muy proclive a entablar una conversación con extraños, pero ese fenómeno inusual, encontrar en un pueblo perdido de Arán, que no es Cataluña ni España ni Francia, que es sencillamente Arán, el valle de valles, otra redundancia, a un camarero culto que lee a Thomas Mann se le antoja al forastero algo fascinante y, hasta cierto punto, paranormal.

—¿Estás leyendo a Thomas Mann? —le tutea y descubre sus ojos azules, quitándose las gafas de sol, para averiguar si ese hombre fuerte y de cabeza rasurada le está tomando el pelo o es un intelectual metido a camarero.

—Sí. Lo leo en casa. Aquí es imposible. Es una novela extraordinaria, profunda y filosófica.

—Sí, hay mucha filosofía en sus páginas. Las sesudas discusiones entre Settembrini, un humanista ilustrado, volteriano y demócrata, y el exjesuita Naphta, un místico reaccionario, defensor del terror y de

la Inquisición. Lo tengo muy presente. Y, ¿cómo has llegado hasta Thomas Mann? —pregunta el forastero, cerrando el libro, poniendo un punto de lectura de cartón en la página correspondiente.

—A raíz de leer *Los Buddenbrook*. Me gustó tanto esa primera novela de Thomas Mann que decidí aventurarme con su obra cumbre.

—¡Vaya! Pues me parece muy bien que leas a Thomas Mann. Me parece extraordinario que esa sea tu lectura, y la mía, en estos momentos. Es un escritor muy denso, y esa novela es aún más densa, así es que este es el paraje perfecto para leerla.

—Martín —dice el camarero, alargando su mano, que queda unos segundos en suspenso, al forastero—. Martín, me llamo Martín.

—Marcos —corresponde, tras unos segundos de duda, apretando con fuerza esa mano extendida que, como la suya, es callosa y fuerte, se nota que ha trabajado.

—Como el subcomandante de la selva Lacandona.

—Veo que eres muy instruido.

—Cosas de mi padre que nos dio a todos una educación exquisita.

—Siempre es bueno tener un padre correcto. El mío me hizo amar los libros. Sin él sería otro. Sin él no estaría leyendo *La montaña mágica*, sin duda.

—¿Vive en el pueblo?

—Si no me tuteas aún me haces mayor de lo que me siento.

—Jajaja. Bueno, si es por eso, vale. ¿Vives en el pueblo?

—Sí. Fue una decisión rápida. Pasé, vi una casa que se alquilaba, me la enseñaron, me gustó y me trasladé.

—Pero… ¿ya conocías Arán?

—De oídas. Me habían dicho que es un lugar mágico. Lo estoy comprobando.

—Si le gusta andar…

—Tutéame, por favor.

—Perdón, si te gusta andar puedes coger la carretera que hay a la salida del pueblo, por donde está el cuartel de bomberos, que

señala Luchón, y, poco antes de llegar al Portillón, verás, a la izquierda, una pista que te lleva al Coth de Baretges.

—¿Coth de Baretges?

—Un collado de montaña, un lugar perfecto para ver el macizo de la Maladeta y el Aneto. Suelen pastar por el lugar vacas francesas y caballos sueltos.

—¿Hay vacas francesas? ¿Son distintas de las aranesas?

—Claro. Son blancas o tintas. Las del valle son de color canela.

—Bien. Iré. Gracias por esa recomendación.

—Bueno, y te dejo, porque tengo que meterme en la cocina.

El bar Hiru, las vísperas de festivo, hoy, se llena de franceses. El francés, *de facto*, es la lengua vehicular del pueblo. Acuden a miles para comprar tabaco y alcohol, más baratos en este lado de la frontera porque los impuestos son más bajos. Mientras Marcos sigue leyendo la novela de Thomas Mann, las mesas que hay a su alrededor se llenan de familias con sus hijos, parejas de amantes y un grupo de ciclistas que hace una pequeña parada antes de seguir su ruta. Marcos lee, toma, de cuando en cuando, la copa de cerveza para darle un pequeño sorbo, sigue leyendo, hace un paréntesis para admirar el paisaje o contemplar ese cielo que se está abriendo, rozado por un suave viento, y deja ver un espléndido azul.

—¿No querés *El País*, chiqui? Te lo había guardado para vos.

Lis, la paraguaya que habla argentino, permanece ante su mesa con el diario y sonrisa abierta. Lo toma de su mano.

—Pues gracias. Lo leeré en casa.

—Ya me lo pagás mañana. ¿Sabés que vos y yo somos vecinos? ¿Que tu casa y la mía están pared con pared?

—¿Sí?

—Casualidades. ¿No te has enterado? Sos un despistado. Así que no hagás cosas extrañas porque me entero. Jajaja. Y yo le diré a mi marido que sea silencioso cuando me coja. Jajaja. Te vi salir hoy, bien de mañana, por eso sé que eres mi vecino.

—Siempre doy un paseo antes de desayunar.

—Ya lo vi, ya. Es que esto es un pueblo, ché, y de todo se entera una, que no hay casi privacidad.

—Siéntate a tomar un café.

—No, que me espera mi marido que siempre llegá hambriento el pibe del demonio después de estar laburando duro todo el día. ¡Perra mi vida! Me gusta el monte y ni tiempo tengo para disfrutar de él con esta librería que me roba las horas.

—¿Qué hace tu marido?

—¿Él? Fontanero. Si querés que te cuelgue un cuadro silbas y te viene.

—Tengo un radiador de pared que baila.

—Pasate luego, lo decís y te lo arregla. Ciao, chiqui.

—*Ciao*, Lis.

A las dos, Marcos se levanta de la mesa, entra en el interior del bar, se acerca al mostrador para pagar pero Martín le indica con un gesto que lo invita.

—¿Por qué?

—Porque los dos estamos leyendo a Thomas Mann. Esa casualidad bien vale una celebración. Y así, cuando nos veamos, vamos comentando el libro. ¿No?

—Ah, bueno, pues gracias. Un buen motivo.

De regreso a casa, después de subir por una empedrada calle y girar a la izquierda, justo en la esquina donde hay una pequeña hornacina protegida por una reja y una diminuta virgen tiene un cirio encendido en su interior, tropieza con el guardia civil del otro día que, hoy, no lleva uniforme. Ambos se miran a los ojos. Marcos es el primero en saludar.

—Buenos días.

El saludo del teniente Muñiz se hace esperar, se produce cuando ya ha pasado por su lado, y es más automático que de cortesía.

—Buenos días.

—¿Quién es ese vecino nuevo que tenemos en el pueblo? —pregunta el guardia civil a Martín en cuanto entra en el bar Hiru y este le pone la caña de cerveza Mahou delante.

—Solo sé que se llama Marcos, lee novelas y admira el paisaje.

—¿Y qué se le ha perdido por aquí?

—Una montaña mágica, mi teniente.

—¿Sigues con la guasa, camarero? No, en serio, ¿a qué se dedica?

—Yo no ando interrogando, mi teniente, esa es cosa suya y de los Mossos d'Esquadra.

Sentado sobre el taburete, el teniente Muñiz otea el plasma que hay a su espalda y mira a los jugadores que corren tras una pelota en un gran estadio de fútbol. Encharcado: con las patadas levantan nubes de agua del césped.

—¿Y Silvia? Hace días que no se la ve.

—Anda constipada.

—De dormir con el culo al aire. Ponme algo, anda, camarerito.

—¿Qué le pone, mi teniente?

—¿Qué me pone? Jajaja. Una francesita, una francesita es lo que me pone.

—Mire que aquí todo se sabe, y el día que el cojo lo sepa le va a soltar un escopetazo —le dice Martín, bajando la voz.

—Pero antes le meto yo una bala entre ceja y ceja. Ponme ese pincho de tortilla, el amarillo ese de la esquina, que parece que tiene salmonelosis.

CAPÍTULO 5

JABALÍ

Èric, el guarda forestal, cojea por la artritis. El mal de las articulaciones empeora cuando hace frío. Ahora. Ocho grados la máxima, pero cuando se vaya el sol rozarán los cero grados. El cielo está cubierto por nubes grises que presagian lluvia que caerá cuando muera la tarde. Martín, cuando lo ve, bromea y le dice que parece que está bailando.

—El día que te dé por culo sí que bailarás, camarerito. ¡Viva España, viva el rey, viva la Guardia Civil!

El guarda forestal lo es desde hace diez años. Conduce un cuatro por cuatro del Conselh Generau d'Aran y los antiguos del lugar reconocen que se le ha ido agriando el carácter desde que se casó con la francesa, aunque nunca lo tuvo bueno, como los cojos y los enanos. Diez años atrás era delgado, no cojeaba y mantenía todo su cabello rizado.

Èric abre su escopeta de caza, la carga y la cierra. Luego se mete una caja entera de cartuchos en uno de los grandes e insondables bolsillos de su pantalón de camuflaje.

—¿Te vas a cazar?

—Me voy a cazar —dice, colgando la escopeta en bandolera y con el cañón apuntando al suelo.

Tiphaine, la mujer de Èric, parece mucho más joven que el guarda forestal aunque solo se lleven cinco años de diferencia. Tiphaine nació en Foz, a un tiro de piedra de la frontera, es francesa y lleva el pelo muy corto a lo Mireille Mathieu.

—¿Ciervos?

—Jabalíes.

—¡Cuídate!

—Cuídate tú, cariño.

Tiphaine espera a que Èric cierre la puerta, baje los dos tramos de escalones de la vieja casa aranesa que restauraron cuando se casaron diez años atrás, donde el pueblo acaba y arranca un sendero que lleva hasta Les, y oiga cómo pone en marcha su cuatro por cuatro el corpulento guarda forestal para llamar por el móvil. Habla mientras ve partir el coche y pasa este por delante de la carnicería de Sarita, una octogenaria que vende la mejor carne del pueblo y no tiene una sola arruga en la cara.

—Sale a cazar. Tenemos tres horas. ¿Dónde siempre?

Èric conduce por la sinuosa carretera que lleva al Portillón el cuatro por cuatro del Conselh Generau d'Aran con el que hace las patrullas para reprimir el furtivismo. Para reprimirse a sí mismo. Ha colocado la escopeta de pie, en el asiento del copiloto, y tararea una canción de Sabina mientras toma las curvas a setenta por hora sin cambiar un solo momento de marcha, la cuarta: se conoce el camino y lo haría a ciegas sin pisar un solo instante el freno. Muy de tarde en tarde se cruza con la *roulotte* de un francés que viene de Luchón o con grupos de motoristas que hacen trial y llevan las máquinas y las perneras de sus pantalones protectores embarradas. Algo que envidia: no haber sido motorista. Un motorista de *Los ángeles del*

infierno, una película con la que se identificaba en sus tiempos roqueros ya tan lejanos.

Tiphaine coge su utilitario, un Seat León blanco con matrícula de Lleida, y sale del pueblo en dirección opuesta. Conduce hacia Les. Cuando pasa por la piscifactoría de esturiones y deja atrás la central hidroeléctrica que toma las aguas del Carona y luego las escupe doscientos metros más adelante, coge un pequeño desvío que sale a la derecha de la primera rotonda, rueda cincuenta metros en paralelo al río, gira a la altura de un *camping* vacío y sube por una pista que señala Sant Joan de Torán y que, tras ocho kilómetros de curvas a derecha e izquierda, escalará la montaña y la situará a mil seiscientos metros de altura, a vista de pájaro del pueblo.

Èric, poco antes de llegar al Portillón, abandona la carretera y se adentra en una pista que asciende por un espeso bosque de pinos y abetos, tan tupido que el sol no llega a entrar en él. El camino es de tierra y piedra y, salvo algún socavón lleno de agua, está bien, tanto que no hace falta que ponga la reductora. No se cruza con nadie. Deja el cuatro por cuatro aparcado en un diminuto prado, lo oculta detrás de un grupo de árboles, desciende, prende un cigarrillo, se cuelga la escopeta en bandolera y camina bosque adentro pisando con sus botas de montaña un terreno mullido de hierba y agua que parece una esponja y silencia sus pasos.

Tras ocho kilómetros de subida y curvas a derecha e izquierda, Tiphaine toma la pista de tierra que indica Sant Joan de Torán. No ha encontrado por el camino a nadie salvo a un ciclista que ascendía trabajosamente por el primer tramo asfaltado y al que no le ha podido ver la cara porque se cubría la cabeza con un casco amarillo. Nadie del pueblo, desde luego, sino un forastero que viene a practicar *mountain bike* y hace números para herniarse, porque los del pueblo suelen odiar la montaña y solo se adentran en ella cuando cazan. La pista de tierra no es muy buena para un turismo y Tiphaine conduce con cuidado para no dañar los bajos del coche ni embarrarlos. Recorre despacio cuatro kilómetros hasta que llega a un llano donde puede dejar el coche al abrigo de gigantescos abetos

cuyas ramas se mueven de forma intermitente por rachas fuertes de viento que indican pronta lluvia. Espera, ansiosa, y se fuma un cigarrillo sin salir del coche.

Èric, el guarda forestal, camina con la escopeta amartillada, en silencio y atento al menor ruido en el bosque. Sigue una senda de cazadores que ya conoce de otras veces. Mira posibles rastros en el suelo. Sonríe cuando ve la hierba levantada por pezuñas. Parece reciente. Aún zigzaguea en el barrizal un montón de larvas y gusanos.

—Te tengo —susurra, mientras acaricia el gatillo.

A Tiphaine le da un pálpito cuando ve por el espejo retrovisor el Nissan Patrol de la Guardia Civil que sale del camino y se detiene a dos metros de su Seat León tras apagar las luces. Ese es su momento más excitante de la semana. Apaga el cigarrillo, abre la puerta y sale. Lleva una falda corta, por la mitad del muslo, una blusa y un delgado jersey. Tiene frío. La puerta del cuatro por cuatro ya está abierta. Tiphaine se acomoda en el asiento de atrás y desliza sus bragas negras por las piernas. Luego cierra los ojos. Luego se deja lamer tumbándose en el asiento, con la falda alzada, y lanza un gemido animal. Luego pone el preservativo en el pene endurecido del hombre y lo guía a su vagina que, en esos momentos, ya es agua. Mientras, empieza a llover, primero gota a gota, luego con fuerza, y el ruido de la lluvia chocando contra los cristales y la carrocería del cuatro por cuatro ahoga los gemidos de placer de los dos amantes enzarzados y medio vestidos.

Èric aguza el oído. El rastro es bueno, reciente. Oye un gruñido a la derecha, en una zona boscosa espesa y cerrada por matorrales de medio metro de alto y enormes helechos que le llegan al pecho. Acaricia con el dedo el gatillo. Puede que sean dos, macho y hembra. Puede que estén copulando y vaya a truncar ese agradable momento bestial de placer con una muerte cierta. Piensa qué hará con la cabeza. Vendérsela al cuñado de Foz para que la diseque y la coloque en un restaurante de caza. Piensa cómo pondrá en adobo con hierbas la carne dura y apestosa del jabalí cuando la deje

reposar un par de días en el altillo y empiece a oler suavemente a podredumbre. Se mueve despacio, procurando no tronchar ninguna ramita indiscreta con sus botas, precedido por los dos cañones de la escopeta y dispuesto a hacer fuego en cuanto algo se mueva delante de él. Y el gruñido, o los gruñidos, se multiplican, lo que le indica que la pieza, o las piezas, le han descubierto por el olfato, porque el aire que sopla y presagia lluvia, ha cambiado de sentido, y la maleza se abre, a tres pasos de donde está, y aparece el jabalí, un adulto macho, enorme, fiero, el más grande que ha visto por esos bosques desde que sacó su licencia de armas y le dio por cazar en plena veda, que le mira con ojos flamígeros antes de arremeter contra él, mientras otro, quizá la hembra que está montando, huye desbocada en dirección opuesta, gruñendo asustada. El guardia forestal traga saliva, levanta la escopeta, apoya la culata contra su hombro, aprieta dos veces el gatillo y los dos estampidos retumban en el monte rompiendo el tenso silencio y levantando el vuelo de unos grajos. El jabalí, a dos pasos, agoniza con un ojo fuera de la órbita, colgando, y la lengua entre el morro, espesa de sangre, con las dos patas delanteras dobladas y colmillos que emergen como sables puntiagudos de su belfo. Èric se acerca, desenfunda un cuchillo aserrado de caza que lleva colgado del cinto que sujeta su pantalón de camuflaje, lo hunde en la garganta de la fiera y lo remueve en su interior para que la herida sea mortal. Un chorro de sangre caliente, como un surtidor, empapa su mano. Espera que se desangre para luego atarlo por una pata y arrastrarlo hasta el coche montaña abajo dejando un rastro rojo entre los enormes helechos verdes.

Un chorro de esperma hirviente se desliza garganta abajo de Tiphaine cuando esta retira el preservativo del pene que se la ha estado follando y comienza a succionarlo. El hombre se corre en un minuto entre gemidos de placer y, mientras, sujeta con ambas manos la cabeza de la mujer que bascula entre sus piernas abiertas. Tiphaine sigue devorando ese apéndice de carne duro que le ha proporcionado una larga secuencia de orgasmos, con avidez y sed,

hasta que mengua entre sus labios y se convierte en algo pequeño, en realmente otra cosa que nada tiene que ver con lo que entraba y salía de su cuerpo, tan agradablemente, minutos antes. Diluvia, entonces, y nadie, desde el exterior, sería capaz de identificar a esas dos siluetas que han estado intimando durante diez minutos en la parte posterior del coche patrulla de la Guardia Civil. Ni el ciclista, que los ha alcanzado, se acerca a curiosear, intuye lo que ha pasado y discretamente y, sin hacer ruido, pedalea de regreso por la pista, bajo una lluvia cada vez más intensa, hasta alcanzar la carretera y bajarla a tumba abierta.

CAPÍTULO 6

NIEVES

Ha nevado por la noche. Bajaron las temperaturas de forma brusca y cuajó la primera nevada en las cumbres que rodean Eth Hiru. Y el paisaje que ve Marcos, cuando se levanta, a través del Velux de su dormitorio abuhardillado, aparece uniformado por ese blanco níveo entre los bosques de abetos que parecen más oscuros por contraste.

Estuvo leyendo por la noche, hasta que le venció el sueño, un episodio de *La montaña mágica* titulado «Nieve», cuando nieva en el exterior. Metaliteratura, piensa. Ya va por la mitad del libro y el capítulo VI es un punto álgido de toda la novela.

Le duelen las piernas. Los muslos y las rodillas. Lógico. Los dieciséis kilómetros que hizo ayer tarde en la bici de montaña después de estar casi un año sin montar en ella. También le duelen las manos. Anduvo cortando leña en el garaje de casa, troceando las largas ramas, desechadas de las talas, que ha ido recolectando por

los bosques en su coche y que le servirán de combustible cuando llegue lo peor del invierno.

Calienta café. Se cierra sobre el cuello un jersey de lana gris con cremallera. El termostato del interior de la casa le marca doce grados. Se estremece y se calienta las manos cerrándolas sobre la taza de café hirviente. El que le derramaron lentamente por el vientre sin hacer caso de sus gritos.

—¡Grita, hijo de puta, grita, que aquí adentro nadie te va a oír!

Mira, desde el salón comedor de la casa adosada que ha alquilado, el enorme prado verde que se extiende delante y en el que pasta un grupo de caballos tordos y barrigones de crines largas y rubias. Ve, luego, detrás de ese prado verde, algo que le intriga, una enseña nacional ondeando ante un grupo de construcciones gemelas cuya fachadas están pintadas en suave ocre, unos edificios que se parecen a los de protección oficial por su pobreza arquitectónica y desentonan con las tradicionales construcciones de piedra y pizarra del pueblo, aunque estén en las afueras. «¿Qué hace una enseña nacional frente a un grupo de apartamentos?», se pregunta. Toma los prismáticos y enfoca esa bandera roja y gualda que ondea, movida por la brisa, de un largo mástil. Y siguiendo por la fachada, haciendo un barrido, comprueba que una reja metálica de dos metros de alto cerca lo que le ha parecido, a primera vista, un edificio de apartamentos. Deja los prismáticos y sigue con el café. El cielo no está completamente despejado. Una nube blanca, como el hongo de una explosión atómica, emerge detrás de lo que Martín señaló el otro día como Coth de Baretges, lugar de privilegiada visión del macizo de la Maladeta y el pico Aneto. Acaba el café y prende un cigarrillo Ducados con mechero de gasolina. Exhala una nubecilla de humo mientras mira el monte próximo y el corte que en él da la carretera, cercenando árboles en su recorrido. Rebobina la tarde de ayer. Esa subida brutal, a lomos de la bicicleta de montaña, por la serpenteante pista asfaltada, entre bosques de pinos espigados y abetos, oyendo como su corazón, bajo el maillot de ciclista, bombeaba a ritmo acelerado. Le gusta la bici. Pero el

ciclismo es casi una filosofía de vida. Una actitud. Podría, por ejemplo, en vez de estar pedaleando y rompiéndose por dentro por el esfuerzo, estar tumbado en una hamaca en una playa desierta, balanceándose al sol. Esa es la imagen que le viene siempre. La playa cuando está en la montaña. La hamaca cuando está en la bici. La cerveza bien fría, que se toma cada mañana en el bar Hiru del pueblo, mientras tiene la garganta seca porque le falta aire y respira por la boca. Los primeros cuatro kilómetros son agónicos, una subida al monte Gólgota que solo puede dar placer a un masoquista. La pendiente es de un diez y hasta un doce por ciento. Zigzaguea por la carretera porque está desierta, nadie sube ni desciende por ella. Le tienta bajarse y descansar. Le tienta darse media vuelta y descender a tumba abierta. Vence todas las tentaciones y sigue. Procura apoyarse en una pierna y en otra mientras mueve los pedales, baila a derecha e izquierda mientras asciende con el mismo ritmo. A partir de los cuatro kilómetros ya no le duele nada, es como si sus piernas fueran de corcho, las hubieran anestesiado. Y es entonces cuando, a pesar del casco amarillo que lleva, para hacerse bien visible en la pista, oye el ruido del motor de un coche y, minutos más tarde, uno blanco, un Seat León, lo adelanta. No puede ver quién va dentro. Solo que la matrícula es de Lérida. Claro. Como la matrícula de todos los coches del valle.

A determinada altura la visión que tiene sobre la Maladeta nevada resulta espectacular. Tiene excusa para bajarse de la bici: admirar el paisaje y, de paso, dar un trago a la cantimplora que lleva bajo la barra. Pero no hace nada de eso y sigue, monte arriba, por esa interminable pista asfaltada que no parece tener fin hasta que no llegue a la cima de la montaña. Oye el ruido de otro motor de coche, este más fuerte que el anterior, y le adelanta un Nissan Patrol verde de la Guardia Civil, un coche patrulla, rozándole casi. Tampoco acierta a ver al conductor, ni si van una o dos o tres personas en su interior. Quien conduce el todoterreno parece conocer bien la pista, circula a toda velocidad, sesenta por hora, calcula, y toma las curvas por el centro; lo pierde pronto de vista pero lo escucha un rato más.

Luego él toma la pista de tierra, donde el indicador amarillo indica Sant Joan de Torán, emprende el paseo por un bosque sumido en una niebla densa hasta que ve, en un ensanche del camino, los dos coches y, en vez de pasar de largo, sortearlos, le vence la curiosidad y se acerca a uno de ellos, al coche patrulla de la Guardia Civil, creyendo que los ocupantes de ambos están fuera, por el bosque. Llueve con fuerza. No ve nada dentro. O sí, ve movimiento, intuye lo que puede estar pasando, y da media vuelta, violento consigo mismo, por esa curiosidad malsana que lo pondría en ridículo si fuera descubierto, y regresa, perseguido por una lluvia fría, por gotas que son como cristales de hielo que se clavan en sus mejillas.

A la una está en la terraza del bar Hiru. Hoy no hay nadie. Ni franceses. Las temperaturas han bajado y los clientes toman sus cervezas, sus cafés, sus pinchos, sus lo que sea, en el interior ante la pantalla de plasma que siempre está encendida. Hoy Marcos no lleva ningún libro de Thomas Mann, no lleva esa *Montaña mágica*, sino un diario que habla en su portada de las consecuencias de esa tregua de ETA, y el camarero que lee a Thomas Mann, sin él pedirlo, le pone una caña de cerveza sobre la mesa.

—Ha refrescado —comenta.

—Es normal en octubre. Un día que nieva. Luego, a lo mejor, hace buen tiempo. Aunque nunca se sabe. El valle es imprevisible y tiene su propio microclima. El aire y las nubes vienen del Atlántico.

—Ayer me mojé en la bici.

—¿Le gusta la bici de montaña?

—Tutéame.

—¡Joder! Me cuesta. ¿Te gusta la bici de montaña?

—A los veinte años subí al Alpe d'Huez.

—¡Joder! Eso son palabras mayores. A mí la bici no se me da muy bien. Yo corro la maratón.

—Tampoco está mal eso.

—No, tampoco está mal. De aquí a Vielha y de Vielha aquí sin detenerme. Treinta y ocho kilómetros. Regreso a la cocina.

—¿Qué tal Mann? —pregunta, cuando ya se vuelve al interior del bar.

—Ayer me dormí con el libro en la mano, pero es muy bueno. Es que no tengo tiempo para leer.

—¿Por dónde andas del libro?

—Estoy en el segundo invierno que Castorp pasa en el sanatorio, cuando cae una enorme nevada y se hace con unos esquíes para emprender una serie de excursiones por los valles cercanos.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pero lo que más me gusta de la novela son las reflexiones que hace sobre la vida, la muerte, el arte…

—Es una novela de iniciación. Castorp madura en el sanatorio. El sanatorio como epítome de la propia vida.

—Me gustaría tener más tiempo para leer, la verdad.

—El tiempo es un bien escaso, la materia intangible que más valor tiene: tiempo. Maldito tiempo, claro. Deberían vender los libros con el tiempo para leerlos.

—¡Esa frase es muy buena!

—No es mía, es de Borges.

Pasa las páginas del diario. Da sorbos pequeños a la cerveza. Con esa temperatura exterior lo más inteligente seria tomar otro café cargado, y no en la terraza sino dentro. Pero tendrá que tomar cerveza cada vez que se acerque a la terraza del bar Hiru porque ha sentado un rito. Como comprar *El País* a la expansiva paraguaya que habla argentino.

—Lis, como Liz Taylor —aclara su nombre.

—Te pareces —le dice, mirándola a los ojos.

—Sos un seductor, chiqui. Tenés pinta de *latin lover*. ¿Y qué hacés vos en un pueblo chiquito como este en donde no hay nada de nada? —La Paraguaya es enfática, abre mucho sus ya grandes ojos, gesticula con las manos como si fuera italiana.

—Ver crecer la hierba.

—Jajaja. Esa es buena. Me la apunto. Yo la hierba me la fumo o me la bebo. —Y muestra el recipiente de metálico de mate del que

sorbe con una pajita—. Realmente no hay otra cosa que hacer acá aparte de mirar el pasto, las vacas, los caballos… La gente está como muerta. ¿Sabés? O es que yo soy muy tropical, no sé, de sangre caliente y todos me parecen como hervidos. No me acabo de acostumbrar a este frío del carajo y echo en falta el mar, una playa de arenas cálidas, un sol que queme la piel, que la humee para sacarme este frío de mierda que hace *acá*, chiqui, y se te mete hasta el tuétano.

—Pero en Paraguay no hay mar.

—Pero sí en Argentina. Olvidás que soy un mix de los dos países, que nací en Ciudad del Este pero viví en el barrio de Boca, ché, entre tangos y esa presidenta que es una loca recauchutada. Yo, todo natural.

Cuando le bailan las letras, de tanto leer, mira el paisaje, la vista que tiene delante, un escenario multicolor ya, por el otoño, con los árboles de hoja caduca que, antes de perderlas, las colorean de rojo, amarillo, ocre. Y contempla el contraste de los bosques de abetos y pinos negros con la nieve que ha caído sobre ellos, que es como azúcar glas sobre un pastel, los espolvorea. Ha nevado a una altura de mil doscientos metros. Ha nevado por dónde anduvo la tarde anterior pedaleando. Con razón el agua de lluvia le pareció tan fría. Puro hielo. Cristalitos afilados como puñales que le rasgaban la piel.

Entonces ve un coche blanco, que sube por la plaza, que bordea las escaleras centrales de la terraza sobre la que están los toldos de los bares Hiru y Urtau, que aparca frente a la librería La Flor de Lis, Lis por Liz, la paraguaya, y el nombre completo para hacer un guiño a los numerosos franceses que se dejan caer por la tienda, y baja una mujer morena, no muy alta, no muy recia, pero eso sí, muy ceñida con tejanos blancos que comprimen un culo redondo, porque eso es casi lo único que ve de ella cuando sale del coche, el culo redondo y alto, o en lo que se fija en un automatismo masculino, cuando lo cierra dando un portazo y se pierde en la pequeña librería papelería de ocho metros cuadrados en la que se amontonan diarios, revistas, novelas, piruletas, bastones de monte, boletos de lotería y

paquetes de folios. Y luego repara en que la marca del coche es un Seat León y la matrícula, claro, de Lérida. Vuelve al diario. Al artículo de opinión firmado por uno de los comentaristas habituales de *El País* que analiza las reacciones ante la tregua de ETA y las declaraciones de Mayor Oreja que habla de una de tantas treguas trampa de la organización terrorista. Y levanta la vista, de nuevo, cuando una mujer ocupa una mesa vecina. La conductora del Seat León. Le mira la cara, disimuladamente, para luego mirar la fachada de la iglesia románica del siglo XII que está a continuación. Le vuelve a mirar la cara mientras regresa, desde la iglesia a la página del diario. No hay nada que destaque excesivamente en ella. Todo lo tiene pequeño, salvo la boca y el culo redondo. Y no puede saber de qué color tiene los ojos, porque los oculta tras unas gafas de sol de montura dorada. Sale Martín y le pide una Coca-Cola *light* antes de que llegue a su mesa. Hace énfasis en el «*light*». Marcos despliega el diario ante su cara, como una pantalla. Se embosca. Martín vuelve con la bebida.

—¿Has visto a mi marido?

—Hoy no ha pasado por aquí. Estará persiguiendo furtivos —dice Martín, sonriendo.

—A sí mismo —ríe ella—. ¿No tienes frío con esa manga corta?

—Soy mamífero de sangre caliente.

—De sangre caliente, claro. —Y remarca la palabra «ca-lien-te», pronunciando lentamente cada sílaba.

Marcos se entretiene en las páginas de cultura. Lee las reseñas de cine que firma Carlos Boyero. Le gusta leerlas aunque muchas veces, la mayor parte, no coincida con sus opiniones. Machaca la última película de Almodóvar. La relación entre el crítico y el cineasta parece la de dos amantes despechados que una vez se quisieron mucho y ahora se detestan más.

—¿Tienes fuego?

No se da por aludido. Continúa parapetado detrás del diario abierto.

—¿Tienes fuego?

Asoma la cabeza por el lateral, plegando un poco el periódico.

—Perdona, no te había oído. —Y se levanta y se acerca al cigarrillo que oscila entre sus labios carnosos y rojos con el mechero encendido. Es una chica disfrazada de *femme fatale*.

—Gracias. ¿De gasolina?

Lo cierra con un clic y la llama azulada desaparece.

—Sí, una antigualla. Como yo.

—Me llamo Tiphaine.

—Curioso y bonito nombre.

—Francesa.

—Marcos, burgalés. Encantado.

—¿No te molesta que te tutee?

—No, claro que no. En absoluto.

Marcos se sienta, pero no vuelve a abrir el periódico porque no está cómodo con esa Tiphaine que le escruta a través de sus gafas ahumadas desde la mesa vecina mientras fuma con ansia ese cigarrillo y bebe cola despacio. Calcula su edad. Su peso. Su talla. Lleva un corte de pelo a lo Mireille Mathieu. Botas puntiagudas bajo el tejano. Un cinto de chapa metálica, de vaquero. Las uñas de las manos pintadas de oscuro. No se parece en nada a la rusa *madame* Chauchat, de felinos andares, que iniciará al sensible Castorp en los secretos de la sexualidad en *La montaña mágica*, salvo en que es muy sexual, lo va pregonando con sus movimientos, miradas que se intuyen bajo las gafas de sol, la forma de sonreír, exhibiendo los dientes, o hasta con cómo coge el vaso para beber su Coca-Cola *light*.

—¿Hace mucho que estás en el pueblo? Perdona, pero es que no te había visto antes.

—Llevo dos semanas.

—¿De vacaciones?

—Viviendo.

—Ah. ¿Y no encuentras esto aburrido y monótono? —Y mira con desprecio visible a su alrededor, incluidas las montañas de enfrente,

las mágicas montañas multicolores que tienen un pigmento de nieve en su cumbre.

—Para mí es precioso. Busco la tranquilidad.

—Porque no has nacido aquí.

—Tú tampoco.

—Como si lo fuera. Al otro lado de la frontera. ¿Qué son ocho kilómetros más abajo o más arriba? Nada.

—¿No te gusta la montaña? —pregunta, ingenuamente, Marcos.

—La detesto. La odio con toda mi alma. Pero estoy condenada a vivir aquí por mi marido: es el guarda forestal. ¿No le conoces? Seguro que sí. El que cojea y grita cuando entra en el bar.

—Ah.

Está sorprendido de que, sin conocerse, le dé tanta información sobre su vida. Quizá porque realmente se aburre y detesta todo lo que le rodea. La observa mientras mete el dedo meñique en el vaso de Coca-Cola *light* y remueve el hielo. La observa mientras mete ese dedo meñique en su boca, a continuación, y lo chupa lentamente.

—Y, ¿qué haces en este pequeño pueblo?

La misma pregunta que le ha hecho su vecina y librera Lis. La misma respuesta para ella.

—Veo crecer la hierba.

—Eres muy gracioso —salta ella.

Y a él ese comentario le hiere. Luego Tiphaine se levanta, pasa por su lado, abre la portezuela del coche, arranca y desaparece por una empinada calle mal empedrada dejando el rastro de humo de su tubo de escape. Y a Marcos le queda en la nariz el aroma de su cuerpo, un olor suave a carne fresca, a piel fina adobada con perfume floral, pétalos de rosas rojas aterciopelados. A Marcos se le aguzó el olfato veinte años atrás.

CAPÍTULO 7

CABEZA

Comen en silencio. El jabalí que ha estado adobado en vinagre durante cuarenta y ocho horas con un ramillete de hojas de laurel. El jabalí que Èric, atado al morro del cuatro por cuatro, bajó clandestinamente al pueblo, cuando se hizo de noche, y subió a la vivienda, dos tramos de escaleras, dejando un reguero de sangre y pelo que luego se apresuró a limpiar con la escoba y la fregona ella, Tiphaine.

Lo come Tiphaine con cierto asco. Le cansa esa carne roja, fuerte, astillosa, que se le atraganta en la garganta. Le desagrada la visión de la bestia en la bañera y Èric descuartizándola, serrando sus patas y su cabeza, abriendo su vientre para sacar los intestinos, envolverlos en papel de diario viejo, los que almacenan para encender la chimenea, y ordenándole:

—Tíralo ya al contenedor o nos apestará la casa.

La casa huele a jabalí muerto. Es un hedor agrio a cerdo sucio que tarda en irse a pesar de que Tiphaine abre las ventanas y friega los suelos con lejía. Luego le toca lavar la bañera, sacar toda aquella sangre que ha ido derramando la bestia mientras su cazador la descuartizaba, y recoger los pelos para que no embozaran el sumidero. Por eso Tiphaine odia el jabalí. Por todo lo que supone que Èric los cace.

—Mira qué cabeza tan impresionante.

Le da cierto miedo ver así al cojo. Ufano con su botín de guerra en las manos, tomado por las orejas peludas, con la boca abierta y una lengua negra que asoma por entre colmillos como espadas. Aún hay sangre roja en los bordes aserrados del ancho cuello. Y Èric, con esa pinta y esa cabeza, le parece más salvaje y primitivo. Un cavernario.

—Está bueno —gruñe Èric, partiendo el solomillo de jabalí y mojándolo en la salsa de setas de cardo y crema de leche que lo acompaña.

—A mí me cansa —confiesa ella.

Le cansa el jabalí. Le cansa su marido. Le cansa su vida en la que solo existe un aliciente, un sueño que sabe es una mentira.

—La próxima lo haces con castañas.

—Están muy caras.

—Muy caras, muy caras, muy caras. Ni que fuéramos pobres.

—Lo somos. Otra cosa es que tú no quieras verlo. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos de vacaciones?

—Bueno, iremos de crucero.

—Ahora que todos se hunden.

Saca la mesa Tiphaine. Sacude las migas del mantel y pasa la escoba.

—Le llevaré la cabeza a tu primo para que la diseque.

—¿No pretenderás colgarla?

—Pues sí. Soy cazador, ¿no?

Tiphaine lava a mano los platos. Se estropeó el lavavajillas y no tienen dinero para repararlo. Nota la presencia de Èric. Siente en su

espalda como se arrima y restriega.

—Anda, vamos a hacer la siesta —le dice mientras le babosea la nuca y huele su aliento acre.

—No tengo ganas —le responde, mientras se demora fregando los últimos platos y no los saca del agua jabonosa de la pila.

—Pero yo sí.

Una mano le sube por el muslo, se detiene en su nalga, la otra cerca el pecho, como una ventosa, se convierte en su sujetador de carne.

—Rica estás, francesita del demonio.

—Deja, que estoy lavando.

—Pues acaba, que quiero darte.

—¿Siempre piensas en lo mismo?

—Estás buena, francesita.

Cuando intenta besarla en la boca, ella lo rechaza.

—Que no te has cepillado los dientes y hueles a jabalí.

La arrastra sin soltarla de la cintura hacia la habitación.

—Que no tengo ganas. Quizá por la noche —protesta ella en vano.

—Me has puesto caliente, gabacha. Toca. —Y guía la mano de ella al bulto hinchado que hay bajo el pantalón—. Toda para ti —ríe.

Tiphaine baja la persiana del dormitorio. No le apetece hacerlo con luz. No le apetece hacerlo con Èric. Le apetece hacerlo con Antonio. Aún lo siente entrando en su sexo y en su boca mientras se desnuda con desgana. Ve la cabeza seccionada del jabalí, sus tripas, el charco de sangre en la bañera, la pelambrera sucia de la bestia.

—Quítate las bragas y el sujetador —le ordena el marido.

Obedece como un cordero que va a ser sacrificado. Se tiende en la cama. Espera con las piernas abiertas y una sensación de náusea en la boca del estómago.

—¿Cómo es que tienes tanto barro en el Seat León?

Responde rápido y miente. Señala en la dirección opuesta.

—Me fui a la Artiga de Lin.

—Pero no hay barro en esa pista. —Èric se baja los calzoncillos. Tiene un miembro curvo que vira a la derecha. Un miembro ridículo que dejó de darle placer alguno hace una eternidad. Un miembro que siempre taladra un sexo seco, roza sus paredes y lo lastima.

—Había restos de aludes en la carretera. Ven, cariño, a follarme.

—¡Vaya! Te entraron las ganas.

No llega a penetrarla. Se corre en la colcha.

—¡Me cago en Dios! ¡Puta polla! —grita, dándose un puñetazo en el pecho.

—Otro día bebes cerveza —le dice Tiphaine mientras se viste y recoge el semen derramado con un *Kleenex*.

—¿Y esa marca que tienes en el cuello? —pregunta, furioso, desnudo todavía, mientras la retiene cogiéndola por las muñecas.

—¿Qué marca?

—Esa. —La señala, bruscamente, con el dedo, presionando la piel.

—Un sarpullido. ¿Me dejas que tire esto al váter?

Y le muestra el *Kleenex*.

Cuando tira de la cadena se está un rato sentada en la taza. Respira hondo y maldice a Toñín por haberla marcado con un chupetón. Bendice a Èric por haberse corrido antes de tiempo.

Se cruza con él por el pasillo. Va a salir. Se pone el anorak de guardia forestal por encima del hombro ya en la puerta.

—¿Te vas?

—Voy al Hiru.

—¿A beber?

—Sí. Una copa me irá bien. Y esta noche probaremos otra vez.

El beso que va a su boca ella lo desvía a su mejilla girando la cara bruscamente en el último momento.

—¡Serás cabrona, putita!

Cuando oye cómo baja las escaleras, Tiphaine se encierra en el dormitorio y llora. No sabe cuándo, en qué momento, empezó a detestar a su marido. Quizá nunca estuvo enamorada de él. No lo

soporta. No soporta que la roce. Menos desde que quiere y desea a Toñín.

Lo llama al móvil.

—¿Qué haces, princesa?

—¿Por qué no vienes?

—¿Adónde?

—A mi casa. Se ha ido al Hiru y seguro que empalma una copa con otra hasta que lo echen.

—Estás de broma.

—¿Le tienes miedo?

—El cojo no tiene ni media hostia.

—Pues ven y fóllame.

—Hoy no, cariño. Ya sabes que es prudente espaciar los encuentros.

—Pero… ¿me quieres?

—Claro.

—¿Me deseas?

—Más.

—Eso sí me lo creo. Mándame un beso.

—Muac.

—Muac.

Cuando se abre la puerta del dormitorio y aparece Èric, el rostro de Tiphaine se descompone y el corazón le da un vuelco que le deja momentáneamente sin respiración.

—¿Con quién estabas hablando?

El rostro del guardabosques denota furia y tensión. Una vena se marca con fuerza en su frente enrojecida. Sus labios experimentan un temblor. Sus ojos destilan furia.

—Hablaba con una amiga.

—¡Y una mierda con una amiga! —chilla cerrando el puño y avanzando hacia ella.

—Una amiga. Una amiga, Èric. Con Lis.

—¡Los cojones con Lis!

No sabe cómo salir de la situación. No sabe cómo evitar las preguntas. Si pudiera huir bajaría corriendo las escaleras, pero el cuerpo grueso de Èric cubre la posible vía de escape.

—¿Quieres que te la chupe?

CAPÍTULO 8

CIELO

—Tómate otro cubata.

—Creo que ya voy suficientemente cargado.

—Venga, otro cubata, Roque. No me seas mariquita.

—Me he tomado la puta pastilla.

—¿Y qué?

—Pues que no sé cómo coño va a reaccionar.

—Un poco de ron no le irá mal a la puta pastilla. ¡Xabi, marchando dos cubatas!

La puerta del cielo es el único *pub* del pueblo. Está en uno de los extremos del Carrer Major, cuando este ya se acaba, a dos puertas del colmado La Trastienda, que vende y hace comidas rápidas de calidad; lo llevan Tere, una chica menuda y agradable, y Gorka, un donostiarra que va a San Sebastián a por el género en su furgoneta: patés, quesos y txakolis. Xabi lleva el negocio del *pub*. Xabi Azpeitia. Otro vasco, como indica su apellido. Lleva en Eth Hiru diez años. Fue

camarero de La Hostería Catalana antes de pasar a regentar el único *pub* del lugar. Hay habladurías acerca de cómo consiguió dinero para convertir un viejo almacén de paja ruinoso en un bar musical que solo frecuentan los hombres, en el que ninguna mujer, ni sola ni acompañada, entra. Los fines de semana hay más clientela. Pero hoy no es fin de semana, así es que solo están dentro, emborrachándose desde hace un par de horas, Miguel, un treintañero que trabaja en la serrería Safont que hay a la entrada del pueblo, enfrente del cuartel de bomberos, y Roque, que está de baja y lleva cobrando por larga enfermedad desde hace diez años porque la cabe/a no le funciona como es debido.

—Soy psicópata —suele decir con un brillo en los ojos y una sonrisa congelada—. Pero todavía no he matado a nadie.

El cuarto cubata de la noche lo consumen en dos minutos.

—Este lo has hecho sin ron, cabrón, que estamos bebidos pero controlamos, vasquito.

—¡Joder, Roque! Faltan muchas cosas en el pueblo. Falta un bar de putas. Eh, tú, Xabi de los cojones.

El dueño vasco de La puerta del cielo está acostumbrado a las borracheras tumultuosas de los dos amigos. Empiezan a beber y no tienen freno. No tienen otra cosa que hacer si quieren huir de sus esposas. No hay muchas más cosas que hacer en este pequeño pueblo perdido entre montañas salvo eso, beber, ahogarse en alcohol, o leer al calor de la chimenea. Pero Roque y Miguel no son dos tipos muy dados a la lectura. Un periódico deportivo ya les marea con sus letras; no digamos un libro. No suelen acabar casi nunca a golpes, y eso que los dos parroquianos son gente bronca y grande: Roque un pesado armario de casi dos metros de alto por metro de espalda que impresiona por su presencia física imponente; Miguel, más bajo pero más concentrado, con musculatura de leñador. Miguel luce una barba corta y recortada que le da un aspecto feroz, aunque lo que realmente resulta inquietante es su mirada vidriosa, turbia, oscura, que mira y rehúye al mismo tiempo.

—¿Sabes qué le hice al Èric?

—Te pajeaste pensando en Tiphaine.

Roque golpea un hombro de Miguel con su manaza.

—Yo no me pajeo, degenerado. ¿Sabes qué hace el cabrón de guarda forestal?

—¿Qué?

—El cornudo ese se cree que no me doy cuenta, pero cada noche le oigo que viene a robarme leña. Estoy arriba, cenando, y le oigo trajinar en la calle. Se cree que no me doy cuenta de que me roba y le grito: ¡Ey, deja algo para mi chimenea!

—Pégale un tiro.

—Mejor. ¿Sabes lo que hice?

Niega Miguel con un cabezazo.

—Cogí una bala de cazar jabalíes, de las gordas, y la clavé dentro de uno de los leños. El cabrón me la robó.

—¡Qué bestia! ¿Y si lo matas cuando lo meta en su chimenea?

—Pues que no me robe, el hijo de puta. Si escuchas un disparo una noche de estas es que mi bala le ha explotado y le ha jodido su estufa.

Xabi se acoda en el mostrador, al otro lado, los mira a los dos con condescendencia.

—Estos araneses que se emborrachan oliendo el corcho de una botella.

—No me llames arañes, cojones. Soy español. Español, ¿sabes? Español a mucha honra.

—Yo vasco.

—Y un cojón, vasco. Que os la habéis envainado con la tregua de ETA. Tú eres más español que yo. Ni vascos, ni catalanes, ni araneses: españoles.

—¡Sabrás tú lo que soy yo si no sabes ni quién eres!

Roque se tensa. Malinterpreta la frase del dueño de La puerta del cielo. El psicópata no conoce a su padre. Su madre tiene un bar en Les, junto a una tienda *outlet* que vende tejanos baratos y chándales pasados de moda, en la que no entra más que algún que otro despistado, y nunca le dijo quién le engendró ni por qué no

quiso asumir su responsabilidad. Cree que no saber de quién procede está relacionado con su enfermedad mental, y por eso mira fijamente al farmacéutico, porque podría ser su padre por envergadura y rasgos faciales.

—¿Por qué no te traes chicas? Rumanas de esas y las pones aquí, en medio del escenario. —Se vuelve y señala un espacio vacío, en medio del local, un sitio donde se podría bailar si alguna chica entrara en La puerta del cielo, porque hay una máquina de discos, tipo americano, en la que el cliente mete la moneda y escoge la canción que quiere escuchar—. Que bailen desnudas. Seguro que tendrías más clientes que este par de borrachos.

—El páter y el alcalde me cerrarían el local.

—El páter que se vuelva a Colombia —grita—. ¿Por qué tenemos que tener un cura colombiano? ¿No hay curas españoles que tiene que venir uno de Colombia? ¡Manda huevos!

—Y vuestras mujeres os correrían a gorrazos.

—Oye, vasco de los cojones —escupe Miguel, envolviéndole con su aliento a ron—. En mi casa yo llevo los pantalones, ¿sabes? Y mi mujer obedece. ¿Sabes? Y mi mujer es vasca, como tú, ¿sabes? Pero pobre de que me hable en euskera o le hable en euskera a mis hijos, porque la lisio, ¿sabes?

—Creo que es ella la que te lisia a ti.

—¡Y una mierda! Aquí la que le zurra es la de mi compañero, eh, Roque. ¿Qué te hace la dominicana?

—Me pone a cien.

—Te pone a cien retorciéndote los cojones, ¿no? ¿Cómo te pone a cien? Explica, explica, vamos. Que tu mujer, pringado, podría estar aquí moviendo el culo en el escenario para empalmarnos.

Roque calla, se reconcome por dentro, mastica un hielo con la mandíbula, aprieta el vaso tanto que está a punto de romperlo. El vaso como si fuera el cuello de su amigo borracho. El hielo se hace pedazos en su garganta.

—Buen culo, por cierto. El mejor culito del pueblo. ¡Cómo la miran! La de pajas que se hacen los niños cuando pasa por la calle.

Culo de negra. Porque eso tienen las negras, ¿no? Buenos culos. ¿Te comes su culo, pringao? ¿Y el chochito? ¿Cómo tienen el chochito las negras?

—¡Para ya! —le advierte Xabi, previendo que la incontinencia verbal de Miguel provoque una riña tabernaria.

—Oye, no te metas, vasquito de los cojones. Tú a lo tuyo. Lava vasos y luego me chupas la polla. Y me vas a poner otro cubata, que estoy muerto de sed.

Es en ese momento cuando se abre la puerta y entra alguien al que no han visto nunca: un forastero. Y los dos hombres, que están acodados a la barra y ahogados en alcohol, se vuelven hacia él, y el dueño de La puerta del cielo lo mira extrañado como si el parroquiano que entra se hubiera perdido. No hay mucha luz en el bar, y la que hay es roja, así es que no le ven muy bien, no distinguen sus facciones ni su edad hasta que no se acerca al mostrador, se aúpa a una banqueta distante de ellos dos cuerpos y pide un *whisky*.

—¿Qué marca? —pregunta Xabi, encarándose con él.

—Four Roses.

—No tengo.

—Pues Jack Daniels.

—*Okey*. ¿Con hielo?

—Solo.

Miguel, tambaleante, con su vaso mediado de ron con cola, se aproxima al recién llegado, se aúpa a su vecina banqueta.

—*Whisky*, sí señor, bebida de machos.

—Miguel, Miguel —le advierte Xabi—. No importunes al señor.

—*No importunes al señor*. No importuno al señor. El señor tiene lengua. ¿A qué sí? ¿Se ha perdido por aquí?

El recién llegado ni le mira ni le contesta. Toma el vaso de *whisky* que le alarga Xabi y paladea lentamente su contenido.

—¿Eres sorda?

Contesta despacio, casi deletreando.

—No me he perdido, joven. Vivo aquí.

Miguel le ve la cara. Tiene el recién llegado, por lo menos, veinte años más que él. Alguna cana en el pelo y más en la barba cerrada que ensombrece su rostro. Los ojos claros. Viste un pantalón militar verde, camiseta negra y un anorak de montaña. Le llama la atención las sandalias.

—Tío, estás loco andar por aquí con sandalias con el frío que hace. ¿Haces penitencia por algún pecado cometido?

—Deja en paz al señor —le dice su amigo.

Miguel se vuelve furioso a Roque.

—Pringao, chupa el culo a tu negra.

El puñetazo le estalla en media cara sin que se lo espere. Miguel cae al suelo tras tropezar con su propia banqueta, pero pone las manos para no darse con la cabeza. Xabi salta al otro lado del mostrador.

—¡Eh, eh, eh! Calma, chicos. Hay que saber beber. Peleas en la calle. —Se interpone entre Miguel, cuyos ojos llamean de furia cuando consigue ponerse en pie, y la mole musculosa de su amigo que mantiene cerrado el puño con el que le ha golpeado, como una maza y en actitud de púgil, un Paulino Uzcudun cualquiera.

—Vamos a la calle, pringao. Vamos a la calle y te abro esa barriga cervecera. Tu mujer se lo hace con todos, pringao, porque eres un demente. Sí, demente. ¿Ya te tomaste las pastillitas? Di. ¿Ya te las tomaste?

Miguel gesticula enloquecido mientras grita en medio del *pub*. La sangre le ha subido a la cara. Bracea amenazante con las palmas de las manos abiertas, prestas a abofetear a su amigo.

—No me hagas llamar al teniente, Miguel —le amenaza Xabi cogiéndolo por el brazo.

—¡No me toques! ¡Saca esa puta mano de vasco de mí o te mato, traficante de mierda! ¡Saca tus putas manos de mi brazo o te rajo! Y el teniente me la chupa, ¿oyes?

El forastero, que se ha mantenido al margen, interviene y se encara con Miguel.

—Oiga, mejor será que se vaya a casa, tranquilamente, y duerma. Mañana seguro que ve las cosas mucho mejor y así no hay problemas. Si quiere, le acompaño a casa para que no dé un tropezón por el camino.

—¡Puto viejo! ¿Qué se ha creído ese jodido puto viejo? ¡Que pareces Merlín, coño! Acaba de llegar al pueblo y ya da órdenes.

El forastero baja de su banqueta, sin soltar su vaso de *whisky*, y se encara con el borracho. Lo mira fijamente a los ojos. Le habla despacio.

—Chico, hazme caso. Vete a casa. Tranquilamente. Aquí no ha pasado nada. ¿Oyes? Nada. Y nada pasará si te metes en la cama y duermes la mona.

Y sus palabras tienen la virtud de amansar a la fiera. Roque le da un abrazo. Miguel se desembaraza, molesto, de los brazos de su amigo. Luego, los dos salen a la calle, como si nada hubiera pasado entre ellos.

—Ese puto viejo me ha dado lástima, Roque. En veinte años seremos como él —susurra Miguel.

—¿Y las copas? ¿Quién las paga? —grita Xabi detrás de ellos.

—Ponías en mi cuenta —responde Roque, desde la calle.

Xabi vuelve a su puesto tras el mostrador.

—Lo siento. Esos dos siempre andan pasados de vueltas. No saben beber. Sobre todo Miguel. Pero son buenos chicos. Lo siento si le han molestado.

—No, no ha sido nada. No te preocupes. Ponme otro *whisky*.

—Me llamo Xabi. —Le alarga una gran mano.

—Yo soy Marcos. —Se la estrecha por encima del mostrador.

—No es catalán —advierte mientras llena de nuevo el vaso vacío.

—De Burgos.

—¿De Burgos? ¿Y cómo es que ha venido a parar aquí?

—Pasé y me gustó.

—Vaya, una buena razón. Quizá no le guste tanto cuando se harte de estas montañas que no dejan ver el horizonte, del frío, de la mierda blanca.

—¿La mierda blanca?

—La nieve. Aquí a la nieve la llamamos la mierda blanca.

—Curioso. Creía que les gustaba.

—¿Gustarnos? Jamás. Es fría, es sucia, no se va, patinas con el coche. Eso los de las pistas de Baqueira Beret y los esquiadores que suben para romperse la espalda. Y el rey y los principitos cuando venían a dar un poco de lustre a este valle.

Marcos paladea ese segundo *whisky* en solitario.

—¿Puedo poner algo de música?

—Claro. La máquina es toda suya.

Cruza el local con el vaso en la mano, mira los discos de la máquina, escoge uno y mete dos euros por la ranura. Dos segundos más tarde Leonard Cohen canta *Suzanne*.

—¿Le gusta Cohen? —pregunta el dueño de La puerta del cielo.

—Es mi músico.

—Es la primera vez que alguien lo elige. Buen gusto tiene, amigo. —Xabi se pone otro *whisky* para acompañarlo. Entrechocan los vasos.

—Por *Suzanne*.

—Por *Suzanne*.

CAPÍTULO 9

SUEÑO

Susana Herráiz Bengoechea, repite Marcos, como un mantra, en la buhardilla de su casa pareada, mientras chupa la pipa que ha encendido, para concitar su presencia entre las paredes de madera. Susana Herráiz Bengoechea, murmura, en voz baja, mientras mira un cielo negro tachonado de estrellas por la ventana Velux de su techo de madera inclinado y no identifica ninguna constelación. Ella sí sabría.

—Orión es esa de allí, la de la esquina. Es una de las estrellas más lejanas del firmamento.

—¿Y?

—*Izugarri maite zaitut*[3]. Te quiero hasta Orión, Aitor.

Los años pasan, pero aún guarda, en algún lugar recóndito de su memoria, el perfume de su cuerpo, la textura de su piel suave, lo escultórico de sus formas y la humedad de su boca.

Se le ha apagado la pipa por tercera vez y desiste de encenderla de nuevo. Baja a tientas las escaleras que conducen a la planta de los dormitorios, se desnuda sin encender la luz, le basta con la del cuarto de luna menguante que asoma por su ventana; se cubre con el edredón nórdico y cierra los ojos para ahuyentarla porque le duele demasiado, todavía.

—¿La conoces?

Mueve la cabeza, con violencia. No puede ser ella. No es ella.

—¿La conoces? Mírala. ¿La conoces? —El que le interroga le obliga a mirar, abatiendo su nuca con violencia.

El cadáver lo han sacado del fondo del Bidasoa, pero puede que lo hayan ahogado en una bañera. El cadáver está hinchado por el agua y manchado por el barro y las hierbas del fondo del río. La ropa hecha jirones muestra debajo una piel blancuzca, macilenta. Resulta difícil reconocer su rostro por los días que ha permanecido bajo el agua. La putrefacción la ha hinchado por dentro. Le cuesta creer que sea la Rubia, la chica alegre y generosa, la que se paseaba con una perfecta ondulación de caderas y derrochaba alegría desbordante. La bipolar que apretaba el gatillo con la misma ferocidad que empleaba haciendo el amor.

—¿La conoces?

Está al límite de su resistencia. Tres días sin dormir. Tres días a golpes en los oídos que le han dejado medio sordo, desnudo ante duchas a presión, ahogado en una infecta bañera donde sus verdugos previamente han meado y cagado. Solo ha reconocido su nombre, nada más. Y el de su padre y madre, nada más. La bicicleta le ha hecho fuerte. Y lo que ha visto y leído. Y llevar años mentalizándose para cuando llegara ese momento. Cierra los ojos, porque no quiere ver a la Rubia en ese estado, no quiere que cuando piense en ella no vea su figura desnuda y exuberante inclinándose sobre su ingle para generarle placer sino ese cadáver hinchado como una bota que caricaturiza su belleza, lleva en sí lo grotesco de la muerte.

—Testarudo. Testarudo. Tengo métodos para convencerte.

No ve porque su verdugo le ha puesto de nuevo la capucha. Pero oye. Trata de imaginárselo. Complexión corpulenta, como él. Parecida edad. Pero en bandos opuestos.

—¿Sabes qué hice con ella?

Calla mientras sus muñecas se retuercen tanto dentro de las esposas que su piel se rasga y la sangre que brota le escuece.

—Me la follé antes de ahogarla. Con preservativo, claro. A saber lo que tendría esa golfa allí dentro en su sucio coño.

Se abstrae. En la voz. Escucha esa voz varonil, ruda, desafiante e hiriente. Un tipo de su edad que está al otro lado quizá porque le pagan o por convicción ideológica. Alguien que los odia con razón, con tanta o más razón con la que él los odia a ellos. Retiene su voz en un apartado de su cerebro. La almacena. Para no olvidarla jamás. Y aspira su olor corporal como si se tratara de una fragancia. El tipo suda pero utiliza un desodorante especial, característico, decididamente fuerte y vulgar. Huele a Varón Dandy. Ha estado haciendo ejercicio. Con él. Lo ha empleado como un saco de boxeo mientras permanecía colgado de la cañería con las puntas de los pies desnudos tocando el suelo. Le ha dado donde no deja marca. Un buen anatomista.

—Si te empalmas es que eres maricón. ¿Oyes?

Le ha metido una porra engrasada por el culo. Se la ha hundido en los intestinos. Se ha estremecido de dolor, pero no ha podido gritar porque la mordaza, como un bocado, se lo impide.

—¿Quieres café?

No contesta. Se muerde la lengua para no gritar, insultarle, decirle que lo matará, seguro, que lo matará pasen los años que pasen, que dará con él aunque sea en el fin del mundo, que no habrá otro anhelo en su vida que acabar con su vida.

—¡Toma café!

Le vierte una cafetera en la mano. Se muerde la lengua. Patalea. Se crispa. La llaga de las muñecas se hace mayor. Si aguanta un día más tendrán que dejarlo libre sin cargos porque habrá cumplido las

setenta y dos horas. Si guarda silencio. Si se muestra cínico. No tienen nada contra él salvo la mera sospecha.

Le quitan la mordaza, para que pueda hablar. Pero el verdugo sigue con la capucha puesta. Parece que hayan invertido los papeles y las capuchas. Maderos y civiles enmascarados y ellos a cara descubierta.

—Se han equivocado de hombre.

—¿Y yo me he equivocado de rubia?

—Sí.

—Pues qué lástima por ella. ¿Te la follabas?

—No la conocía.

—Pues ella sí te conocía, ella nos ha llevado a ti.

Susana Herráiz Bengoechea. «La Rubia». La conoció veinte años atrás. De la cuadrilla. La mejor de ella. Leal e inteligente. Salía con otro. Con Fermín. Un día le dieron a los cubatas. Uno tras otro. Y a los besos. Se gustaron. Había química. Ardía por saber qué había debajo del vestido, qué escondía el sujetador. Y se fueron a follar a casa de unos amigos. Cuando se desnudaba le vio la pistola pequeña en la tobillera. Se la desanudó con la misma naturalidad que se había desabrochado el sostén para liberar sus dos grandes senos entre los que él hundió su cara después de besarlos lentamente. Pensó en esa pequeña pistola mientras mordisqueaba los pezones y ella masajeaba su pene con su mano húmeda para endurecerlo y metérselo. Pensó en la pistola, sobre la silla, luego, mientras ella se la mamaba despacio empotrada entre sus piernas porque temía quedar encinta y no quería que se corriera en la vagina.

—¿Eres de ellos?

La Rubia volvía a la habitación con un cepillo entre los dientes. Era un ocho perfecto. Llevaba un *piercing* en el sexo y otro le atravesaba el rosáceo pezón derecho, una estrella de carne que coronaba su redonda cima. Lo había notado al chuparlo, un gusto metálico entre el dulce de la carne blanda. Un corte de pelo a lo paje. El pecho erguido.

El culo potente tras el estallido de sus muslos que precisaba de un pene largo y duro para penetrarla: el suyo.

—¿Te gustó?

—Sí.

—¿Repetiremos?

—Claro.

Repiten. Un 69. La Rubia es pura agua. Se corren al mismo tiempo. Él con las grandes areolas de sus pechos entre sus dedos y la lengua frotando el clítoris. Luego se abrazan, se colman de besos, se acurrucan él uno en el otro. Ternura después del coito. Amor, quizás.

—*Izugarri maite zaitut*, Aitor —le dice Susana—. Te quiero y no quiero quererte.

—¿Por qué?

—Porque me juré a mí misma no querer a nadie.

—¿Un desengaño?

—Joder. Uno detrás de otro. ¿Te molesta que fume?

—Me gusta que fumes.

La Rubia permanece sentada en la cama con las piernas cruzadas y los pies taponan precisamente su sexo. Es la posición de la flor de loto. Hace yoga desde que estuvo una temporada en Birmania. Prende un cigarrillo. Coge un vaso a falta de cenicero. Exhala una gruesa columna de humo que sube, retorciéndose como una columna salomónica, al cielo de la habitación.

—¿Te decides?

—¿Quién me introduce?

—Yo soy tu madrina. Con una condición.

—¿Cuál?

—El primer *talde* tú y yo, juntos.

—*¿Bonnie and Clyde?*

—*Bonnie and Clyde*.

—Nunca he disparado.

—Lo haré yo. Me cubres. Espera. Tengo un regalo para ti.

Cuando tiene la pistola en la mano, la culata le quema. Acaricia el cañón. Le han borrado el número de serie. No pregunta a quién ha pertenecido. Ni qué fue de su dueño. La pistola de un civil o un madero al que han ejecutado y después se han llevado su arma. La deja debajo de la almohada. La atrae hacia sí. La Rubia apaga el cigarrillo, abre los muslos. De nuevo, pura agua.

—¿Nombre?

—Aitor Abasolo Munerri.

—¿Pero naciste en Burgos?

Mueve la cabeza mientras el policía teclea. En el despacho hay una foto del rey en una pared bajo el emblema de la espada y el haz de lictores con el hacha inclinada cruzados.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Veinte años.

—Si reconoces tu pertenencia a la banda no te tocaremos un pelo, así de claro. Pero si no, no te vamos a dejar un solo pelo en la cabeza. ¿Entiendes lo que te digo? Y te arrancaremos las uñas. Veinte uñas. Imagina una a una, arrancadas.

—Se han equivocado conmigo.

—Claro, por eso encontramos tu número de teléfono en el tejano de Susana Herráiz Bengoechea, alias «la Rubia».

No puede ser cierto. La Rubia es muy cuidadosa en esas cosas. No puede ser cierto. Imposible.

—Pues no sé. Una casualidad.

—Claro. Una casualidad. Mira, chico. Te tenemos setenta y dos horas. Lo que marca la ley. Y te aseguro que nadie lo resiste y que pasan lentas como si fueran setenta y dos años. Así es que lo inteligente es que hables antes de que se produzca algo irreparable y te ahorras todas las molestias y a nosotros nos ahorras tiempo. Ten en cuenta que aquí todos tienen ganas de darte, porque sois terroristas de mierda, asesinos de niños y mujeres, lo peor de lo peor. Apelo a tu inteligencia. Si vas a hablar, porque vas a hablar, mejor hacerlo con todos los dientes y todos los huesos enteros. ¿No?

Una calle de Bilbao. Al lado de la ría. Mañana brumosa. Obreros que van al trabajo con sus bocadillos envueltos en papel de aluminio. La sigue. La Rubia anda deprisa, con las solapas del anorak alzadas y el gorro de lana negro bien hundido que recoge todo su cabello.

—Me cubres.

—*Okey*.

—Al tanto de lo que pase alrededor.

—*Okey*.

—Ese es.

El tipo de la gabardina viene de frente, por la acera. No sabe lo que le espera, lo cerca que está del fin. Eso le angustia. Pasan por su lado. Se vuelven. La Rubia se acerca, apunta con el arma a la cabeza y dispara. La pistola se encasquilla.

—¡Dispara tú! ¡Mierda!

El hombre echa a correr, sin mirar atrás, paralelo a la ría, y la gente se abre, prudentemente. Corre detrás de él.

—¡No dejes que se escape!

Es una cacería. La presa corre y él va detrás de ella por instinto, porque corre, precisamente, como los perros van detrás de los ciclistas. Aprieta el gatillo sin dejar de correr. El tiro le entra por la espalda. Sigue corriendo, pero por poco tiempo. Se derrumba.

—¡Rematálo!

Llora, se crispa, traga saliva, cierra los ojos y dispara a la cabeza, dos veces. Luego, el coche los recoge.

—Has estado genial.

Vomita dentro del coche.

La Rubia no consigue empalmársela hasta que no pasa un mes.

—Ya no me quieres ni me deseas.

—No es eso. El hombre de la gabardina.

—El segundo ya es otra cosa. Yo me pasé un mes sin comer.

Susana Herráiz Bengoechea hiede a carne muerta. Ya no consigue imaginarla viva. La ve, siempre que la recuerda, muerta e

hinchada sobre la camilla de esa especie de morgue cochambrosa. Y la asocia a esa voz que tiene guardada en alguna cavidad de su cerebro. Y a la colonia Varón Dandy.

—¿Sabes qué hice antes de ahogarla en la bañera? Me la follé. Con preservativo, claro. A saber lo que tendría allí dentro esa puta golfa en su sucio coño.

* * *

Da una patada al edredón. Amanece. Tiene náuseas. Recorre el pasillo para orinar. No tira de la cadena para no despertar a la Paraguaya ni a su marido que duermen pared con pared. Se acaricia el glande. Se le pone dura. Desiste. El cielo está blanco, lácteo. Alza la ventana Velux de su dormitorio. Ve la bandera roja y gualda delante, a quinientos metros, detrás del prado donde pastan dos caballos que ya se han levantado, como él. Baja a desayunar. Se hace café. Prende la tele y la pone muy baja de volumen. Tuesta pan. Extiende mantequilla y mermelada. Aparece Ana Pastor, una periodista que le gusta de forma muy especial. El tema del día sigue siendo la tregua de ETA.

—ETA, definitivamente, ha sido derrotada —dice un comentarista.

Y piensa en el tipo de la gabardina que corría paralelo a la ría. ¿Por qué? Y le viene a la cabeza el cadáver hinchado y cubierto de maleza de Susana. ¿Por qué?

CAPÍTULO 10

CHURRASCO

—El secreto de la carne es el corte. La mejor carne es la que muerde el hueso. Esta.

Alan la pincha con un tridente y la coloca sobre el carbón encendido. En cinco minutos ya huele, deliciosa. En diez está en el plato, cubierta con sal gruesa, masticada y deglutida con vasos de buen vino argentino traído de la Pampa.

Alan se dedica a la fontanería y es el marido de la Paraguaya. Tipo alto, delgado, de pelo negro largo anudado en coleta en su extremo, muy moreno, que roza los cuarenta. Fumador irredento. Han invitado a Marcos, el vecino, a cenar. Han tomado como comedor el callejón adonde abren las puertas sus casas pareadas y gemelas, han montado una parrilla, una mesa y unas sillas y se han sentado a cenar bajo un cielo tachonado de estrellas, embutidos en sus respectivos anoraks. El frío del ambiente nocturno hace que el

vino corra más rápido. En uno de los silencios de la conversación se escucha el bramido de un ciervo cercano.

—Están en plena berrea —dice Alan, fumando un cigarrillo a mitad de su entrecote de vacuno.

—Curioso que copulen en otoño.

—Sí, la primavera no les pone. Cuidado si vas por el bosque y los escuchas.

—¿Por qué?

El humo del cigarro vela la cara de Alan. La Paraguaya le recrimina que fume. Marcos vierte vino argentino en las copas de cristal que él ha aportado para la cena; entra en la garganta como suave terciopelo. Las llamas de las dos velas que hay prendidas y alumbran la mesa tiemblan por un soplo repentino del viento. Una nube cubre la luna resplandeciente y se hace más oscuro si cabe.

—Embisten. Habitualmente mansos, se vuelven feroces. Si huelen a una mujer con el período, enloquecen.

—Eso es una leyenda urbana. No te lo creas, Marcos, que Alan delira en cuanto prueba un poco de maría —desdice a su marido Lis.

Lis tiene los ojos muy vivos y la mirada desafiante. Alan es tranquilo, por contraste, no se altera nunca y habla siempre en un tono irónico. Forman una pareja equilibrada.

La carne de vacuno se deshace en el paladar de Marcos. Carne argentina traída por avión y mensajería en paquetes herméticos envasados al vacío. La comida y el vino empiezan a darle calor. Se desabrocha el anorak.

—Mataron a una chica en Francia —dice Alan—. Una ciclista. La corneó un ciervo de trescientos kilos.

—¿Trescientos kilos? —repite con incredulidad Marcos.

—Esas bestias llegan a ser enormes. Parecen vacas con largos cuernos. —Terminado el cigarrillo, Alan regresa a la carne. La suya está casi cruda y la sangre corre por el plato cuando la corta con el cuchillo de sierra.

—Y, si no es pecar de indiscreta, ¿qué habéis venido a hacer vos a este pueblo chiquito?

La Paraguaya es una mujer tan hermosa como vital. Siempre tiene brillo en los ojos. Y habla con ellos, además de con las manos y con la boca. No contesta Marcos de inmediato sino que apura el vino de su copa y, mientras, parece meditar una respuesta.

—Pues un proceso de curación, realmente es así. Estaba jodido y estresado. Yo era el típico tipo abducido por el trabajo. De casa al negocio, del negocio a casa, y en casa pensando en la oficina. No podía seguir así, porque hay otras cosas en la vida. Cerré el negocio, lo traspasé a buen precio, me tomé un año sabático y llegué aquí.

—¿Y aquí precisamente? Pues mirá que no sé si Eth Hiru figura en los mapas. Este sitio no lo conocen sino tíos enloquecidos por la naturaleza como mi Alan.

—Pasar y verlo.

—Te enamoraste.

—Me enamoré.

—¿Qué negocio tenías vos?

—Una librería.

—¡Recórcholis! Los libros no son negocio en este país. Y eso que en el pueblo hay unas pocas mujeres que leen. Hombres, ninguno. Como si leer fuera cosa de mujeres. La que más lee es una viejita de Santander, Antonia, esa me compra todos los libros que llegan. No ve televisión esa señora, solo lee.

—Yo leo algo —protesta Alan, prendiendo otro cigarro con la colilla del anterior.

—Vos no leés una mierda, cariño. O leés para seguir fumando. Te vas a hacer migas los pulmones, pibe. Y yo no quiero cuidar de un tuberculoso. ¿Cuántos fumás?

—Cajetilla y media.

—Estás enganchado, amor. Dejalo aunque sea por mí. Quiero besos ricos que no me sepan a tabaco. Cuando te beso es como si besara un cenicero, boludo.

—Enganchado lo estoy —confiesa con una sonrisa Alan—. Lo dejo cuando empiece el nuevo año. Pero es que la nicotina crea

adicción. Y la mierda que le meten al tabaco. La otra noche me levanté de la cama…

Me di cuenta, boludo, me despertaste.

… tenía síndrome de tabaco y no encontraba el paquete. A las cuatro de la madrugada no hay nada abierto.

Me estrujé la cabeza para saber dónde lo había dejado. Porque recordaba haber comprado un paquete. ¡Joder! Me lo había dejado en la calle y había llovido. Los cigarros estaban húmedos, hechos una piltrafa. ¿Sabes qué hice?

Marcos mueve la cabeza, coge la botella de tinto argentino y llena las copas de sus anfitriones. El vino es de un negro morado, tan espeso que mancha el cristal, casi masticable. Pura uva que deja su rastro en el vidrio, una lágrima sólida.

—Metí el paquete en el microondas. Funcionó.

—Eres un desastre, Alan. ¡Meter el paquete en el microondas! Nunca oí cosa igual. Tendrás que ir a desintoxicarte, cariño. ¿No te despierta por las mañanas con su tos, Marcos? Confiesa, que ya vamos un poco pedo y no nos vamos a enfadar.

—No. Tengo el sueño profundo. ¿Os molesto con el televisor?

—Hay buenas paredes, y no se escucha nada.

—Pero cuidado con traer chicas, Marcos.

—¿Chicas? ¿Hay chicas en el pueblo?

—Ninguna —salta Lis—. La única chica de buen ver soy yo y ya estoy cogida.

—Tienes las dominicanas.

—Ni se te ocurra, Marcos, porque el patriarca te abre en canal con su navaja.

—¿Hay dominicanos?

—En el extremo del pueblo. Junto al prado. Tienen toneladas de troncos cortados para el invierno. Se mueren de frío. Llegó uno, el patriarca, y tiró de todos los demás. Ahora son ocho. Ellos trabajan en la hostelería, los que tienen trabajo. Ellas son dependientas en las tiendas de la carretera. Pero funcionan todos ellos como si fueran un clan. A veces alguno los denuncia porque ponen muy alto el

vallenato. Es que este es un pueblo tranquilo, muerto casi. ¿Sabés? Los tipos de acá me huelen a fiambre.

—¿Y el patriarca? —pregunta Marcos.

—El patriarca nada. Cultiva su huertecito y es el amo del gallinero.

—Pero cuando Alan dice que es el amo del gallinero lo dice en el sentido más literal de la palabra. ¿Entendés?

Mueve la cabeza Marcos.

—Que se las folla, pibe.

—Sí, un derecho de pernada.

—Y hasta tiene un bebito, fruto de su última follada. Y yo que creía que era su nieta y hasta le felicité por ello. Metí la pata hasta el fondo.

Marcos escucha, asombrado. En un pueblo de quinientas almas no puede existir privacidad. Todo es público. Todo se sabe. Todo el mundo está pendiente, por aburrimiento, de lo que hace el resto. Nada de lo que hace el vecino pasa desapercibido. Una infidelidad es descubierta al minuto de producirse. Un insulto a una esposa es reproducido al día siguiente en una tertulia de bar. Se sabe quién tiene la mano larga con su mujer, quién bebe más de la cuenta, quién debe dinero prestado, quién está enfermo, quién será el próximo en ser enterrado. Se sabe todo. Y lo que no se sabe, se especula. Marcos lleva dos meses residiendo en el pueblo y le gustaría saber qué piensan de él. Lo pregunta.

—¿Y qué te dicen de mí?

—¿De vos? —Lis duda, traga vino, abre los ojos y lame sus gruesos labios—. Que sos un tipo guapo e interesante y se preguntan todas qué viniste a hacer a este pueblo. ¡Y tan solitario! A muchas les entran instintos maternales. Se preguntan quién le cocina, le cose, le plancha y le friega.

—Ya lo puedes decir: curarme.

—Eso no pasa, vecino. Inventate otra cosa.

—¿Y el guardia civil?

—¿Qué guardia civil? —pregunta Alan apagando el cigarrillo en la suela de su zapato—. Porque aquí todos son guardia civiles y policías.

—Uno que siempre anda por el bar Hiru.

—¿De tu edad?

—Sí, más o menos.

—El teniente Muñiz. Un buen elemento.

—¿Con sorna?

—No, en serio. Le conozco de haberle hecho algunos trabajos en su casa. Y de reparar instalaciones en la Casa Cuartel.

—¿La que está enfrente, al otro lado del prado?

—Sí. Viven una docena de guardias. Tienen competencias fiscales. Tabaco y alcohol. Antes, con el terrorismo de ETA o cuando estaba por aquí el rey, había muchos más. Ahora están los Mossos para eso.

—¿Lleva muchos años aquí?

—Veinte.

—Llegó con nosotros —dice la Paraguaya.

—Pero no es del valle.

—No hay un solo guardia civil del valle. Creo que estaba destinado en Bilbao y pidió el traslado aquí. Mucho más tranquilo, claro. Debió hartarse de mirar los bajos del coche. ¿Qué quieres saber más?

—La carne, por ejemplo. ¿Dónde la compráis?

—Alan la compraba en el Miguelet. Yo prefiero la Sarita. Pero esta viene de la Pampa argentina.

—¿Sarita es la señora mayor que tiene la carnicería a la vuelta de la esquina?

—Esa. Tiene buena carne. Los pollos son de ella. Y el cordero también.

Alan desaparece escaleras arriba y baja de la cocina una bandeja de postres: torrijas aceitosas cubiertas de canela y azúcar.

—Las hace él. Es que mi marido es un sol —le dice la Paraguaya, alzándose y besándole en la boca—. Pero me hace cosas para

engordarme. —Y se pellizca la cintura.

—Es que me gustan las mujeres con carne.

—¡Grosero! Eso nunca se le debe decir a una dama.

Marcos toma una torrija. Está exquisita. La come con fruición y la acompaña con una taza de negro café que le sirve Lis.

—¿Tenés novia, Marcos? Aquí no, ¿en otra parte?

—No. Dejé a mi esposa hace cinco años.

—Pues aquí lo tenés crudo en cuestión de mujeres.

—Y sin puticlubs —señala Alan—. En el valle faltan casas de putas y heladerías.

—Viviré como un monje.

—Tenés a la francesita —señala Lis sacando pecho por el escote.

—Lis, Lis, sé discreta, por favor —le ruega Alan prendiendo el tercer cigarrillo de la cena.

—Dejame. ¿No te la mamará?

—Con las tuyas tengo bastante, querida.

—¿Quién es la francesa? —pregunta Marcos.

—Tiphaine, una redondita y morena que a veces se sienta en la terraza del Hiru. Buena chica, que conste, aunque algo pendón.

—Sé quién es —dice Marcos, recordándola.

—Claro. Pero ya está cogida, y no precisamente por su marido.

—Lis, Lis, Lis, cierra esa boquita, cariño. No hables de lo que no sepas.

—¿No sepas? ¡Ja! Lo sabe todo el pueblo menos quien tiene que saberlo: Èric. Sus cuernos son más largos que los del ciervo que mató a la ciclista francesa.

—No le hagas caso, Marcos. Cosas de pueblos. Yo no entro ahí. No me interesa lo que digan de mí, de Lis, de nadie. Lo mejor es no meterse con nadie e intentar pasar desapercibido.

Cuando regresa a su casa y sube las escaleras, Marcos tiene una erección. Tendido sobre la cama, después de haberse cepillado los dientes, sigue leyendo *La montaña mágica*, de Thomas Mann, pero la deja al poco tiempo sobre la mesilla. Tiene la imagen del cuatro

por cuatro de la Guardia Civil en el bosque de Torán con los vidrios empañados y eso le excita. Se imagina dentro.

CAPÍTULO 11

BARRA

—¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva la Guardia Civil!

Oyendo los «vivas» ya se sabe de quién se trata. Èric, el guarda forestal, entra en el bar Hiru después de dejar en la puerta el paraguas abierto. Llueve. Como llovía ayer. Y anteayer. El teniente Muñiz, que está acodado a la barra del bar con una copa de cerveza en la mano, dibuja una sonrisa forzada a su rostro adusto. El guarda forestal se sienta a su lado.

—¿Cómo vamos, mi teniente?

Aparte de Martín, el camarero, y Silvia, su mujer, una rubia con mucho carácter y de ojos azules, no hay nadie más en el Hiru. Jean Pierre, el francés de Luchón, se acaba de ir en compañía de una rubia. La culpa la tiene la lluvia. Y la crisis que aprieta y se deja sentir. Cuando no vienen los franceses hay más moscas que clientes.

—Bebiendo birra —le dice, mostrando su copa mediada.

—¿Qué te pongo, Èric? —le pregunta Martín.

—Un Machaquito.

—¿A estas horas? ¡Estás loco!

—¡Oye, camarero de mierda! —grita de pronto con agresividad—. ¡Ponme ese Machaquito y no rechistes, joder!

Martín se muerde la lengua y le sirve el anís en un vaso pequeño, un dedal. Mira el letrero de derecho de admisión. Se pregunta por qué nunca lo aplica. En este momento. Coger al cojitranco de guarda forestal borracho y arrojarlo a la calle de una patada en el culo. Èric se toma el infernal anís de un solo trago. Silvia, para calmar los ánimos, sintoniza un programa de telebasura y sube el volumen de los gritos e insultos de los impresentables invitados que cobran un plus por cada grosería que dicen.

—¿Cómo va todo, mi teniente?

El aliento a anís que expele la boca de Èric indica que este no es el primero que se ha tomado antes de entrar en el Hiru, que lleva una buena ronda que debe de haber empezado por los bares de la carretera y esta es la última estación del recorrido etílico en su peregrinación en honor a Baco.

—Deberías moderar la bebida, amigo —le reconviene—. No va bien.

—¿No va bien para qué?

—Para la cabeza.

—Y para la polla, dígalo, teniente, para la polla. Pero no se preocupe, que Tiphaine me hace unas mamadas sensacionales.

Martín entra en la pequeña cocina del bar, aunque no tenga nada que hacer, para perderlo de vista. Silvia se arma de una escoba y barre las servilletas caídas al suelo, aunque lo que más le gustaría sería darle un escobazo en la cabeza a Èric.

—Pues lo celebro, Èric, lo celebro. Pero deberías ser más respetuoso con tu esposa.

—¿Como lo son otros?

El teniente va de paisano. Se baja del taburete y se enfrenta al guarda forestal.

—Me parece, chico, que por hoy ya has agotado tu cuota de tonterías y deberías volverte a tu casa.

—Para romperle la cara a esa mamona.

Interviene Silvia, para apaciguar los ánimos, pero echa leña al fuego.

—Bah, Èric, que el Machaquito se te ha atravesado en el estómago. Vuelve a casa.

—¡Y una mierda el Machaquito! Chúpasela a Martín. ¡Sois todas unas putas mamonas!

El aludido, que lo ha oído todo desde la cocina, sale armado con un cuchillo de trinchar la carne. El teniente Muñiz lo detiene con una simple mirada.

—Èric, me jodería detenerte, pero estás armando un revuelo de cojones en el bar.

—Usted, teniente, no puede detenerme, no me venga con chulerías. Se cagaron cuando la espichó Franco. Les dieron las competencias a los barretinas. A lo suyo. Al tabaco y al alcohol.

—Pero te puedo dar un guantazo si no te callas que te tiro al suelo —amenaza, dejando la copa sobre el mostrador.

Èric está fuera de sí, echa chispas por los ojos.

—Claro. Guantazos. Lo que sabe hacer usted desde que salió de Intxaurrondo. ¿A cuántos vascos hijos de puta se cargó? ¿Les arrancaba los cojones con tenazas?

El teniente Muñiz cierra los puños y se muerde los labios. Si no fuera teniente al mando del puesto de la Guardia Civil del pueblo cogería al insolente y le haría comer el mostrador. O si estuviera en otros tiempos. Se reprime de hacerlo. Se da la media vuelta y le da ostensiblemente la espalda, pero vigila los movimientos del borracho por un espejo que hay detrás de la barra. Èric calla y, después de unos momentos de embarazoso silencio que palían los mostrencos que berrean en el televisor, toma la puerta del bar.

—Lo pones a mi cuenta, Martín.

—Invita la casa —responde este.

Paraguas abierto en mano, desaparece bajo una cortina de lluvia que cae con fuerza y cubre los montes de enfrente.

—¡Santa paciencia! —suspira Silvia, dejando de barrer.

—Algún día tendrá un disgusto —dice en voz baja el teniente—. Ponme otra birra, Martín. Ese borracho me ha dejado la boca seca.

Le sirve una nueva caña.

—No sé cómo Tiphaine le aguanta. ¿Unas olivas?

—Bueno, gracias.

Le pone un platillo de aceitunas enormes y sabrosas. Y es en ese momento cuando la puerta del Hiru se abre de nuevo y entran dos guardias civiles de uniforme que se cuadran ante su teniente. Vienen empapados y con las perneras de los pantalones llenas de barro. No se quitan las gorras verdes de visera.

—Mi teniente, tenemos un incidente.

Muñiz se encara con sus subordinados.

—¿De qué se trata?

—Hemos encontrado unos restos humanos en una borda abandonada.

Martín afina el oído mientras Silvia quita el sonido al televisor.

—Huesos, mi teniente, que pueden ser de un cadáver.

El teniente deja el platillo de aceitunas y la segunda cerveza a medias y se va rápido con sus dos números al cuatro por cuatro de la patrulla rural que hay aparcado fuera con las luces intermitentes bajo una cortina de agua.

—*Quin maitin!* —comenta Martín.

—*Moiguda* —corrobora Silvia.

—*Qui pòt èster?*

—*Sei cap! Pensi pas que sigue quauquarrés deth pòble. Non a desapareishut arrés darrèrament*.[4]

Martín y Silvia, cuando están a solas, hablan entre ellos en aranés. Martín vacía la copa de cerveza en el fregadero y lanza las aceitunas sobrantes al cubo de la basura.

—Meritxell.

—*Mès era hugec tà França e d'aquerò hè dejà mès de sies ans*.

—Aurie d’èster mès discrèt eth tinent, non ac ves atau?

—Òc, n’aurie d'èster. E non anar tàs trobades en coche de vigilància. En aguest pòble tot se sap.

—Un dia Èric treiràera escopeta.[5]

CAPÍTULO 12

HUESOS

La borda está en el lugar de difícil acceso. Más con el terreno embarrado y el musgo húmedo y resbaladizo que crece por doquier. Para llegar a ella hay que dejar el coche en una pista, subir una trocha cubierta de helechos de medio metro de alto y resbalar luego por una pendiente de piedra y barro que conduce hasta la puerta. Los Mossos ya han llegado y examinan el interior con sus linternas mientras afuera diluvia. Conocen al teniente Muñiz y lo saludan con cortesía y frialdad llevándose la mano derecha a la gorra de plato en un gesto mecánico. Son dos números y un sargento que hace poco se ha incorporado al cuartel de Vielha y uno de ellos es un antiguo guardia civil. Es su jurisdicción y el teniente sabe que sobra. Pero está allí para marcar territorio, porque la borda pertenece a alguien del pueblo, a Xabi Azpeitia, el dueño de La puerta del cielo que permanece en un rincón algo asustado y no acierta a pronunciar palabra.

Los huesos están allí, sobre un montón de paja seca. Blancos y limpios de carne. Sin restos de ropa, ni zapatos, ni nada alrededor. Podrían ser de algún animal si una calavera, a la que le falta la mandíbula, no confirmara su pertenencia al género humano. Cuesta imaginar que hubo carne recubriéndolos, que hubo vida animándolos. Los huesos de los cadáveres son casi minerales.

—¿Quién lo ha descubierto? —pregunta el teniente Muñiz.

—Xabi nos llamó. —Y señala el sargento al asustado propietario de La puerta del cielo.

La gente del valle se conoce toda. Nadie pasa desapercibido entre sus diez mil habitantes escasos. Todo el mundo sabe quién es quién, su linaje, su ubicación y oficio.

—Hacía seis años que no abría esta borda. Era mía, pero la tenía abandonada. No sé cómo ha ido a parar esto aquí. No lo sé. Estaba cerrada por fuera. Yo tenía la llave del candado.

—¿Seis años?

—Sí. —El vasco está nervioso y gesticula porque sabe que todas las sospechas van a ir en su dirección—. Es una borda de ganado, medio en ruinas. Me la vendieron por nada. Pensaba arreglarla para hacer alguna *costellada* de vez en cuando con los amigos.

—¿Y en seis años no entraste en ella?

—Sí, teniente, en seis años.

Cualquiera puede haber metido los restos humanos en esa cabaña. Las ventanas, aunque la puerta haya estado atrancada, no cierran. Pero ¿quién lo puede haber hecho y, sobre todo, con qué intención? Alguien que no pueda ver a Xabi Azpeitia.

El sargento de los Mossos d'Esquadra está visiblemente incómodo por el protagonismo que está teniendo el teniente de la Guardia Civil al que no le corresponde el caso. Se vuelve a Xabi.

—Tendrá que acompañarnos a Vielha.

—Les acompaño, les acompaño. Ningún problema.

Un nuevo personaje entra en la oscura borda. Viene con ropa de montaña para la ocasión, calzado con botas katiuskas y un sombrero

de fieltro para la lluvia que cubre su pelo canoso y medianamente largo.

—¡Vaya día! Buenos días, por decir algo, sargento Vila. Buenos días, teniente Muñiz. ¿Qué tenemos?

El doctor Font es el forense. Viene de Vielha acompañado por Amador, un juez tan joven que nadie lo tomaría por tal. Antes el juez estaba en Tremp. Todos se hacen a un lado para que pueda examinar los restos y ordenar el levantamiento de los mismos. Los coge con sus manos, después de calzarse unos guantes, y los acerca a sus ojos y a su nariz.

—Diría que es una mujer, por el tamaño, pero llevan una eternidad aquí. Por lo menos cinco años. No hay ni tuétano ni restos siquiera de él. ¿Ha desaparecido alguien en el pueblo durante los últimos cinco años?

El teniente no responde. Uno de sus números, se adelanta.

—Meritxell. Se dijo que había huido a Francia.

—¿Y cuántos años tenía esa tal Meritxell cuando desapareció? —El forense se levanta y se saca los guantes.

—Diecinueve.

—Los huesos parecen de una mujer joven. Puede ser. Pero habrá que hacer pruebas de ADN a la familia. No digan nada. No hay que atormentarles antes de tiempo. ¿No se puso nunca en contacto con ellos?

—Nunca —responde el mismo guardia civil—. Se creyó que se había fugado con un moro que también desapareció y dejó su trabajo en la obra.

—Bien, sargento —interviene el juez Amador—. Recoja cuidadosamente los restos y los mete en una bolsa de plástico.

Van saliendo de la borda bajo una lluvia inclemente. Los dos mossos custodian a Xabi hasta el coche patrulla y suben con él. El sargento Vila monta con el saco transparente de huesos. El forense sube a su cuatro por cuatro e intenta arrancar, pero sus ruedas traseras no hacen más que hundirse en el barro. El teniente y los dos números de la Guardia Civil empujan el Nissan Patrol hasta que

lo sacan del atolladero y luego montan él. La borda ha quedado precintada por una cinta que han colocado los Mossos d'Esquadra para que nadie entre y contamine el escenario del crimen.

—¿Quién era esa Meritxell? —pregunta el teniente Muñiz al conductor del coche patrulla.

—La hija de Sarita, la carnicera.

—¿Tenía una hija esa mujer?

—Y espero que la siga teniendo, mi teniente. ¡Vaya disgusto para la pobre si se confirma!

—Y Xabi Azpeitia, ¿la conocía?

El número que sabe de Meritxell contesta.

—Más que conocerla, mi teniente.

—¿Qué quieres decir?

—Salía con ella.

—¿Y el moro ese?

—Un argelino. Era el tercero en discordia.

—Pues nada al sargento Vila. Mudos. Que se espabile el barretina.

—Pero… si él la mató ¿por qué la tiene en su borda y se descubre? No puede haber sido él. Nadie hace una cosa tan absurda como esa, descubrir los restos de la persona que ha asesinado.

El teniente Muñiz enciende un cigarrillo y expele una columna de humo aunque dentro del coche patrulla no se pueda fumar.

—Los hay a los que su pasado les persigue. ¿No has oído la palabra expiación?

No entra en su casa después de aparcar el Nissan Patrol dentro del recinto vigilado del cuartel.

—Hasta luego, mi teniente.

—Hasta luego, chicos.

Cae agua nieve que en días será nieve. Nieva en las cumbres que las nubes borran. Camina con la capucha sobre su gorra de visera, las solapas del anorak alzadas, las manos en los bolsillos y el cigarrillo humeante entre los labios. Recorre el Carrer Major desierto

a esas horas mientras cae la lluvia a torrentes de los tejados inclinados de las casas y se forma un río de agua en las calles.

Cruza la carretera, a la altura de la farmacia, y se asoma al Garona que baja crecido y alborotado, batallando contra las piedras que encuentra en su camino con olas furiosas de espuma que siempre son las mismas. El Garona le lleva al Bidasoa. El Bidasoa a veinte años atrás, a Intxaurrondo. Y a él con el bigote más negro.

* * *

A la Rubia la cazan en una cita. Caen sobre ella tres miembros de paisano de la Benemérita que la tiran al suelo, la placan, la encapuchan, la meten en el coche y la llevan a Intxaurrondo. En una habitación estrecha, sin ventanas y con puerta metálica con cerrojos, la interrogan a fondo. Luego la tumban sobre el somier, en donde el sargento Muñiz la encuentra. Le han quitado las botas, los pantalones y la camisa. La Rubia lleva un sujetador blanco y unas bragas negras. No va a juego. No le han tocado la cara, pero sí el estómago en donde se han formado un par de moretones. La etarra es como una fiera enjaulada, piensa el sargento, que, como la suelte, le puede dar un zarpazo o morderle.

—Un nombre y sales —le dice. Porque un nombre lleva a otro, y a otro, y a otro, y así se desenrolla toda la madeja.

No lleva veinticuatro horas. Por eso está tan entera y desafiante. Con el paso del tiempo se irá ablandando. Cuando tenga sed y no le den de beber; cuando tenga hambre y no le den de comer. Cuando se tenga que orinar en sus bragas y eso le cause una degradante humillación.

—Habla, Susana —le dice, sentándose a su lado, con la cabeza sobre el respaldo de la silla y el cigarrillo humeante en un extremo de la boca.

La mujer mira a su verdugo con una frialdad absoluta. Su rostro es como el de los orientales, en el que es imposible leer absolutamente nada. Pero seguro que por dentro de su cabeza una

Susana armada con una Parabellum descarga todos los proyectiles nueve milímetros contra la nuca del sargento Muñiz.

—No me gustaría hacer daño a una chica tan guapa como tú. Me recuerdas a alguien.

Su silencio no es el suyo. Sigue el monólogo.

—Candice Bergen. *Soldado azul*.

—No he visto esa película.

Da una calada larga a su cigarrillo Ducados negro, pasea el humo por los pulmones, lo expele al cabo de cinco segundos, en pequeñas volutas que ascienden como la niebla hasta el techo de la celda.

—Vaya, Susana, hasta tiene lengua. Lo tienes mal, chica, y yo quiero ayudarte. Lo tienes mal porque con la Parabellum que te hemos cogido te has cargado a una serie de gente. Hombres y mujeres con familia, que han muerto antes de tiempo porque se cruzaron con una terrorista despiadada.

—No sé de qué me habla.

—¡No me jodas, puta! —Se alza de la silla, se acerca a ella, la coge por la barbilla con fuerza, le agita la cabeza en un movimiento brusco a derecha e izquierda que a punto está de descoyuntarla—. Los números de la Benemérita Antonio Gutiérrez, Pilar Andón; los policías Felipe Prieto, Asunción Ortega, Pablo Crespo; el general Ortiz de caballería; el abogado Eugenio Olarzábal… Tuvieron la mala suerte de cruzarse en tu camino.

—No sé quiénes son.

—¡Claro que lo sabes, puta! Los mataste. —Apaga la colilla de su cigarrillo en el brazo. Observa como la piel se ennegrece y Susana Herráez Bengoechea grita de dolor.

Se pasea el sargento Muñiz alrededor del catre al que permanece atada la prisionera. Luego se acerca y con el dedo índice acaricia su piel, lo mueve por su cuerpo, desde los hombros hasta el terso estómago. Susana se estremece de asco y rabia, se tensa, se clava las esposas a las muñecas.

—Folláis mucho en ETA. Seguro que sí. Os pasáis por la piedra a los nuevos militantes. ¿Me equivoco?

—No tengo ni idea.

Entonces el sargento Muñiz abre una navaja que lleva en el bolsillo del uniforme, y, con su filo, corta la braguita a la altura del pubis mientras Susana se remueve furiosa e impotente.

—¡Noooooooo! —grita cuando siente la enorme mano del guardia civil en su pubis.

—Tendrás que correrte si no quieres que te haga daño, chica.

—¡No me violes, por favor! ¡No me violes, por favor! ¡No me violes, por favor!

Se baja el pantalón. La envuelve en una mirada de deseo brutal.

—¿Quién era tu compañero de *talde*? Nombre o te la meto hasta el fondo.

—¡Aitor!

—Aitor ¿qué más?

—¡Aitor Abasolo, Aitor Abasolo! —confiesa, llorando.

—¡Lástima que te haya vuelto la memoria! Me habría gustado follarte, Rubia. Estás buena.

* * *

Vuelve al presente. Del Bidasoa al Garona. El río que nace en Baqueira Beret, como modesto riachuelo, se convierte en fragoroso a su paso por Eth Hiru, en Toulouse es un señor río y en Burdeos desemboca imponente. No se ha dado cuenta el teniente, en su viaje al pasado, que se ha mojado por la lluvia los bajos de su pantalón verde oliva. Un coche se detiene frente al hotel Garona y una mujer baja de él y entra en el establecimiento. La farmacia ya ha cerrado. Por un callejón estrecho pasa frente a la carnicería de Sarita a la que su hijo baja el cierre.

—Buenas noches, teniente.

—Buenas y lluviosas.

No sabe que el sargento Vila mañana, o pasado mañana, les hará mirar los huesos de Meritxell a él y a su madre.

* * *

La Rubia está inusualmente quieta. Duerme. Pero los dormidos respiran.

—¡Puta mierda! Llama al médico —grita Muñiz.

El médico certifica su muerte. Parada cardiaca. No pudo resistir la intensidad de las setenta y dos horas de interrogatorio. Tragó demasiada agua en la bañera. No era tan dura como parecía. Seguramente tenía el corazón maltrecho. Un accidente más en Intxaurrondo.

El médico se va, se lava las manos, no ha visto ni certifica nada.

—¿Qué hacemos?

—Al Bidasoa.

No sabe el teniente Muñiz Parra por qué esos recuerdos que tiene guardados en la caja fuerte de su memoria, que ha estado ocultando durante tantos años, le vuelven ahora nítidos y acusadores. «No tengo nada que reprocharme», repite un mantra interior. «No tengo nada que reprocharme. Era esa mi obligación». Y ve la cara de la Rubia, su mirada desesperada, sus cabellos enmarañados, sus ojos desorbitados, mientras él, con fuerza, hunde su cabeza en el agua de la bañera, la mantiene un buen rato, hasta que abre la boca, en un movimiento reflejo, y el agua entra a borbotones en sus pulmones.

—Más nombres.

—¡Acabarás con un tiro en la nuca, hijo de puta! Y vuelve a meter su cabeza bajo el agua mientras ella patalea, la bañera burbujea.

CAPÍTULO 13

CARNE

Algo le lleva al teniente Muñiz a la carnicería de la señora Sarita. Habitualmente es su mujer quién hace las compras. Pero esta vez, camino del cuartel, a cubierto bajo un amplio paraguas bilbaíno, de esos que son capaces de cobijar a dos personas, y hasta tres si están bien avenidas, franquea la puerta de vidrio de la carnicería, pasa a través de la cortina de colgantes de plástico, que le despeina ligeramente el cabello canoso, y entra sacudiéndose la lluvia del impermeable, dejando con sus pies grandes goterones en el suelo del establecimiento. A esa hora, las seis de la tarde, no hay ningún cliente, y Sarita, que está enrollando una ristra de longaniza tierna, recién acabada de meter en la tripa de cerdo, levanta los ojos y le saluda no sin cierta sorpresa.

—Buenas tardes, teniente. ¿Qué le trae por aquí? ¿No estará enferma su esposa?

—Mi mujer bien, gracias. ¿Es de ustedes la longaniza?

—Todavía caliente, teniente.

—Pues me pone para dos, no muy grandes, que llena mucho.

—¿Así? —Sarita mide la longaniza con dos palmos de sus manos, el teniente asiente y ella procede a cortar con un cuchillo y a atar las puntas para que la carne picada no escape de su envoltorio de piel.

Sarita hace veinte años que es viuda. Su marido, una bella persona, la dejó en medio del monte: una seta que se le atravesó en el estómago y le envenenó, a él, que era un experto en micología. Tiene ochenta años, pero nadie se los calcularía: mantiene una piel tersa en el rostro y vida en unos ojos azules y vivarachos; la edad se le nota cuando se mueve, en ese renquear de la pierna derecha que se rompió cinco años atrás, en una de las heladas, cuando la nieve acumulada en las calles del pueblo se convirtió en pista de patinaje y las fracturas se contaron por docenas.

—¿Y qué le pongo más, teniente?

—Huevos. Pero huevos de sus gallinas. ¿Han puesto?

—Sí, señor. Ayer pusieron las holgazanas. No sé qué les pasa últimamente, pero les cuesta. Pero estos son fresquísimos.

Los huevos de sus gallinas no los mete en una huevera industrial de cartón sino que los introduce en una bolsa de plástico tan transparente como frágil.

—¿Alguna cosa más, teniente?

—Pues no, no de momento. ¿Qué le debo, Sarita?

Sarita no usa calculadora, porque le lían esos artilugios, sino papel y lápiz, y no se equivoca: su cabeza es una engrasada máquina registradora.

—Pues serán seis euros, teniente.

El guardia civil se lo da justo.

—¡Vaya día que hace, verdad, teniente!

—Malo, cierto, pero bueno para las setas.

—¿Y qué dicen? ¿Qué han encontrado un muerto en la borda de Xabi?

El teniente desvía los ojos de la inquisitiva mirada de Sarita. Las noticias vuelan en el pueblo, como si hubiera una tele local. El boca

oreja funciona a la velocidad de la luz.

—Unos huesos, antiguos.

—Pero si Xabi es un buen chico… Muy bueno. Tenemos una muy buena amistad con él y con su familia. Era tan bueno con mi Meritxell…

—Nada tiene que ver. Seguro que se soluciona. Y seguro que no se trata de su hija.

—¿Sabe usted el martirio que llevo durante estos años, teniente? No se lo puede imaginar lo que es no saber nada de un hijo perdido. No se lo puede imaginar.

—Vamos, vamos. Tranquila, mujer. Tranquila.

—A mí no me cabía en la cabeza que la niña se fuera sin despedirse. No se llevó ninguna maleta, Toñín.

Cuando sale el guardia civil, con cierta prisa porque de pronto no está cómodo, teme que la carnicera rompa a llorar y él no está para consolar a nadie, tropieza con el forastero del pueblo que entra en la tienda y le roza con el hombro.

—Perdone —susurra, sin casi mirarlo.

El teniente de la Guardia Civil está a punto de reconvenirle, pero opta por pasar por alto ese leve encontronazo, toma el paraguas de la calle, lo abre y marcha a la casa cuartel con su bolsa de comida.

—Y ese, ¿qué demonios habrá venido a hacer a este pueblo?

Cuando entra en su pequeño piso, Ana, su mujer, le da a la plancha. Repasa los cuellos de sus camisas y uno de sus uniformes con movimientos pausados y mecánicos, persiguiendo una arruga que, a fuerza de pasar la plancha por encima, ya no existe.

—¿Has ido a la carnicería? —le pregunta sin apenas levantar la vista de la tabla de planchar.

El teniente Muñiz pasa de largo, entra en la cocina, abre la nevera y mete la bolsa entera en su interior, sin separar los huevos de la longaniza. Regresa con un cigarrillo en la boca. Ducados negro. Lo enciende mirando el paisaje otoñal por una de las ventanas.

—Quería hablarle de su hija —dice—. Pero no he tenido el valor de nombrarla y ha sido ella quien lo ha hecho.

—¿Crees que es ella?

—Tiene muchas posibilidades. A ver qué dice el forense. Pero hasta que no hagan pruebas de ADN, nada.

—¿Y crees que la mataron?

—No lo sé. Tampoco es cosa mía. Nada es cosa mía aquí, en este pueblo. Nada.

—Pidamos el traslado.

—No están las cosas para traslados a no ser que quieras que nos manden a Canarias. Pero antes me pego un tiro que jubilarme en este pueblaco. La llegada del invierno me deprime de la hostia —gruñe, como enfadado consigo mismo.

—Vamos, vamos, Antonio. Cálmate, que esto no es para tanto. Conoces a todo el mundo…

—Por eso. Conoces a todo el mundo y todo el mundo te conoce. Te observan desde las ventanas, mueven el visillo cuando andas por la calle. Voy a tomar aire.

Pasa por su lado, pero ni la roza. Baja las escaleras. El guardia que custodia la puerta del pequeño acuartelamiento se cuadra.

—A sus órdenes, mi teniente.

No le corresponde. Sube por una trocha resbaladiza que, por un lateral del muro de la casa cuartel, se interna en la montaña siguiendo el curso de un riachuelo. Ya no llueve, pero el suelo está mojado y lleno de hojas secas que han caído de los árboles que festonean el trazado. Un perro le ladra desde un cercado, atado a una cadena. Con el cigarrillo en la boca, Ducados negro, sigue ese sendero que trepa montaña arriba. Donde el camino es más pendiente pasa por un bosque por el que alguien, recientemente, ha estado cortando ramas de avellanos con la motosierra, y observa, como siempre hace que pasa por allí, una cabaña de madera, pintada de azul, que destaca entre la barrera de árboles tras la que se embosca.

—La casa de Unabomber —masculla.

Pero pasa de largo, porque no le apetece, ni por curiosidad, investigar qué esconde esa extraña cabaña que siempre llama su

atención, que supone utiliza alguien del pueblo como almacén. La senda vira bruscamente a la izquierda, se convierte en un itinerario de piedra que le lleva hasta una borda restaurada treinta metros por encima del pueblo, desde la que tiene una vista panorámica de él, desde la casa cuartel a la torre del campanario de la iglesia, alrededor de la que se arremolinan todas las casas. Se sienta a su puerta, sobre un banco de piedra, apoya la espalda contra la pared, y recibe entonces una llamada en el móvil.

—¿Qué ocurre?

Su comunicante no contesta de inmediato. Pero lo oye respirar.

—¿Tiphaine?

Solloza. Habla de forma entrecortada. Apenas la entiende. Cierra más su acento francés gutural. Todos los franceses hablan con la garganta.

—Me ha pegado, me ha pegado…

—¿¡Qué te ha hecho ese hijo de puta!?

—Me ha amenazado con un hacha —solloza—. Me ha dicho que no es idiota, que lo sabe todo.

—¿Qué te ha hecho? —ruge, furioso, poniéndose en pie.

Guarda silencio al otro lado del teléfono.

—Nada, no es nada. No te preocupes. Un golpe. Una bofetada. Y amenazas de matarme. Pero no lo hará. Es un mierda. Es un mierda cojo. Te quiero. Que lo sepas. Te quiero.

—Yo también, pequeña. Yo también.

—¿Cuándo nos veremos?

El teniente tarda en contestar. Un grajo grazna y se posa en la techumbre de pizarra de la borda. Oye un disparo lejano en el bosque. Alguien que caza.

—No creo que sea muy prudente por tu parte. Debemos esperar.

—Te tengo ganas. ¿Dónde estás?

—Por las bordas que hay al lado del torrente.

—¿Quieres que vaya?

—No seas loca, chiquilla. Bueno. Ya te llamaré.

—¿Y tu mujer?

—Ella no sabe nada. Está en la inopia.

—¿Me quieres?

—Claro.

—¿Mucho mucho mucho?

—Claro.

Cuando empezó con Tiphaine no sospechaba que se iba a enganchar tanto. Comenzó con una denuncia que él derivó a los Mossos d'Esquadra. Su marido le había puesto la mano encima. El guarda forestal era de mal beber. La había pellizcado, además de golpeado. Tenía una ceja rota y sangre coagulada. Le mostró dónde le había mordido la carne con los dedos. Un moretón en su seno izquierdo, una sombra azulada en su piel suave y blanca que daba cuenta del arrebato de furia y asomaba por el escote. Y la francesa se dio cuenta de que el teniente no la miraba como una denunciante más sino como una mujer. Una chica. «Mi chica», como le decía las primeras veces. Al principio el teniente Muñiz se resistió a sus encantos y a la brutalidad de su propio deseo, y su cargo le impelía a la prudencia. A la primera cita llegó andando y con las solapas del tabardo alzadas, para ocultar la cara. Ella le esperaba en su coche en un recóndito camino forestal que solo utilizaban los de la serrería Safón cuando subían al monte a talar árboles con las radiales. No fue cómodo. El coche de Tiphaine, un Seat León, no era grande y ella no se desnudó. Fue un latigazo de placer. Una descarga rápida de deseo acumulado. Volver a sentirse hombre. Cuando iba a correrse ella le guio a su boca.

—No quiero embarazos.

Los encuentros se hicieron habituales. Èric estaba mucho tiempo fuera. Se iba a la montaña. A controlar a los cazadores furtivos. A ser él mismo un cazador furtivo. Y a beber vasos de Machaquito al bar Hiru. Se encontraban una vez a la semana. Cambiando de lugar. Cerciorándose de que nadie los seguía. Ahora el teniente estaba preocupado, porque lo que había empezado simplemente por una necesidad de alivio sexual se estaba convirtiendo en una dependencia, en una obsesión, por su parte y la de ella. ¿Eso era

amor? Eso nunca lo había sentido por Ana, la pelirroja. Pero si era amor, le incomodaba.

Cuando regresa, ya ha anochecido. Los últimos tramos del camino los hace prácticamente a ciegas. Su casa, al entrar, huele a comida y los cristales de las ventanas están empañados. Ana ya tiene dos platos de sopa sobre la mesa cubierta con un hule a cuadros rojos y azules y la longaniza chisporrotea en la cocina en una sartén con poco aceite mientras el extractor de humos ronronea tapando con su rumor la voz del encorbatado presentador de Informativos Telecinco.

—¡Vaya paseo más largo que has hecho! —le reprocha.

—Necesitaba airearme —dice el teniente tomando asiento, descorchando una botella de vino de Gaillac y llenando los dos vasos que hay sobre el hule a cuadros que cubre la mesa.

—Es vino francés —apunta Ana.

—¿Sí? ¿Y?

—¿Quién te lo ha dado?

El teniente contesta sin mirarla, después de dar un primer trago al caldo y pellizcar un trozo de miga del pan de leña que hay cortado en la panera.

—En el super.

—En el super no hay vino francés.

—No en el de la carretera, pero sí en el Boya de Les.

—¿Y te vas a Les para comprar vino francés? —insiste, mientras se sienta a la mesa.

El teniente se impacienta.

—¿Y qué? ¡Joder! ¿No puedo ir a Les a comprar vino francés?

—No sé por qué te enfadas y estás tan agresivo.

—Tú me pones —subraya, rechinando los dientes—. Con tus absurdas observaciones.

—Tú sabrás por qué te pones así.

—¿Yo sabré? ¿Qué?

Ahora sí la mira y sus ojos llamean. Su esposa le devuelve la mirada con frialdad.

—Que no soy tonta, Antonio. Que no soy tonta.

La vida de Ana es pura rutina que se hace sin pensar. Se levanta a las siete de la mañana, para calentarle la leche a su marido y verterle el café soluble de sobre. Y luego espera que se vaya, para ser completamente feliz mientras se anestesia con las chorradas que se dicen en la tele y las copas de anís del Mono en las que encuentra consuelo.

CAPÍTULO 14

SOL

Ha parado de llover por la noche. Se ha enterado de ello Marcos que ha oído cómo la lluvia dejaba de caer sobre el Velux de su dormitorio abuhardillado con ese repiqueteo melódico que le duerme. Se ha despertado por su ausencia. Y porque la luna, a las cuatro de la madrugada, le ha deslumbrado con un fogonazo de plata. No está acostumbrado a esas cosas él, de ciudad, que hace poco se ha ido a vivir al campo. A oír el rumor de la lluvia en la ventana. A ver la luna, las estrellas, el cielo y las nubes que pasan desde la cama. Lo aprecia ahora, cuando es una novedad, y dejará de apreciarlo después, cuando no sea más que una rutina.

Duerme hasta tarde y se levanta cuando un rayo de sol le roza la cara. No oyó los balidos de las ovejas del cercado próximo. Tampoco el canto del gallo vespertino. Deben de ser cerca de las doce del mediodía cuando saca el pie izquierdo de la cama, se sienta en ella, se despereza con un sonoro bostezo y se alza del todo golpeándose

la cabeza contra el techo descendente de la buhardilla. Suerte que es de madera. El sol sale por encima de unos montes que hay al otro lado del Garona y se pone en el Coth de Baretges a las siete horas de haber alumbrado el pueblo. Marcos se ducha, se cepilla los dientes y se mira el rostro cubierto por una barba canosa que decide no retocar. Se peina el pelo alborotado con la mano.

La mesa del Hiru, la suya, la de la esquina y más próxima a la librería la flor de Lis, está libre y recibe el sol cuando llega con *El País* en la mano que acaba de venderle la Paraguaya con una sonrisa amplia. Martín sale con la caña de cerveza en cuanto se sienta y le ve a través de la cristalera del bar.

—¿Ya no lees *La montaña mágica*? —le pregunta cruzando los brazos sobre su camiseta de manga corta que produce escalofríos a los que ya han empezado a abrigarse.

—Ese es un libro que hay que leer en la intimidad. Leo el periódico para amargarme.

—Jajaja. Es que cuando uno es masoquista…

Marcos pasa las páginas del diario mientras da un sorbo a la espumosa cerveza y Martín regresa al interior del Hiru. Francia ha detenido a varios miembros de ETA que iban armados y no opusieron resistencia a los gendarmes. Hay franceses sentados a su alrededor, un grupo de ciclistas cincuentones que ha dejado sus máquinas apoyadas en una baranda de piedra que ocupa el centro de la plaza, tras las escaleras, y un matrimonio con dos hijos pequeños y dos perros, que los mantienen atados a las patas de las sillas, uno blanco y el otro negro, lanudos ambos. Un hombre joven ocupa la mesa de al lado después de cruzar la plaza desde la iglesia románica del siglo XII. No lo ha visto hasta entonces. Cuarenta años. Aún le queda gente por conocer en el pueblo. Todos los del ala oeste que no llegan hasta la plaza y se quedan en las terrazas de la carretera. Es alto, delgado, muy moreno y lleva puestas unas gafas de montura de concha antigua. Es elegante y atildado. Despliega el periódico *ABC*. Martín le trae un té humeante y oscuro que expande su aroma a las mesas vecinas.

—¿Cómo vamos, páter?

—Bien, hijo, bien. ¿Tenéis unas galletitas?

—Creo que tengo una magdalena huérfana, páter. ¿Se la pongo?

—Pues me la traes, Martín.

«Páter». No tiene aspecto de cura. Más bien aires de *playboy* sudamericano de uno de esos seriales que ponen al mediodía como alternativa a los de fauna africana de la 2 para dormirse. Tiene acento extranjero su castellano lento. No acaba de ubicarlo Marcos mientras hojea las páginas de su diario. De más al sur de México. Colombiano o venezolano, porque si fuera ecuatoriano sería más bajo. Está concentrado en una noticia cuando Martín deja en la mesa de su vecino un plato con una magdalena hinchada que el páter toma en su mano con devoción para propinarle un mordisco. La campana de la iglesia marca la una de la tarde después de cuatro campanadas solemnes que la preceden. Una nube cubre el sol, un instante, y la temperatura baja cuatro grados hasta que pasa y de nuevo luce el astro rey. Una caricia de calor palia el frescor del otoño que ya se apodera de los bosques de la montaña de enfrente tiñéndolos de rojo, amarillo y marrón. Dos grajos sobrevuelan el río próximo, chillando.

—¿Cómo va todo, don Lorenzo?

A Marcos esa voz cada vez le resulta más familiar, la que saluda al cura. La ha oído con anterioridad. Una voz de las que no se olvidan aunque con el paso de los años se haya suavizado. Algo se remueve en su interior. El páter saluda al recién llegado alargándole la mano e invitándole a sentarse a su mesa.

—Tómese algo, teniente. Le invito.

—¡Una cerveza, Martín! —grita al camarero que atiende la mesa de los ciclistas franceses donde deja platos con lonchas de jamón y rebanadas de pan con tomate.

—¿Se sabe algo de los restos óseos?

—Pinta mal, páter —dice el teniente Muñiz—. Mala suerte encontrarlos. Eso es remover el pasado. Estuve hablando con Vila,

de los Mossos de Vielha. Los cotejan con el ADN de Sarita. La pobre mujer está en vilo.

—Pero así descansará. No hay castigo peor que la incertidumbre. Iré a reconfortarla por la tarde.

—Más que páter usted parece un psicólogo.

—Eso somos también los curas.

Martín le ha traído la cerveza y espanta con un grito a un enorme perro vagabundo que busca pelea con la pareja de perros franceses atados a las patas de las sillas.

—¿Y cómo van las cosas por Colombia, páter?

—Pues bien, teniente, mucho mejor desde que el ejército se emplea a fondo con los guerrilleros narcotraficantes. Esas bandas están perdiendo el poco apoyo popular que detentan y el ejército está haciendo estragos entre sus cabecillas.

—Pero está ese Chávez, ese payaso de mierda, al que habría que echar. ¿No cree? ¿Cómo puede votar la gente a un bocazas como ese?

—Sí, Chávez es un individuo loco y peligroso, un comunista que en nada beneficia a nuestra Colombia dando alojamiento a las FARC en Venezuela. Pero Dios ya le ha castigado. ¿Ya sabe lo de su cáncer?

—¿Tiene cáncer Chávez?

—Sí, y parece que muy avanzado, para que se vaya poniendo en paz con Dios.

Podría salir Marcos en defensa de Chávez y atacando a Uribe, pero se reprime. Piensa en su fuero interno que si muchos Chávez gobernaran en Europa la suerte de los deprimidos habitantes del viejo continente sería otra. El peor enemigo de Chávez es su propia lengua, y que dice lo que piensa. Pero él ya no está para esas guerras generales y sí para las particulares, así es que se concentra en la voz del teniente, cierra los ojos y la aísla. Cierra los ojos y borra la del cura colombiano lector del *ABC* y partidario de la mano dura de Uribe. Esa voz que le ha llamado la atención desde el primer día que la escucho. Lo único que tiene. La voz. Porque cuando baja

el diario, discretamente, para atisbar los rasgos del teniente Muñiz, poco le dicen. En veinte años se cambia mucho, se vuelve uno hasta irreconocible para uno mismo. Se conocen de vista, de cruzarse por el pueblo, de coincidir en la carnicería de Sarita, de levantar del suelo de su huerto a doña Rosa.

—Hace domingos que no le veo en la iglesia, teniente.

—Ando liado, páter, y rezo en mi casa.

El teniente Muñiz repara en el forastero de la mesa vecina, entonces. Gira la cabeza, siguiendo los andares de una chica alta que atraviesa la plaza con dos niños pequeños cogidos de sus manos, y lo ve. Lee *El País*. Un socialista de Zapatero, por lo menos, piensa. Un tipo de izquierdas, de los que apoyan todas las medidas de gracia a la gentuza de ETA, remacha. ¿Qué coño ha venido a hacer a este pueblo?, se pregunta de nuevo. Lo observa fijamente mientras lee el diario. No aparta la vista cuando deja de leerlo, levanta la cabeza y sus miradas se cruzan un instante. Le resulta vagamente familiar a pesar de que las barbas cambian los rostros de los hombres. Se parece a alguien que conoció en algún lugar del pasado, pero no acaba de ubicarlo. Quizá uno de sus subordinados. Pero, si así lo fuera, él lo habría reconocido también y se habría levantado para saludarlo. Con la pregunta en la cabeza se levanta de la mesa.

—Voy para adentro, páter. Gracias por la invitación.

—Hasta luego, teniente.

Cuando pasa por su lado, casi rozándole, Marcos se concentra en el olor que desprende su cuerpo. Los hombres huelen a acre casi siempre. Más los hombres que están en la montaña y son gente ruda. En el guardia civil hay un perfume pesado y barato que cubre su olor corporal y que lo retrotrae veinte años atrás. Colonia de supermercado. Varón Dandy, un perfume añejo que ya nadie usa. Y un cigarrillo Ducados entre los dedos de la zurda. El teniente Muñiz desaparece en el interior del bar Hiru seguido por la mirada de Marcos. Dentro, Èric da cuenta de un Machaquito y está sentado a la barra junto a una mujer. De espaldas no la reconoce. Pero cuando se

gira advierte que es Tiphaine. Y que, dentro del bar, se cubre los ojos con unas gafas oscuras, las que ocultan los golpes que el guarda forestal le propinó en uno de sus arrebatos alcohólicos hace dos días, cuando le llamó. La francesa lo presiente y se gira levemente mientras su marido apura la copa y pide otra en un automatismo haciendo oír su voz por encima del barullo de la clientela. El teniente atisba los ojos de Tiphaine bajo las gafas. Y ella se da cuenta de que la está mirando, siente un cosquilleo en la nuca, un estremecimiento en la columna vertebral y se revuelve nerviosa. Bajaría de la banqueta, se encerraría en el lavabo y se dejaría penetrar por el teniente sobre la taza del inodoro con las piernas bien separadas y las bragas en un tobillo. El teniente Muñiz se acerca a la barra, se acoda a ella, pide una cerveza y toma un pincho de tortilla.

—Cuidado, mi teniente, con la salmonella —le advierte con sorna Martín poniendo la copa con un dedo de espuma ante sus narices.

—Ya sabes lo que me gustan tus microbios, camarerito.

Le separan dos hombres de Tiphaine. Es una situación embarazosa. Roque y Miguel, los inseparables amigos, dan cuenta de unos vinos y reparan en él. Van arremangados y lucen sendos tatuajes idénticos en los brazos: una sirena de grandes pechos y enorme cola.

—¡A sus órdenes, mi teniente! —exclama Miguel poniéndose firmes.

—Da por culo a tu colega, por ejemplo —le suelta, desabrido.

—Eso está hecho. Bájate los pantalones, Roque.

—Eso ni en broma, mariconcete —le espeta el otro. Y, dirigiéndose a Antonio Muñiz—. ¿Es Meritxell la chica que encontraron?

—Me temo que sí.

—¿Y cómo fue a parar allí? ¿La mató el moro de mierda de su novio?

—¿Y quién lo sabe después de tantos años?

—La puerta del cielo está cerrada —apunta Miguel.

—Pues yo pongo la mano en el fuego por Xabi.

—¿Tú? —El teniente envuelve a los dos con una mirada tan fría como dura—. ¡Vaya par! ¿Cuánta droga os ha vendido ese vasco de los cojones?

—Consumo propio, mi teniente —reconoce Roque.

—Consumo propio, consumo propio… Si yo tuviera competencias os ibais a enterar los dos.

Miguel acerca su boca al oído del guardia civil.

—¿Ya ha visto quién está sentada al lado de mi colega?

—No —miente el teniente.

—La francesita *escalfabraguetas*. Me pone a cien. ¿A usted no, teniente? ¿No se la metería hasta el fondo? ¿Ha visto qué boca tiene?

—Dos hostias te meteré a ti cómo sigas por ahí.

—El Èric la deja, mi teniente. Mira qué cornamenta lleva, que le llega al techo. Pero… ¿qué le voy a decir a usted?

—Baja la voz, Roque, que no quiero desórdenes.

Paga la consumición el teniente y se separa de la barra dejando a los dos alcoholizados colegas. En ese momento Tiphaine baja de la banqueta para ir al lavabo y pasa por su lado. Viste una falda ceñida que le comprime el culo y una camisa de cuadros cuyos dos botones desabrocha el busto prominente porque la prenda le viene pequeña. Le roza con la mano al pasar, inadvertidamente, entre los clientes que llenan hasta rebosar el bar y vociferan para hacerse oír por encima del estruendo del plasma. Le roza entre las piernas. Le roza entre las piernas cinco horas más tarde, en la borda abandonada que preside el pueblo cincuenta metros más arriba por el camino de piedra paralelo al río, masturbándolo hasta que el esperma le brota imparable y le cae sobre el pantalón de servicio verde.

—Lo siento.

—Me da igual, me da igual. —Y la besa entonces, en el párpado morado, mientras se sigue corriendo entre sus dedos, llenando el hueco de su mano.

CAPÍTULO 15

SARITA

—Y una pechuga de pollo fileteada.

En la carnicería siempre hace frío. Se agradece en verano; molesta en invierno. Sarita, la octogenaria carnicera que no muestra una sola arruga en la frente, se mueve detrás del mostrador frigorífico en el que se conservan las carnes y toma una pechuga de pollo y la trocea con el cuchillo más afilado que tiene. La carne pálida del ave se convierte en cinco lonchas desiguales porque a esa edad le falla el pulso.

—¿Así va bien, señor?

—Perfecto. Y un mató de Montserrat —pide, cuando Sarita ha envuelto el pollo troceado en papel de estraza, después de pesarlo en la balanza y anotar en su contador su precio.

Hay una muestra de ese queso fresco y Sarita lo alza para mirar su fecha de caducidad.

—Ha caducado, señor. Lo siento. Es que se me caducan las cosas con la crisis.

—Le cojo esta garrafa de aceite, también.

—Coja, coja. ¿Ve el precio?

—¿Dónde?

—Tiene que estar en una esquina.

—Pues no lo veo, señora.

—¿No lo ve?

—No lo veo —Marcos mira los cuatro costados de la caja de cartón donde aparece destacada la inscripción «Aceite de oliva virgen origen Somontano».

—No se preocupe. Lléveselo y ya le preguntaré a mi hijo lo que cuesta. Ya me lo pagará otro día. Pero no venga expresamente.

—Como quiera. ¿Cuánto es?

Sarita se hace un lío con la cuenta. Se le va un dedo a una tecla y sale una cantidad que no es correcta. Corrige.

—¡Estas máquinas! ¡Con lo fácil que era antes el papel y el lápiz! Me la ha puesto hace dos días mi hijo y no me aclaro. Tres euros, señor.

Se lo da justo.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, señora.

—¿Cómo le va la vida en este pueblo?

—Bien, me gusta.

—¿Y no se aburre, señor, estando solo?

—No, a todo se habitúa uno.

Cuando Marcos sale de la carnicería no ve que los ojos de Sarita se empañan por las lágrimas, de nuevo, una vez más. Tampoco ve que, cuando ya está en el encharcado Carrer Major que recorre el pueblo de punta a punta en paralelo a la carretera que va a Toulouse, Sarita se refugia en el interior de su tienda a llorar, que se seca los ojos con un pañuelo inmaculado que saca del delantal, que murmura, reavivando el recuerdo, el nombre de Meritxell de la que solo restan unos tristes huesos descarnados que ella se negó a

reconocer como pertenecientes a su hija cuando ayer el sargento Vila de los Mossos se los mostró en las dependencias de Vielha. «¿Cómo puede ser esa mi hija? ¿Cómo? Que la sigan buscando, por Dios».

Ha nevado en las montañas cercanas y el viento le trae a Marcos el frío del hielo de las altas cumbres que se le mete por el cuello abierto del anorak. Con la bolsa del pollo colgando del brazo y las manos hundidas en los bolsillos, sube la resbaladiza cuesta que le lleva a su casa del callejón, se cruza con un perro pastor que solo tiene tres patas, y el dueño se negó a sacrificar, y sortea un charco que se está helando porque el sol, en ese lugar, nunca llega. Mete la llave en la cerradura de su puerta de madera al mismo tiempo que llega Alan con su caniche blanco, Puskas, que ha llevado al cercano prado a aliviarse y corretear.

—Buenos días, Marcos. ¿Pasas luego a tomarte un café?

—Paso. Gracias.

Cuando sube el primer tramo de escaleras y desemboca en el salón comedor con cocina office, Marcos se derrumba. Se sienta en el sillón orejero verde que está situado junto a la puerta de cristal del balcón y otea desde esa posición el horizonte de montañas cubiertas por nubes bajas y todo le parece de un blanco desazonador. La única nota de color son esas casas amarillas pareadas de enfrente, la Gasa Cuartel de la Guardia Civil, en cuyo mástil ondea una sola bandera, la de España, que el viento que entra por el estrecho valle agita. Se levanta Marcos y, tras dejar en la nevera la pechuga de pollo fileteada que ha comprado a Sarita, escudriña ese horizonte que divisa desde su estrecho balcón, se estremece de frío mientras su mirada cruza ese prado verde enorme donde pace el grupo de caballos e intenta meterse, sin éxito, por una de las ventanas de la casa de fachada amarilla.

El teniente Muñiz fuma un cigarrillo Ducados negro con la cara pegada a la ventana de su comedor. A pocos metros, en la cocina, Ana, su mujer, prepara la comida, fríe en aceite requemado las longanizas que compró ayer en la carnicería de Sarita mientras las

patatas cortadas se hacen en otra sartén con aceite abundante. No ve a Marcos, aunque está frente a él, porque el prado ese de quinientos metros de largo separa una casa de otra. Pero sí ve su casa abuhardillada y se lo imagina dentro en ese preciso momento, preguntándose qué demonios ha ido a hacer a ese pueblo ese forastero que dice venir de Burgos. De Burgos, de Valladolid, de Palencia hay números de la guardia civil, pero el forastero no es guardia civil, ni policía, ni nada. Un tipo que vive sin trabajar. Un tipo que, según le ha informado Martín, el camarero que todo lo sabe, se tomó un año sabático para desintoxicarse de la ciudad. ¿De qué ciudad? ¿Quién vive de renta hoy en día? Deberá investigarlo.

—Sarita estaba ayer destrozada —dice Ana, desde la cocina.

—Me lo imagino.

—No puede creer que esa sea su hija.

—Pues mejor que se vaya haciendo a la idea.

—En estos casos pienso lo afortunados que somos por no tener hijos.

Ana no podía tener hijos. Problemas con la matriz. No le importó. No era el teniente Muñiz muy niñero, ni con sus dos sobrinos que veía muy de tarde en tarde. No le gustaban los niños. No le gustaban los animales de compañía. No le gustaban muchas mujeres. Sí le gustaba Tiphaine. La deseaba. La deseaba en ese preciso momento que estaba viendo a Ana, con el delantal puesto y el pelo rojo recogido en un moño, remover las patatas fritas en la sartén para que no se quemen. Pero ni cerrando los ojos podía imaginarse que estaba con la francesa ni querría verla a ella en ese papel, en la cocina, con el delantal y haciendo la comida. Tiphaine era sexo del mismo modo que Ana era hogar y así, sin mezclar las cosas, todo estaba mucho mejor y la vida se hacía más soportable.

—Se nota que llega el puto invierno —gruñe alejándose de la ventana y entrando en la cocina.

—No fumes dentro de la cocina, Toñín.

Apaga con disgusto la colilla en un cenicero de cristal, uno de esos duros que si estrella contra la cabeza de alguien no se rompe.

Aplasta la colilla hasta retorcerla. Aplasta la colilla del Ducados en la piel velluda de ese brazo que se retuerce de dolor, aprisionado con esposas a la silla, y ve cómo la mordaza que cubre la boca del detenido se hincha, por el aire que no puede salir y ese grito que muere entre los labios forzados a permanecer cerrados. La apaga mientras la piel humea y se hace en el brazo una herida húmeda y circular de carne viva. Y coge el cenicero de cristal y lo estrella contra la ceja, la parte, contempla con satisfacción cómo corre la sangre por la cara del detenido, cómo esa línea roja divide en dos el rostro por la nariz y la boca, goteando en la barbilla.

—Ven a la mesa, que comemos.

Va a la mesa. Se sienta y se frota las manos. Hace frío en la modesta vivienda de guardia civil. Hace frío a pesar de que arde un grueso tronco en la chimenea y chisporrotean brasas alrededor y algunas caen al suelo de cerámica. Trocea la longaniza y se mete una porción en la boca, sin pelarla, porque la piel está muy pegada, después de un trago de clarete. Escucha el estampido de las escopetas de caza, lejanas, en el bosque de enfrente, el que hay al otro lado del Garona, tupido hasta la cumbre, envolviendo una pista forestal que trepa hasta llegar al mirador de Arres y sigue hasta esos dos pueblos que comparten una misma iglesia.

—Debe de ser Èric, que está cazando —comenta Ana, alzando los ojos acuosos y mortecinos de un color gris desvaído.

—Ese guarda forestal tendrá un buen día un disgusto.

—Su mujer es la que tendrá un buen día un disgusto.

—¿Ella? ¿Por qué?

El teniente de Muñiz deja de comer y juguetea con la copa de clarete.

—Es una puta —dice secamente Ana con los ojos bajos.

—Habladurías de pueblo.

—El otro día la vi y llevaba el ojo morado.

—El cabrón de su marido que le pega.

—Por algo será.

—Porque es un cabrón, Ana. ¿Te gustaría que te pegara? Di. —Alza la voz, grita furioso mientras se muerde el frondoso bigote que endurece su rostro—. ¿Te gustaría que te diera de hostias como hace ese cabrón a su mujer? El día que se atreva a denunciarle va a la cárcel.

—Si le pega es por algo.

—¿Lo defiendes?

—Que no anduviera ella calentando braguetas y no le pasaría nada.

—Maltratador y furtivo. Un día lo voy a escarmentar a ese Èric de los cojones. ¡Lástima que no tenga atribuciones!

Se oye ladrar a los perros entre los estampidos de las escopetas de caza. Se abre paso Èric entre la espesura, hollando con sus botas de montaña la nieve blanda que cubre el bosque y recoge sus pisadas. Va monte arriba después de salirse del sendero que la nieve cubre. Se esconde detrás de un tronco de un abeto de ramas inmensas que balancea el viento y espera. Ha visto huellas frescas en la nieve, profundas, lo que indica doscientos kilos por lo menos. Y una cagada que es de ciervo, reciente, que humea. Contiene la respiración mientras mete un par de cartuchos en su escopeta y la cierra con un chasquido que el rumor del viento, pasando a través de las ramas, silencia. Tirita de frío a pesar de la zamarra de piel, la capucha de lona que oculta su cabeza, el doble pantalón que cubre sus piernas. Oye un bramido cercano, ronco. El aire sopla a su favor. Asoma la cabeza detrás del tronco para verlo un instante pasando entre los árboles como una exhalación, al galope, majestuoso y con elegancia de andares. Apunta y dispara dos veces, por delante del animal, para que al huir se tropiece con una de las dos balas. Una le da en el cuello; la segunda, en el vientre. El ciervo, la cierva preñada, da un salto hacia delante, se voltea en el aire con un esputo de sangre en la boca, rueda montaña abajo con las patas rotas, desmadejada, y parpadea horrorizada, intentando alzarse de la nieve, cuando ve venir a su verdugo, pero sus remos ya no responden. Èric ve esos ojos de cierva asustada, que casi se salen

de las órbitas, que parpadean cómo su corazón aterrorizado late en esos momentos, y desenvaina el cuchillo aserrado de cazador, hunde la hoja en el cuello, lentamente, hasta que siente que toda la sangre del animal agonizante le cae sobre la mano enguantada y rezuma sobre la nieve, fundiéndola, la humea.

—Tiphaine.

CAPÍTULO 16

TIPHAINE

Tiphaine entra en la bañera de loza blanca con un pie, y luego el otro, con cuidado de no resbalar, sujetando el cuerpo con un pellizco de su mano a la viga inclinada del techo del cuarto de baño abuhardillado. Y abre el grifo. Espera a que el agua salga caliente, dos minutos, a que el chorro que brota de la alcachofa metálica humee y el cuarto de baño entero desaparezca sumido en una bruma cálida que empaña el enorme espejo en el que se ha contemplado antes, al entrar, desnuda. Tiphaine, bajo el chorro de la ducha, con una esponja colmada de jabón, limpia a conciencia su sexo. Abre sus labios y empotra la esponja dentro. Restriega con rabia. Tiphaine mete jabón en su sexo, exprime con fuerza el botellín de gel de baño y siente su chorro pastoso en su interior, como el semen que intenta erradicar. Gel y semen, texturas parecidas. Alguien le dijo que el gel se utiliza en las películas eróticas para simular las corridas de los tíos por su aspecto idéntico. Lo cree. Pero

no lo piensa en ese momento que, con la vulva enjabonada, dirige el chorro de agua caliente a esa cavidad, a su interior, en donde dos horas antes el pene violador de su marido ha descargado todo su brutal deseo mientras con los brazos la inmovilizaba, con la boca le decía «puta» una y otra vez y la aplastaba con su cuerpo pesado. No es la única vez que Èric la viola. Èric la ha violado desde que dejó de quererle y el cariño que sintió al principio por él se tornó desprecio. El guardia forestal demanda con frecuencia el débito marital, cuando no está borracho, y la secuencia se torna una pesadilla. Ha optado Tiphaine por no ofrecer resistencia, por moverse debajo de las embestidas de él, para que se corra antes y la deje en paz. Se ducha Tiphaine y llora al mismo tiempo. Sale de la bañera y se envuelve en una toalla amarilla. Se saca el gorro de plástico que ha impedido que el agua moje su pelo. Desempaña con la punta de la toalla el espejo del baño. Se mira y ve el círculo morado alrededor del ojo izquierdo, reacio a marchar, que le obliga a pasear por el pueblo con gafas de sol aunque no haga. Sale luego fuera, con los pies cobijados en zapatillas acolchadas, recorre su vivienda para comprobar que Èric marchó al monte. Toma entonces el móvil y marca un número.

—Toñín.

—Hola, Tiphaine. ¿Ocurre algo?

—Tengo miedo, Toñín, tengo miedo. —Y mientras da rienda suelta a su angustia no puede impedir llorar.

—¿Qué sucede?

—¿Dónde estás?

—Camino de Vielha.

—Te llamo luego.

Se mueve, como un animal enjaulado, por el pasillo de la casa, chocando contra las paredes, dejando un rastro de agua en el suelo de madera, la huella impresa de sus cabellos en las paredes.

—No te preocupes, tengo conectado el manos libres al coche.

Se muerde los labios y cierra los puños. Se ahoga con su propio llanto de rabia.

—Me viola, Toñín. Me viola constantemente.

Hay un silencio tenso al otro lado.

—Hijo de la gran puta.

—Me ha dicho que me va a dejar sin teléfono móvil. Me ha dicho que no me va a dejar salir de casa. Me ha dicho que cómo sospeche que me veo con alguien me mata y que matará al otro.

—Pero… ¿sabe que soy yo?

—Lo sospecha, Toñín. Se lo dicen en el pueblo.

—¡Puto pueblo de mierda! ¡Aldea!

—Ten cuidado. Cuando está borracho no sabe lo que hace. Y siempre lleva la escopeta consigo.

—Y yo la pistola, Tiphaine. Que no me brinde la ocasión porque le meto un tiro entre ceja y ceja en legítima defensa y terminamos con el problema.

—No sé cuándo podremos vernos.

—Podremos, cariño. Siempre tendremos ocasión.

—Pero Èric está cada vez más furioso. Y tengo miedo. Se pone hecho una bestia. Me grita y me pega.

—Hablaré con él.

—¡Nooooo!

—Le partiré directamente la cara la próxima vez que le vea.

—No lo podemos hacer así, Toñín. No. Hay que pensar otra cosa.

De nuevo silencio.

—Te cuelgo. Estoy entrando en Vielha y veo a esos mamarrachos de los Mossos d'Esquadra en la rotonda. Ya me llamas cuando puedas.

El teniente Muñiz aparca el coche en el centro, frente al ayuntamiento de la capital del valle. Aunque pone que solo pueden estacionar los servicios municipales, él lo hace con su cuatro por cuatro verde oliva de la Guardia Civil seguro de que ninguno de los municipales se atreverá a multarle. Cuando baja del coche patrulla y se encasqueta la gorra de visera en la cabeza le viene a la cabeza una frase de Tiphaine: «Hay que pensar otra cosa». Ha visto *El cartero siempre llama dos veces* y no quiere hacer el papel de Jack Nicholson. Si se complican las cosas echará agua fría a su

encoñamiento y se buscará otra o se meterá a monje, porque las mujeres siempre, piensa, vienen con problemas a partir de determinada edad, parejas o equipaje, y algunas con ambas cosas. Atraviesa el puente del río Nere, que baja crecido del agua que recoge en su valle pedregoso, cruza la carretera y entra en las oficinas de la inmobiliaria Montcurbau. Ségolène, la administrativa francesa, le sonríe cuando le ve franquear la puerta. Es delgada, frágil como un pájaro, con ojos enormes y asustadizos. Un gamo ante la escopeta del cazador.

—¡Teniente Muñiz! ¡Dichosos los ojos! ¿Qué le trae?

—Buenos días, Ségolène. ¿Tienes un momento? —pregunta, sentándose al otro lado de la mesa.

En la inmobiliaria Montcurbau, a esa hora, no hay nadie. La dueña, la señora Grau, ha debido salir a tomar un café, y tampoco hay otro cliente.

—¿Quieres alquilar algo? —le pregunta mirándole fijamente con sus enormes ojos azules de mirada triste—. ¿Un apartamento para una amiga?

El guardia civil hace una mueca de disgusto mientras se quita la gorra de visera verde y la deja sobre la mesa.

—¿Has cambiado de peinado?

—Sí, lo he alisado.

—Y has engordado un poquito.

—¿Estoy más guapa así?

—Claro. No, solo quiero una información confidencial.

Ségolène sonríe de forma expansiva mostrando unos dientes enormes entre sus labios. Le recuerda vagamente a Maribel Verdú. Podría sustituir a Tiphaine, piensa el teniente, porque seguro que no es tan complicada aunque también sea francesa.

—Si es confidencial no te lo podré decir.

—Mira… hay un tipo que os ha alquilado una de las casas del pueblo, en la calle Arnán, la pareada del medio.

—Sí, sé quién es.

—Pues yo no.

Ségolène adopta una expresión seria y profesional.

—Antonio, no podemos dar información confidencial de nuestros clientes. Eso es sagrado y tú lo sabes.

El teniente cabecea impaciente.

—Yo no soy cualquiera. Soy guardia civil.

—Sí, pero no podemos darte esa información. A no ser que sospeches de él y me vengas con una orden judicial. Pero es un tipo muy serio con el que no hemos tenido un solo problema y paga puntualmente sus recibos.

—¿Un tipo muy serio? ¿De Burgos?

—No insistas.

—Te estoy pidiendo un favor personal.

—Me estás metiendo en un compromiso.

—¿De Burgos?

—Eso dice.

—Pero…

—¿Cómo que pero?

—Sí, hay un pero, lo leo en tus ojos.

—Bueno, la dirección del DNI era de Bilbao.

El rostro del teniente Muñiz experimenta un sobresalto.

—Bilbao… Y… ¿te dijo por qué venía a vivir aquí, al valle?

Ségolène trata de hacer memoria.

—Quería hacer un estudio sobre la influencia euskalduna en el valle.

—¡Vaya chorrada! ¿Y por qué miente diciendo que es de Burgos?

—No sé, quizá haya vivido los últimos años en Burgos.

—Déjame ver la fotocopia de su DNI.

—Eso no, Antonio.

—Vamos, vamos… No te cuesta nada. Me la dejas ver y en paz. No te pido nada ilegal.

—¡Coño! Pesado de hombre.

—¿Coño? Creía que las francesas no usabais esa palabra.

—Ya soy medio española.

Se levanta y cuando pasa por delante del teniente Muñiz este alarga la mano y le palmea el culo cubierto con pantis de lana y una falda de franela.

—Manitas quietas. ¡Hombres!

Regresa Ségolène con un expediente y lo abre. En la carpeta figura el nombre del inquilino. Marcos Díaz Inurrategui. Lo memoriza el teniente. Entre los papeles está el contrato por cinco años firmado por él y la señora Grau y la fotocopia del DNI. El teniente Muñiz alarga la mano para cogerlo, pero Ségolène se anticipa, le detiene el gesto y cierra la carpeta.

—¡Basta! Ya he hecho bastante. Cómo me despidan me meto en tu casa, con tu mujer, y me alimentas.

—Te metería en la buhardilla, guapa, atada de pies y manos.

—*¡Salope!*

—Y eso, ¿qué es?

—Guarro.

Ya en la calle, camino del cuatro por cuatro, el teniente Muñiz hace una llamada con su teléfono móvil.

—¡Gregorio! ¿Qué tal chico?

—¡Hombre, teniente! Tiempo sin saber de ti.

—Claro, cómo no vienes a verme.

—¡Joder! Es que te has ido al fin del mundo. ¿Cómo está el valle?

—Nevado y frío. Te llamo para pedirte un favor.

—Dime.

—Quiero que me localices a un tipo.

—Bueno. ¿Por qué?

—No es nada. Neuras mías. Pero quiero estar seguro. Seguramente no es nada. Pero por si acaso. ¿Apuntas?

—Venga, ya tengo el boli. Marcos Díaz Inurrategui.

—¿Un vasco?

—Eso parece por el segundo apellido.

—Lo rastrearé y te llamo en cuanto sepa algo.

—Gracias, Gregorio. Y a ver si te vienes unos días por aquí.

—En primavera del próximo año, quizás.

—Cuando quieras. Un abrazo.

—Un abrazo y cuídate, teniente.

De regreso al pueblo se deja caer por la terraza del bar Hiru. Luce un sol diáfano y solo hay una mesa libre, en una de las esquinas. Se sienta y, cuando lo hace, advierte que el forastero ocupa la mesa vecina con su sempiterno *El País* desplegado. Tipo de hábitos fijos, piensa.

—Una cerveza, Martín —le grita al camarero cuando le ve salir del establecimiento y atender otra mesa.

—¡A sus órdenes, mi teniente!

—Menos cachondeo.

Cuando Marcos baja ligeramente el diario para otear el paisaje otoñal de las montañas de enfrente, blanqueado ahora por algunas manchas de nieve, descubre al teniente en la mesa de al lado. Sus miradas se cruzan, un instante, y, lejos de evitarla, Marcos sonríe amistosamente. El teniente Muñiz se levanta con su copa.

—¿Le molesta que me siente con usted?

—No, no, en absoluto. Adelante.

Se sienta el teniente, deja la copa sobre la mesa y alarga su mano enorme que Marcos estrecha sin apretar demasiado.

—Antonio Muñiz.

—Marcos Díaz.

—Y perdone que sea indiscreto, debe de ser por mi profesión: ¿qué le ha motivado a venir precisamente a este pueblo perdido? Porque usted se ha quedado a vivir aquí, ¿no es así?

—Sí. Estaba harto de las grandes ciudades. He cogido un año sabático. Y sencillamente pasé por aquí con el coche.

—Bueno… no es este precisamente un sitio de paso. ¿Vivía en una gran ciudad?

—Burgos.

—Bueno, tampoco es una gran ciudad. La conozco. Tengo buenos amigos allí.

—Una gran ciudad al lado de esto.

—Al lado de esto cualquier lugar es una gran ciudad. ¿Nació en Burgos?

Marcos no contesta de inmediato y demora dos segundos la respuesta.

—Nací en Bilbao.

—¿Bilbao? ¡Vaya! ¿Dejó Bilbao para ir a Burgos?

—No sería el primero en hacerlo.

—No, no, claro que no. Muchos compañeros pidieron el traslado de Bilbao a Burgos en los peores años del terrorismo.

—Eso pasó.

—Claro, claro, por fortuna, pero muchos quedaron en el camino. Muchos.

—Muchos —corrobora Marcos.

—Y tampoco tengo tan claro que haya pasado. ETA nos tiene acostumbrados a sus treguas trampa.

—¿No cree lo que dice el gobierno?

—No me haga hablar de ZP que me enciendo. ¿Estuvo cuántos años en Bilbao?

—Perdone, pero me siento como si me estuviera interrogando.

El teniente Muñiz suelta una carcajada forzada.

—¡Joder! Tiene toda la razón. No me cuente nada. Es que somos guardia civiles a todas horas, hasta cuando estamos aquí y no tenemos competencias.

—Y usted, ¿cómo pidió el traslado de Bilbao a este pueblo perdido en las montañas?

El teniente Muñiz mira a su interlocutor de hito en hito.

—Ah. Es la revancha. Estar unos cuantos años en Vascongadas cansa y tensa. Me merecía este descanso. Aquí no pasa nada.

—Crece la hierba.

—Eso. Crece la hierba y cagan las vacas.

—¿Estaba en un cuartel?

El teniente Muñiz demora dos segundos su respuesta.

—En la Jefatura de Tráfico. Pero todos corríamos riesgos con la gentuza de ETA. Bueno —dice levantándose—, habrá que ir a comer.

Un placer haberle conocido y espero que su estancia en el pueblo sea muy agradable, señor Díaz.

—No tengo la menor duda, teniente.

Cuando el guardia civil se aleja recibe en el móvil una llamada. Lo abre y descuelga subiendo la cuesta que desemboca en la calle Arnán y en cuya esquina hay una pequeña hornacina incrustada al muro de piedra y una virgen diminuta cuyo cirio arde constantemente porque una beata del pueblo vigila que no se apague nunca.

—Gregorio. ¿Qué tal? ¿Sacaste algo en limpio?

—Inmaculado. No tenemos nada. Nada de nada.

—Bueno, me tranquilizas, Gregorio.

—Salvo que, según nuestros archivos, murió hace cinco años.

El teniente Muñiz da dos pasos más por la cuesta empedrada, hasta remontarla.

—¿Me estás diciendo que ha muerto?

—Sí, en accidente de tráfico.

—¡Coño! ¿Tiene una identidad falsa?

—A menos que se llame de otra forma. ¿Tienes su número de DNI? Con eso no hay fallo posible. El nombre puede repetirse, aunque con ese segundo apellido me extraña.

—No, pero lo conseguiré.

—Quizá con el número de DNI consigamos otra información.

—¡Mierda! ¡Una identidad falsa!

—¿Quién es ese tío, Toñín?

—Un forastero extraño que ha desembarcado en el pueblo.

—¿Qué oficio tiene?

—Ni oficio ni beneficio. ¡Yo qué sé! Librero, me parece.

—¿Es el librero del pueblo?

—No, no, aquí la librería la detenta una paraguaya, una tal Lis. Este dice que es librero en año sabático. ¡Vete a saber! Y que ha venido a hacer un estudio sobre la influencia de los vascos en el valle. Una pantalla, vamos.

—Cuando tengas más datos sobre ese tío me llamas y seguimos indagando.

—Muy bien, majo. Un abrazo y gracias.

El teniente Muñiz, camino de la casa cuartel, pasa por delante de la pareada que ocupa el forastero. Se da cuenta, entonces, que la vivienda está mismamente enfrente de la suya, que solo un enorme prado, donde pacen caballos y las seis ovejas de Sarita, las separa. Con una bazuca haría un blanco perfecto. Se encasqueta la gorra, automáticamente, y con un movimiento reflejo, que no hace desde veinte años atrás, se cerciora de que la pistola de reglamento siga en su funda cerrada.

CAPÍTULO 17

ANA

Está cansado. Y harto del desmadre policial que existe en el valle, de la escasa coordinación entre cuerpos. Si no se llevaban bien con la Policía Nacional, la relación con los Mossos aún es peor desde que les han quitado casi todas las competencias y estas se reducen al control aduanero. Se los encuentra en la rotonda de Eth Hiru, a las diez de la mañana, cuando él, con sus hombres, en dos cuatro por cuatro Nissan Patrol verdes de la Benemérita, van a poner un puesto de control en esa rotonda precisamente ocupada.

—Sigue hacia Les. Nos han jodido esos payasos —reniega, mientras saluda militarmente al cabo de Mossos que, subfusil en mano, va deteniendo a todos los turismos que vienen de Vielha.

En la rotonda de Les, antes de entrar en el pueblo, establecen el control para los coches que vienen de Francia. Hace frío, y viento que aumenta su sensación. Se bajan los cuatro números, colocan los conos y el cartel de «Stop Policía» bien visible. Con boinas caladas

sobre la cabeza y pasamontañas que les cubren medio rostro y escopetas en los brazos, aunque apunten al suelo, imponen. El teniente se une a ellos, con su gorra de visera que lo distingue de la tropa. Detienen todos los coches con matrícula que no sea de España, hasta que se hace una cola interminable y relajan las medidas de control. Piden los documentos a los conductores. Hacen bajar del coche, abrir los maleteros, a los de aspecto norteafricano y a los negros. No consignen incautar nada. A la media hora levantan el control y vuelven a casa. Ya no es cómo antes, cuando actuaba ETA y estar a pie de carretera era un riesgo notable.

La Pelirroja está muy extraña hoy, piensa el teniente Muñiz con la cara pegada al cristal de la ventana del comedor y el cigarrillo humeante en la boca. Se ha molestado en hacerle arroz con leche, con lo que le gusta a él el arroz con leche, y no lo ha quemado, lo que es una proeza.

—¿No vienes a dormir?

—Ya voy, ya voy.

Desde la ventana el teniente Muñiz trata de descubrir el Velux del dormitorio del forastero. Le sigue llamando «el forastero» porque sospecha, y ya con evidencias, que no se llama Marcos. ¿Por qué un tipo se instala en un pueblo como este y se cambia el nombre? Porque huye de algo. Si le pide a los Mossos que le investiguen le van a enviar directamente a la mierda. Así es que no lo va a hacer.

—¿No vienes a la cama?

—Ya va, ya va, ya va.

No le suena su cara. Claro que lleva barba. Ni su voz. Quizá se esté preocupando sin motivo. Pero debe de haber gente que le odie. Recuerda a Galindo cuando, en el patio de armas del cuartel de Intxaurrondo, le impuso solemnemente la medalla al mérito militar por haber sobrevivido a ese atentado. La Parabellum del terrorista que se encasquilló.

Cuando va hacia la cocina, para apagar la colilla del cigarrillo bajo el chorro del grifo de agua, recibe un mensaje en el móvil. Tiene la precaución, desde que las cosas se han complicado, de

tener el teléfono en silencio, pero nota perfectamente la vibración en el bolsillo de la camisa y lo toma en sus manos y lee el mensaje.

—¡Apaga todo cuando vengas a la cama!

El mensaje es de Tiphaine. Una especie de SOS. ¡LLÁMAME! En mayúsculas y con signo de exclamación por si hubiera dudas. Un grito desesperado.

—Voy a dar una vuelta.

—¿¡A estas horas!?

—Sí, a estas horas, carajo.

Sale de casa, cierra la puerta y, mientras baja las escaleras, hace la llamada que le piden.

—¡Toñín!

—¿Qué pasa, cariño?

—Ten cuidado. Creo que va a por ti.

—¡Qué cosas dices! Ese borracho no tiene huevos para eso.

—Está muy raro.

—Pero… ¿está ahí?

—No, se fue al Hiru a beber.

El teniente Muñiz ya está en la calle y el guardia de la puerta se la abre y le hace un saludo militar.

—Buenas noches, mi teniente.

—Buenas noches. Descansa.

Hace una noche fría porque está completamente despejado y brillan en el cielo negro, sin luna, miríadas de estrellas. No las mira el guarda civil que gira a la izquierda, hacia arriba, y se mete a tientas por una trocha pedregosa y débilmente iluminada que pasa por los límites de una de las casas más grandes del pueblo y lleva a una ermita. El perro, desde la caseta, un rottweiler, ladra amenazador. En todo ese rato Tiphaine no ha dejado de hablar, de recordar el maltrato permanente, los insultos, las bofetadas y las violaciones.

—¿Por qué no lo denuncias?

Hay un silencio. El teniente insiste.

—Presenta una denuncia.

—¿Y de qué vivo? No estamos casados. ¿Me vas a meter en tu casa?

—¡Joder, chica! Lo has hecho rematadamente mal en tu vida.

—¡Y qué culpa tengo!

—Pues la tienes, claro que la tienes, por liarte con un tipo así.

—Claro, tú solo me quieres para lo bueno, para que te la chupe, pero cuando hay problemas si te he visto no me acuerdo.

—No es eso, no es eso.

—¿O es que te da miedo el Èric?

—Tu Èric no tiene ni media hostia. ¿No entiendes que estoy casado?

—¿Casado? Si no me engañas hace dos años que no la tocas.

—Esas son cosas nuestras.

—Pues me lo contabas a mí. Y me decías que nos iríamos del pueblo.

—No puedo, al menos ahora.

—¿Y cuándo? ¿Cuando esa bestia me envíe al cementerio?

—No llegará a ese extremo.

—Claro, te importa una mierda. Lo sé.

—Me importas mucho, Tiphaine, y te quiero.

—¡Qué mal mienten los hombres!

Está por darle la razón y zanjar para siempre la relación. Está harto de vivir en permanente mentira con lo que eso tiene de desgaste.

—Ya pensaremos algo.

—¿Qué?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Pero yo vivo en un infierno.

—Nos vemos mañana y hablamos.

—Deberías decir nos vemos mañana y follamos.

—Tiphaine, Tiphaine… estás imposible.

—Bueno, mañana quedamos.

—En la pista de Sant Joan de Torán.

—A las cinco.

—A las cinco. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches.

Cuando el teniente Muñiz regresa a su hogar Ana sigue despierta. Mientras se desnuda y se pone el pijama, la pelirroja le hace reproches.

—¡Vaya paseos que das tú!

—¿No se puede tomar el aire?

—No nos engañemos, Toñín, que ya tenemos espolones.

Cuando entra en la cama y apaga la luz se encuentra con los brazos delgados de Ana que le ciñen la cintura y siente su aliento en el cuello.

—Vamos a dormir —corta él, con un ostentoso bostezo.

—¿Sabes que hace dos años que no follamos?

El teniente Muñiz calla, se revuelve bajo el abrazo de su esposa.

—Debe de haber otra que te sirve.

—No empecemos con las tonterías.

—¿Te crees que soy idiota? Si lo sabe todo el pueblo.

—¡Mierda de pueblo!

—¡Mierda tú que la metes donde no debes!

El teniente Muñiz enciende la luz de la lamparilla de noche y se sienta en la cama.

—Pero… vamos a ver, ¿qué me estás diciendo? Es que ya me estoy cansando de tanta tontería.

—¿Qué te hace ella que no te haga yo?

—Mañana tengo guardia todo el día y necesito dormir.

—Si no me quieres, ni me deseas, ¿por qué estamos juntos?

—Te quiero, Ana, te quiero.

—¡Qué mal mienten los hombres!

Que le hayan dicho la misma frase en espacio de una hora es todo un síntoma. Quizá se hayan puesto de acuerdo las dos para amargarle la noche, y lo han conseguido.

CAPÍTULO 18

SUZANNE

Pone otra vez *Suzanne*. La tercera vez en dos horas. Un brazo mecánico coge el disco escogido y lo coloca sobre el giradiscos. La máquina tiene los colores chillones de las películas americanas, sus luces parpadeantes. Pero no está en América sino en un pueblo perdido del Pirineo que puede parecerse, a lo más, a Alaska. Susana.

Hoy no hay nadie en La puerta del cielo. Nadie salvo el dueño, Xabi. Y él, que se acoda a la barra, encorva la espalda, mira el techo oscuro del local y juega con el vaso de *whisky* antes de vaciarlo de un solo trago.

—*Suzanne takes you down to her place near the river*.

No está el dueño de La puerta del cielo muy hablador esa noche. No disimula que tiene ganas de cerrar y que el cliente le molesta. Afuera ha comenzado a nevar, por lo que no vendrá nadie más en lo que queda de noche.

—*You can hear the boats go by*.

—Ha estado unos días cerrado esto, ¿no?

Xabi no quiere hablar de su detención. Seca con un trapo un vaso que ya está seco; le saca brillo.

—Creía que te habías ido de vacaciones.

—*You can spend the night beside her*.

El dueño de La puerta del cielo está convencido de que el forastero sabe lo sucedido y finge ignorarlo.

—Ya sabrá que me detuvieron…

—¿Te detuvieron? Pues no. Ni idea. ¿Alguna infracción de tráfico?

—*And you know that she's half crazy* —contesta la voz grave de Leonard Cohen.

—Es divertido. Me consideran sospechoso de un asesinato. ¿No es divertido? ¡A mí!

Tarda en contestar.

—¡Vaya! Imagino que sin fundamento.

—Evidentemente —remarca, algo irritado por la duda—. Esos cabrones de los Mossos d'Esquadra que se aburren y tienen que ir tocando las pelotas a la gente.

—Pero… estás libre. No creo que te incriminen si ya te han dejado suelto.

—Los restos óseos de una chica desaparecida aparecieron en una borda abandonada.

—Lo oí. Lo que no sabía es que tú estabas en ello.

—Oiga, oiga, que yo no estoy en ello.

—Pues… ¿por qué te detuvieron?

—La borda era mía, pero hacía cinco años que no había entrado en ella. No sé cómo aparecieron los huesos allí. Un misterio, oiga.

—¿Y la chica? ¿La conocías?

—Claro. En el pueblo todo el mundo se conoce. Corrió la idea de que se había escapado con su novio.

—¿También se fue el novio?

—Bueno. No era el novio. Los padres no lo querían, decían que no hacía para ella.

—¿Por qué?

—Era moro.

—¿Y el moro?

—Se lo tragó la tierra. Él debe de ser el asesino.

—¿Y los padres de ella?

—La madre. El padre murió.

—¿La madre?

—Seguro que la conoce.

—Pues no caigo.

—Sarita, la carnicera.

Guarda silencio Marcos hasta que termina la canción de Leonard Cohen.

—*And you want to travel with her / And you want to travel blind / And you know that you can trust her / For she's touched your perfect body with her mind*.

Se alza entonces del taburete y paga.

—¿Por qué *Suzanne*?

Está por no responder la pregunta y salir del bar. Embutido en el anorak, y con la capucha acolchada cubriéndole el rostro, se detiene bajo la puerta y se vuelve.

—En mi vida pasada tuve un encuentro con una tal Susana. Adoraba a Leonard Cohen. Y esta era nuestra canción. Es la única forma que me queda de estar en contacto con ella.

La nieve que cae cuaja. Las calles del pueblo han desaparecido bajo esa alfombra blanca que lo ilumina en sentido contrario a la luz de las farolas. La nieve es como una superficie acolchada, piensa, mientras no escucha sus pisadas y se entretiene en mirar las huellas de las botas que va dejando atrás, un rastro en una superficie inmaculada que ninguna persona o coche ha hollado todavía. No anda bien. Ladea uno de sus pies que se hunde más en los dos centímetros de nieve que se acumula en la calle. El que corresponde a la pierna que le rompieron. Un golpe con una barra de hierro que la quebró como un tronco seco y lo precipitó al suelo. Recuerda el dolor espantoso. Le duele. Aún le duele. Y cojea.

—Lo siento, chico, pero creo que te rompí la pierna. Te caíste por las escaleras.

No encuentra a nadie por la calle. Todos duermen en sus casas, cobijados bajo mantas y edredones nórdicos y con las chimeneas encendidas. Él es lo primero que hace al llegar a la suya. Prender fuego a un haz de leña seca que almacena junto a la estufa de hierro colado. En cuanto consigue que chisporrotee la llama, se frota las manos ante ella y permanece un buen rato acuclillado, como un adorador del fuego. Luego se hace café. Luego se fuma lentamente un cigarrillo y vuela su vista a través de ese prado verde, ahora negro, donde suelen pacer los caballos percherones que en verano pastan por el Coth de Baretges. En el cuartel de la Guardia Civil, a esas horas, las dos de la madrugada, hay una ventana iluminada. Un guardia civil aquejado de insomnio o torturado por los recuerdos.

Sube el tramo de escaleras de madera que le lleva a la planta de los dormitorios y entra en el suyo, el que recibe más horas de sol durante el día. Entra en la cama tras ponerse el pijama. Se desliza luego, en zapatillas, hasta el cuarto de baño, se cepilla los dientes ante el espejo y se acaricia la barba plateada que cubre buena parte de su rostro. Con una cuchilla la iguala eliminando los pelos que crecen cerca de los ojos y le otorgan un aspecto de lobo. Regresa luego a su cuarto, enciende la lamparilla de noche, apaga la luz del techo, se encaja las gafas y abre *La montaña mágica* por donde lo dejó el día anterior. Lee una veintena de páginas hasta que el sueño le vence. No se ha podido concentrar mucho en la lectura. Ya no es como antes, que podía leer en cualquier lugar, por ruidoso que fuera: en autobuses, trenes o en el bar de la universidad de Deusto. Mientras lee le vienen a la cabeza las estrofas de *Suzanne*.

Ahora Suzanne coge tu mano
Y te conduce hacia el río
Lleva pieles y harapos
Sacados de la ventanilla del Ejército de Salvación
Y el sol cae como la miel

Sobre nuestra dama de la bahía
Y te muestra dónde has de mirar
Entre la basura y las flores
Hay héroes entre las algas
Hay niños en la mañana
Que se inclinan hacia el amor
Y lo harán así para siempre
Mientras Suzanne sostenga el espejo.

La última vez que vio viva a Susana Herráiz Bengoechea escuchaban *Suzanne* de Leonard Cohen en un viejo giradiscos después de una maratoniana sesión de sexo. Estaba rayado, por la aguja, pero no les molestaba. La Rubia fumaba después del coito, enroscada en sus brazos, y le daba besos, entre calada y calada, con sabor a humo. Él acariciaba su ingle pegajosa con la diestra y con la izquierda apretaba uno de sus senos, redondo y turgente, el que cubría los latidos de su corazón. Le gustaba la suavidad de la piel y su perfume.

—Me tengo que ir.

Tenía una cita. Alguien había pasado la *muga* para darle una información para un próximo *talde*. No sabía más. La estuvo mirando mientras se vestía con celeridad y entraba sus fuertes piernas, como en medias, en los téjanos ceñidos y gastados, cómo desaparecían sus senos bajo las copas del sujetador oscuro y se colocaba sobre la piel un jersey de cuello de cisne *beige*. El color rojo estaba vedado en la vestimenta de los militantes. Por discreción.

Le besó.

—*Agur*.

—*Agur*.

Algo le dijo que ya no iba a verla más. Un presentimiento. Nadie supo si la cazaron al salir a la calle o antes de llegar al bar de la cita. Lo cierto es que a esa cita nunca llegó, pero sí al Bidasoa. Pero esa muerta informe, ahogada, hinchada, con rastros de hierba en la boca, no era Susana sino una caricatura grotesca de ella.

—Me la follé antes de ahogarla, *gudari* Aitor. Con preservativo, claro. A saber lo que tendría esa golfa allí dentro en su sucio coño.

Tenía los ojos vendados. No podía verle la cara. Y la pierna rota que había dejado de dolerle al oír esas palabras. Pero tenía la voz grabada a fuego en su cerebro y se dijo, que si salía, no iba a olvidarla. Y el olor acre que despedía su cuerpo sudado y que un perfume vulgar, Varón Dandy, trataba de paliar y se mezclaba con el rancio de su uniforme, porque todos los uniformes huelen a ropa vieja. Y Ducados negro. Con esa voz y ese perfume se había imaginado durante treinta años un rostro y un cuerpo. No coincidían. Como el de esos locutores engolados de la radio que luego resultan ser obesos mórbidos y nadie lo diría oyendo sus voces seductoras. Y eso le causaba cierta desazón.

CAPÍTULO 19

SEXO

—¡Puta!

El golpe lo recibe nada más entrar en la casa. En el pasillo. Sin tener tiempo a quitarse la chaqueta. Sorpresivo, lo que le impide cubrirse la cara. Es un bofetón. Fuerte y contundente. Propinado con furia y rabia. El golpe, en la cara, le parte el labio y Tiphaine sangra aparatosamente y se mancha el jersey *beige* que lleva. Tras el dolor, reacciona. Otras veces el miedo la ha paralizado. Ese jueves, a las nueve de la noche, no. Con las manos armadas por afiladas uñas intenta, en vano, alcanzar el rostro del agresor. Èric la coge por las muñecas, se las inmoviliza, se las retuerce de tal modo que la obliga, para no rompérselas ella, a arrodillarse lentamente sobre el suelo. Y cuando la tiene de rodillas, sangrando por el labio, le suelta una patada que va directa al pecho.

—¡Bestia! —chilla. Ha sentido el golpe en el pezón derecho. El dolor es muy superior al que ha sentido en la boca. Agudo. Como un pellizco brutal que intentara arrancárselo del seno.

—¡Puta, puta y reputa!

La suelta de las muñecas, pero es para golpearla con saña. Le llueven los puñetazos a Tiphaine que trata de cubrirse la cabeza con las manos y se arrastra por el pasillo con el vano esfuerzo de alcanzar la puerta, pero le detiene un estirón de los cabellos, una patada en los riñones, y se da por vencida. Èric la arrastra hasta el comedor, la lleva a la luz y entonces se detiene, asustado, ante lo que ve.

Una mancha de sangre espesa corre del labio de la francesa. Las mangas de su jersey están desgarradas.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento.

—Te voy a denunciar, hijo de puta —balbucea Tiphaine, entre lágrimas, tratando de incorporarse.

—No lo harás.

—Claro que lo haré, desgraciado. Claro que lo haré. ¡Medio hombre! ¡Maricón!

Le cuesta una eternidad levantarse, apoyándose en las paredes, dejando en ellas una huella de sangre, y se tambalea en dirección al teléfono. Èric la alcanza antes de que llegue, le echa las manos al cuello y aprieta con fuerza.

—Te mato porque te quiero, grandísima puta. Te mato porque te quiero, zorra asquerosa. Te quiero, te quiero, te quiero.

Lívida, sin respiración, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, Tiphaine tiene un último reflejo. Dobla la rodilla y golpea con todas sus fuerzas entre las piernas del atacante que la suelta, se tambalea, se lleva las manos a la zona herida y chilla de dolor.

Es entonces cuando Tiphaine saca fuerzas de su agonía, abre la puerta de su casa y baja las escaleras a trompicones y a ciegas, golpeándose con las paredes, hasta que alcanza la calle y, ya en ella, corriendo por la nieve, quiere gritar pero ningún sonido sale de su garganta estrangulada como si todavía las manos de Èric la

estuvieran estrujando, por lo que sigue corriendo, sin rumbo, Carrer Major hacia el centro del pueblo, rezando porque el bar Hiru siga abierto y sus dueños no lo hayan cerrado por falta de clientela.

Nadie pasea por las calles del pueblo. Nadie se asoma a las ventanas, pero sí se descorre algún visillo. Nadie ha oído los gritos ni los golpes.

Llegando a la plaza pisa hielo, resbala, cae de bruces y mancha con su sangre la nieve que sigue cayendo del cielo. Se arrastra, con las rodillas doloridas y magulladas, se apoya en un coche aparcado y consigue levantarse. No la ha seguido Èric. Está a diez pasos del bar, pero llegar le parece una eternidad. Hay alguien dentro, porque las luces están encendidas. Y con un último esfuerzo sube las escaleras de la plaza, atraviesa la terraza vacía pasando entre las mesas, empuja la puerta de cristal y entra.

Lo que ve le parece una pesadilla. Hay un solo cliente, de espaldas, tomando una cerveza, y Martín, el camarero, habla con él desde el otro lado de la barra.

—¡Dios mío! ¿Te has caído? —Sale el camarero para auxiliarla en cuanto la ve entrar y también lo hace el hombre que está sentado, dándole la espalda, que se baja del taburete.

Es Èric.

—¡Maldito asesino! —chilla Tiphaine cogiendo, al azar, un cuchillo que está junto a su tenedor y su plato en una mesa desocupada y blandiéndolo.

No logra alcanzar el cuello de su marido. Martín detiene su mano antes de que llegue.

—Pero, Tiphaine, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca?

—¡Me ha intentado matar! ¡Me ha intentado matar! ¡Me ha intentado matar! —chilla.

—¡Cálmate, Tiphaine! —ruega Èric, acercándose a ella.

—¡No me toques, hijo de puta! ¡No me toques!

—¿Te has caído?

—Tú me lo has hecho. Tú me lo has hecho —solloza, impotente, entre los brazos musculosos de Martín que la retiene.

Dos horas más tarde los tres están en el cuartel de los Mossos d'Esquadra de Vielha y el sargento Vila les toma declaración por separado mientras un número de la policía los graba con una cámara y escribe a ordenador el atestado. Se ha desatado el viento y gruesos copos de nieve revolotean por la ventana del despacho.

—Tu marido dice que te has autolesionado. Que te caíste en la plaza y te rompiste el labio.

Tiphaine ya no llora, ya no sangra y trata de mantener la calma.

—Eso es mentira. Me dio una bofetada, nada más entrar en casa, que me partió el labio. Luego me dio varias patadas e intentó estrangularme.

El sargento se acaricia la barbilla mientras escucha a la francesa.

—Todo eso que dices es muy grave.

—Y cierto.

—¿Por qué esa agresividad?

—Porque está loco.

—A ver, Martín acaba de declarar que tu marido llegó al bar Hiru antes que tú y no notó nada extraño en él.

—Corrió para llegar antes.

—Te creo, Tiphaine, pero un hombre no pega a su mujer porque sí.

—¿Te pones de su lado?

—No, trato de averiguar el motivo.

—Lo que te debe importar es la agresión. La agresión.

—El informe del forense es ambiguo.

—¿Qué quieres decir que es ambiguo? —chilla, levantándose.

—Verás… Sí, hay un golpe en la boca, un labio partido y sangre. Pero no puede determinar si fue de un bofetón o de una caída. Martín vio sangre en la nieve de la plaza. No apreció tampoco magulladuras en el cuello.

—¿Y la patada que me dio en el pecho?

—No ha apreciado ninguna lesión. Vamos a ver, Tiphaine. Él dice que no te maltrató, que hace días que estás muy rara, que sales con mucha frecuencia y nunca sabe dónde estás.

—¡Putos hombres! Tomas partido por él, ¿no es cierto? No vas a hacer nada. ¿No es cierto? Hasta que me mate.

—No consta ninguna denuncia tuya previa por maltrato.

—Me maltrató y no lo denuncié.

—Y te creo, te creo. Pero por las lesiones, si consigues probar que fue él quién te partió el labio, no conseguirás nada. ¿Por qué iba a maltratarte?

—Ah, eso es lo que te importa. Que te diga qué me pasa. Que te diga a quién me follo. Pues no te lo diré. No pienso decírtelo.

—Bien. Tú misma. Firma la denuncia.

El sargento Vila le alarga el impreso oficial. Tiphaine lo lee. Es su versión de los hechos. Estampa la firma al final del documento.

—¿Y él? ¿No hay orden de alejamiento?

—Tiene que haber juicio, Tiphaine, para eso.

—¡No hay orden de alejamiento! ¿Vas a permitir que ese cabrón me mate entonces?

—¿No tienes con quién ir?

—¿Y vosotros, a los que pago con mis impuestos que abono aquí y no en Francia, no me vais a proteger?

—Nada podemos hacer sin juicio, Tiphaine.

—¡Inútiles! —Tiphaine se levanta de su silla y sale de la oficina. A la salida cruza la mirada con Èric que permanece cabizbajo, sentado en un banco, esperando su turno. A su lado Martín pasea arriba y abajo como un oso enjaulado.

Ha venido en su coche. El Seat León. El Seat León blanco en donde antes de la paliza, en la pista de Sant Joan de Torán, bajo los copos de nieve, ha abierto las piernas y ha bajado sus bragas hasta los tobillos para que el teniente Muñiz se encaje en ella una vez más y se vacíe. Cuando la tiene debajo, entre sus brazos, le dice que la quiere. La quiere. Sí. La quiere suya. Una posesión de la que disfrutar de vez en cuando y que no le cause demasiados problemas. Y deja de quererla en cuanto se calma su deseo y se libra de sus brazos. ¡Putos hombres! ¡Putos egoístas!

—¿Y si quedas embarazada?

—Ayer se me fue la regla. No temas. Y si tenemos un hijo, mejor. Así te decidirás de una vez por todas.

El flamante cuartel de los Mossos d'Esquadra está a la salida de Vielha, un poco después de la rotonda que lleva a Vilac. Tiene la pinta de un enorme hangar de aviones, es metálico y en sus mástiles ondean las cuatro banderas: la de Europa, la de España, la de Cataluña y la de Arán. Tiphaine conduce rápida, con furia y con lágrimas en los ojos. Las luces de los coches que se cruzan con ella le deslumbran. Ha dejado de nevar y la nieve, retirada por las máquinas quitanieves, se amontona en los arcenes. Por un momento piensa en dar un volantazo e irse a estrellar contra un enorme camión que viene de frente. Pero no lo hace. Nunca hay garantías de morir, y vivir el resto de su vida en una silla de ruedas le parece una posibilidad insoportable. Llama, cuando deja atrás Es Bordes, al teniente Muñiz. Es muy tarde para que lo coja. Debe de tener su móvil en silencio. Insiste dos veces más y nada. Ni siquiera tiene activado el contestador automático. Llama entonces a su amiga paraguaya, a Lis.

—¿Dormías?

—No, guapa, estaba viendo la tele y tronchándome con los *frikis* esos que sus madres quieren casarlos. ¡Inútiles esos payasos! ¿Quién va a querer cargar con un mostrenco así? Ni pagando.

—¿Me puedes tener en tu casa?

Tres segundos de silencio.

—Pues claro, pero ¿qué pasa?

—Ya te lo explicaré.

—¿El cabrón de tu marido?

—Sí, me ha vuelto a poner la mano encima y ya no lo aguanto. Lo he denunciado.

—Hacés bien, chinita. Quizá tenías que haberlo hecho antes. Pero también es que sos una puta bien indiscreta, Tiphaine, que todo el mundo sabe cuando cogés, y eso no hay ningún macho que lo trague.

—¿Tú también?

—¿Yo también qué? No, chica, que estoy de tu lado, aunque sea por solidaridad de género. A los hombres que los zurzan. Te dejo la buhardilla. Estarás como una reina. Y no me des las gracias. Te espero despierta. Ardo para que me cuentes cosas, cielo.

Un ciervo astado, inmenso, cruza la carretera cuando cuelga y está a pocos metros de la rotonda de Bossòst. El animal, deslumbrado por los faros, no se mueve, permanece en el centro. Tiphaine frena. El coche se desliza, roza una pata del ciervo que salta entonces hacia delante y cruza la carretera a galope y se pierde en la oscuridad. La conductora consigue hacerse de nuevo con el control del coche y sigue hasta Eth Hiru, dos kilómetros más adelante.

—¡Putos machos!

CAPÍTULO 20

RUBIA

—¿Por qué te gusta *Suzanne?*

La Rubia se vuelve despacio. Está orgullosa de su cuerpo. Parece una vikinga de mirada fiera. Tiene los brazos y las piernas largas. Y fuertes. Parece una luchadora de barro. Se sube el tanga negro. Se abotona la camisa, a continuación. Le habla sin volverse del todo. El pelo es muy rubio, largo, y le cae por ambos lados de la cara, enmarcándola. Tiene rasgos fuertes, reseñables. Él permanece tumbado. Llueve contra la ventana en Bilbao.

—Porque de mayor seré como ella. Una indigente tirada bajo un puente que se la mamaré a los tíos por un bocata.

—¿Una indigente? ¿No serás una asesina profesional?

—Eso ya lo soy, niño. Pero a los cincuenta te falla la puntería.

Forman un *talde* perfecto. Bonnie and Clyde. No se estresan en demasía cuando tienen que hacer una acción. Susana Herráiz Bengoechea es su instructora. No le tiembla el pulso cuando acerca

el cañón de su pistola a su víctima y aprieta el gatillo a bocajarro. Dispara con los ojos abiertos y sin parpadeos. No le impresiona la sangre ajena. Es dura, vengativa. «Por Jon», suele decir, por lo bajo, cuando la víctima se desmadeja sobre la acera y el reguero de sangre corre por el asfalto hacia el desagüe como una interrogante.

—¿Quién es Jon? —le pregunta un día, después de follar.

No contesta ese día. Cuando folla se siente bien, relajada. Sus orgasmos son en rosario. Marcos le envidia. Le dice que es el tipo que mejor se la ha follado. Puede que sea un halago. La Rubia se ha follado a muchos etarras antes de que él cayera por su cama. Y hasta algún *madero* ha disfrutado de sus artes amatorias. «Me gustan las pollas», sonríe, alzando su mirada azul hacia el techo de la habitación.

—¿Quién es Jon?

Han examinado el plano de la entidad bancaria que deben atracar. La Kutxa de Errenteria. Un expolio para compra de armas que compaginan con secuestros. La organización necesita dinero. Un empleado, desde dentro, es su cómplice. Él sabe cuándo hay dinero. Él sabe el momento exacto en que deben entrar con las pistolas y hacerse con las bolsas de efectivo que acaban de dejar los *seguratas*, antes de que se abra la caja fuerte, cinco minutos críticos en los que el botín está al alcance de cualquiera.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Le nombras constantemente. Hasta en sueños.

La Rubia se prende un pitillo. Él no la acompaña. Hace días que tose y está griposo. La Rubia se rodea de un halo de humo y acaricia la culata de la pistola Parabellum que permanece sobre la mesa.

—Fue mi primer compañero. El que me metió en ETA. El que me folló por primera vez hace ya una eternidad. —Sonríe al recordarlo. La Rubia debe de tener cerca de cuarenta años, toda una veterana. Cinco más que él—. Y un día, zas, tuve un presentimiento. —Los ojos de Susana miran al techo, se enturbian—. Supe que no le iba a ver más. Supe cuando dejó la cama, se vistió y se fue para una acción, que iba a desaparecer. No me dijo qué iba a hacer. Pero ya

no volvió. Nadie supo nada de él. Sospechamos que fue a una encerrona y que la AAA o el Batallón Vasco Español le tendieron una trampa y lo liquidaron. No salió. ¿Sabes? Pero sé que está muerto, enterrado en algún lugar en cal viva por esos hijos de puta. Por eso, cuando mato a uno, les susurro al oído: «Por Jon». ¿Entiendes, niño?

Entiende, claro. Lo entiende mejor, lo que le dijo la Rubia, cuando la ve en la morgue sobre esa bandeja y no es un cuerpo espléndido sino un despojo, el despojo que un día de estos él mismo será. Cuando la Rubia ni siquiera es rubia, sino que tiene un cabello de panocha, lleno de briznas, y por su boca de pez brotan las algas embarradas del fondo del Bidasoa. Entiende su odio cuando ve su cuerpo fuerte, blando e hinchado, su piel reluciente, apagada y llena de hematomas, las señales de tortura en los pezones, el sexo que presume violado y es una herida más embarrada que se abre, profunda, entre sus muslos. Imagina en su interior barbos y anguilas.

* * *

Gira. Lleva días girando y desnudo. Dos vueltas a la derecha y, por la misma inercia del movimiento, dos a la izquierda. El suelo es un lodazal de orines y materia fecal, una superficie pastosa que él ya ha dejado de oler. Las esposas desgarran, a las 24 horas de llevar suspendido de la barra de hierro, la piel de las muñecas que están en carne viva y supuran un líquido parecido al pus. Permanece con los ojos vendados, sin saber si es de día o de noche. No ve, pero aguza el oído. Y el olfato. Para divertirse, o para aterrorizarlo, pasan números de la Guardia Civil por la sala de los tormentos. Prefiere a los que entran en grupos, que se centran más en burlarse de él que de martirizarlo, que los solitarios que se ensañan sin testigos con él. Se mentalizó contra la tortura, pero es casi imposible evadirla aunque hace lo imposible por volar sobre su despojo humano y levitar en el techo de la celda. Los fumadores apagan las colillas en su pecho. Algunos lo utilizan como saco de boxeo. Tiene el

estómago endurecido a golpes, puro cuero tenso en el que redoblan los puños cerrados. Pero conoce al que más se jacta de torturarlo. A veces sabe que está allí, aunque no lo vea, aunque no le haya oído entrar en la celda, sencillamente lo intuye sentado en una silla, observando cómo gira suspendido de ese tubo y sus brazos se alargan próximos a la dislocación.

—Eres duro, chico, pero de nada te va a servir. Te joderemos. Te joderemos con todas nuestras fuerzas. Todos hablan. La Rubia habló. Por eso estás aquí. La Rubia habló. ¿Lo oyes?

Sabe que es mentira. Que es una treta más para desarbolarlo. La Rubia no le puede haber denunciado aunque le hayan abrasado los pezones. Como él tampoco lo haría.

—La Rubia habló mientras me la estaba follando.

Ha decidido callar. No decir nada. No decir ni su nombre. Permanecer mudo. Morirse, si es preciso. Todos se mentalizan que pueden morir una vez se entra en ETA. Es más que una posibilidad. Es como lo que les ocurre a los escaladores que van una y otra vez a la montaña hasta que esta los despeña de un guantazo de viento o un puñetazo de hielo.

—¿Cuántas uñas tienes? ¿Las has contado?

Empezaron por la uña pequeña del pie izquierdo. Hubo tres momentos: el contacto con la tenaza, el lento estiramiento, el brutal arrancamiento. Cuando acabaron con el pie, el dolor era insoportable, como el de muelas agudo o una piedra en el riñón. Le quedaban quince. Quince estallidos de dolor. Y quizá la muerte. La organización les había dicho que lo mejor era callar, porque si se comenzaba a hablar ya no se paraba de hacerlo y el tormento crecía. Él callaba. Callaba por una Euskal Herria independiente y libre de esa gentuza chulesca que lo atormentaba, por una tierra en la que los traidores reposaran bajo montones de tierra verduzca y los que no se sintieran euskaldunes cruzaran la muga.

—Nombres. Nombres y te bajo de la barra y te curamos esos pies. Nombres, imbécil, antes de que hayas muerto.

—Aitor Abasolo.

—Ya sé que eres Aitor Abasolo. ¿Me tomas por un imbécil? Quiero más nombres. Tus compañeros de *talde*.

Cuando estaba solo, en esas horas largas e interminables sin luz, balanceándose, sentía las patas de las moscas en las heridas y se las imaginaba poniendo huevos en ellas. Los huevos eclosionarían y él sería pasto de los gusanos, como esa carne putrefacta que vio en algunos mercados de Oriente cuando viajaba. Un hervidero blanco, sus pies. Deseó que se los cortaran.

—Te alabo el gusto —le dijo tres días más tarde, cuando limpiaron el suelo a manguerazos porque el olor a mierda y orina era insoportable para los verdugos que entraban en la celda.

Se lo imaginó sentándose a horcajadas en una silla y apoyando la cabeza en el respaldo. Se lo imaginó con bigote, desde el primer día. Alto, puesto que la voz grave implicaba un cuerpo corpulento en el que resonaba como un altavoz. Se lo imaginó con el cigarrillo Ducados negro que siempre fumaba. Fuerte, porque un día le pellizcó la carne y se dio cuenta de que podía arrancársela.

—Te alabo el gusto con la Rubia. Me gustan las mujeres que no tienen pelos en el coño.

Eso no era una prueba. Había miles de mujeres que se depilaban el vello púbico.

—Y que tienen los pezones grandes. Los pezones grandes me la ponen dura, imbécil. Rosaditos y tiernos en tetas caídas.

Hay millones de mujeres con grandes pezones. A él también le gustaban. Odiaba los que parecían granos oscuros.

—¿Quién le hizo esa marca en el glúteo derecho?

Se dio cuenta el torturador que acertaba. Se removió el torturado. Giró a derecha e izquierda lo que le permitieron las esposas. Rugió bajo la venda.

—La Rubia se ha escapado.

Respiró hondo. Notó cómo se acercaba el guardia civil. Olía a rancio su uniforme verde oliva que no veía.

—La Rubia se ahogó.

CAPÍTULO 21

COTH

Se levanta con gusto a sangre en la boca. Una encía que pierde y una muela que le duele. Es renuente a visitar al dentista: ya tuvo suficientes sesiones de tortura. Baja a trompicones, y con desgana, las escaleras hasta la cocina, donde se hace el café, come un trozo de pan que previamente ha tostado y untado de aceite y azúcar: ayer se le terminó la mantequilla. Tiene dolor en el lumbago. Tose. Los años. Los putos años que le van desmoronando a uno hasta que te terminan disolviendo, piensa.

La noche ha sido tan larga como triste y demoledora. Los sueños y los recuerdos lo han torturado. No cree en el destino, ni en acontecimientos paranormales, pero lo cierto es que está aquí, en Eth Hiru, un pueblo de quinientas almas, no sabe muy bien por qué, y vive enfrente, que casi lo puede ver con los prismáticos, del hombre que le cambió la vida y se la dio, al mismo tiempo, alimentándola con su odio durante veinte años.

Leyó *La montaña mágica*, para apaciguarse. Durante una de las excursiones por la nieve, buscando intencionadamente el peligro de la «blanca nada» del paisaje nevado, que ejerce sobre él una romántica atracción, Hans Castorp se ve atrapado en una tormenta de nieve. Debe refugiarse del viento junto a una cabaña solitaria, en la que no consigue entrar. Bebe un trago de oporto. Él bebió un trago de *whisky*. Y entonces comenzó a dolerle el lumbago, un malestar que se extendía por encima de los riñones y le sacudía, como una descarga eléctrica, si quería agacharse. Así es que aprende a hacer todo con sumo cuidado, a colocarse los pantalones despacio, pierna tras pierna, aunque lo más complejo, sin duda, es atarse los cordones de los zapatos.

Mira el cielo. Se ha abierto una brecha azul. Mira esas cumbres nevadas que relucen con la luz del sol y de las que se levantan las tenues nubes que forma la ventisca. Y de repente quiere estar allí arriba, sintiendo el aire frío en la cara, bajo ese cielo limpio, purificador e infinito. Aunque el lumbago le aconseje no hacer esfuerzos.

—Algo contra la lumbalgia —pide en la farmacia que hay en la carretera cuyo termómetro marca menos 2 grados.

Observa al farmacéutico mientras va a su botica y busca los medicamentos. También le suena su cara, y, sobre todo, su corpulencia. Un físico parecido al del camorrista que se encontró días atrás, pasado de copas, en La puerta del cielo. Serán parientes.

—Esto es lo que le irá mejor. Voltarén gel y en pastillas. Una pastilla cada seis horas, siempre con la comida, o le daña el estómago. Las friegas cuando sienta dolor.

Las friegas quién se las va a dar, piensa. Desventajas de escoger la soledad, mientras paga y se mete los medicamentos en el bolsillo del pesado tabardo que le pesa más que le abriga.

Cuesta llegar. Lo bello casi nunca está al alcance de la mano. Ha dejado el coche abajo, junto a una señal, en un camino que sale a la izquierda de la carretera que sube al Portillón, que indica «Coth de Baretges», y sube andando esa pista infinita que remonta,

zigzagueando, un tupido bosque de pinos alpinos en el que se ve, de vez en cuando, algún majestuoso abeto. El aire se vuelve frío en algunos recodos, por donde corre el viento, y se calienta, protector, cuando regresa a la espesura del bosque donde los troncos gruesos de los árboles forman un muro vegetal que resguarda. Anda despacio, asegurando un ritmo constante, porque eso le permite, al tiempo que admira el camino, ir pensando. Se olvida, por la belleza del paisaje, de su lumbago.

Nadie sube por esa pista. No se oye casi ningún ruido, aparte de sus pisadas, el bramido lejano de un ciervo que lo ha olfateado o el vuelo convulso de un ave que huye de su árbol al verlo. Hay trozos de ese camino que son un barrizal; otros, simplemente un río que baja de las montañas y se sirve del curso labrado por los humanos para alcanzar el fondo del valle. A partir de determinada altura, los mil doscientos metros, aparece la nieve, y el hielo. Cuelgan de las paredes de roca carámbanos perfectos que crecen imperceptiblemente cada segundo alimentados por gotas que cristalizan en sus extremos y son enormes puñales afilados, el arma perfecta de un asesino puesto que se disuelven. Holla con sus botas nieve virgen, y sigue subiendo, sin detenerse más que para otear el paisaje del valle que aparece majestuoso a sus pies, avista de águila casi, una sucesión de bosques, prados y ríos que no parece tener fin. Cuando termina el bosque, cruza un gigantesco prado ahora cubierto por dos palmos de nieve. No está solo. Nunca lo está. Hay en la nieve huellas de pezuñas de distinto tamaño; huellas profundas de jabalíes que se hunden con su peso, y ligeras, volátiles, de los ciervos y corzos que saltan por la blanca superficie sin apenas rozarla. A medida que asciende el aire se hace más gélido, le azota el rostro cubierto por la barba. Y entonces aparece el milagro en medio de ese camino que sube, en su último tramo: sobre la línea ligeramente curva de ese inmenso prado blanco, que es como la línea de un horizonte, asoma la punta de una montaña afilada, un triángulo, cubierto de nieve que, a medida que avanza, crece hasta convertirse en una impresionante cordillera, un muro infranqueable

de piedra y hielo que se recorta contra el cielo. No parece real de tan bello. Avanza entonces, como en éxtasis, por ese prado nevado en el que sus botas se hunden, hasta dos pequeñas cabañas de pastor y un abrevadero helado. Se sienta en un banco de piedra de una de las cabañas, la que está a dos pasos del pilón, y contempla la impresionante visión del macizo de la Maladeta y su pico Aneto sobre el que se arremolinan nubes de plomo como una corona gaseosa. Y quieto, en silencio, sin mover un músculo de la cara, como si la belleza le petrificara, contempla ese espectáculo de naturaleza salvaje que le hipnotiza y le hace sentirse diminuto.

Permanece sentado, ajeno al paso del tiempo y del frío, atento a esa gota que cae del grifo al abrevadero en el que beben las bestias y se suma al agua congelada; a las nubes blancas que se deshilachan en lo alto del cielo y a las bajas que sumen el paraje, repentinamente, en una ensoñación nebulosa; al viento que, a rachas, se enfurece levantando polvo de nieve del suelo como se calma de repente, para tomar nuevo impulso con un bufido furioso. Vuelve a su infancia, a su pasado, a su vida de caserío, a sus abuelos, a su lumbre encendida, a ese olor de comida que impregnaba las paredes de piedra del hogar, cuando era inocente ante la vida y esta un libro en blanco del que todavía no había escrito más que el prólogo.

Piensa en el joven Hans Castorp que visita a su primo Joachim Ziemssen, enfermo de tisis, en Davos y acaba sucumbiendo al encanto del lugar. Ese lugar es un escenario parecido al que ideara Thomas Mann, aunque no haya ningún sanatorio para tuberculosos. O el sanatorio sea todo el valle, un gigantesco hospital sin muros ni puertas por donde corre el aire purificador que lo oxigena y le cura, que le cauteriza las heridas. En esos momentos, ante la majestuosidad de un paisaje wagneriano, el dolor del lumbago y ese otro más profundo, que es una carcoma, y viene de su odio, se diluye. La estancia de Castorp que iba a ser de siete días en el sanatorio de Davos, se prolonga a siete años. ¿La suya?

Quizá por eso ha venido a Eth Hiru, para contemplar esa visión en el Coth de Baretges, se dice mientras un escalofrío lo sacude por dentro, ese escalofrío aflora a sus ojos que se humedecen involuntariamente.

CAPÍTULO 22

CUELLO

Nieva. Empieza por la noche tras un día de tregua. La panadera le dice que habrá cinco centímetros en el pueblo. Se equivoca: son diez. La nieve pronto se hiela sobre las ventanas Velux. Reina en la casa abuhardillada una ceguera blanca y ese inmenso silencio que acompaña cuando los copos caen.

Marcos está en el garaje de la casa, junto a su coche. No tiene mucho espacio. Un tronco le sirve de tocón. Coloca otro grueso encima de él. Y lo ataca a hachazos, ajeno al dolor de lumbago. No le duele, no le duele, no le duele, repite. O le duele mucho menos que las perrerías que le hicieron cuando lo tuvieron setenta y dos horas interrogándolo en Intxaurrondo. Hace frío, pero pronto suda, se quita entonces el jersey de cuello alto, el forro polar y queda con su camiseta negra de manga corta que resalta los bíceps de sus brazos. Para cortar un tronco hay que tener cierta dosis de rabia y agresividad y técnica. Marcos la tiene, y la técnica la ha adquirido. El

hacha, en sus manos enfundadas con guantes que las protegen de las rozaduras, hiere ese viejo y grueso tronco una y otra vez, le hace una muesca que se convierte, a los quince hachazos, en una herida profunda a medida que lo golpea con furia y trozos de madera, virutas, le llueven sobre la cara. Se ha colocado unas gafas para protegerse los ojos. El corazón bombea con fuerza. Como cuando follaba a la Rubia. Porque tiene a la Rubia en su cabeza cuando corta leña, y al torturador sin rostro pero con voz. Descarga su ira y odio con el hacha sobre esos troncos inocentes. Brama de dolor de espalda. Pero sigue, obstinado, resuelto a vencerlo.

Habitualmente sabe cuándo un tronco se rinde y va ceder. Hace un ruido especial, entonces, de menos solidez, se queja con un crujido que indica su debilidad, y el hacha se hunde en su superficie quebradiza sin tanto esfuerzo. Esta vez le coge por sorpresa y el tronco se parte, sin más, cuando descarga con furia el golpe número veinte y el filo del hacha roza el suelo del garaje, desprende chispas, le tiembla en la mano, próxima a volar por encima de su cabeza. Se detiene, a tomar aire, mete los dos trozos del mutilado tronco en un capazo y sube para alimentar con ellos la chimenea que lleva ardiendo desde que se ha levantado para caldear la casa helada.

Lleva días sin salir de casa. Desde que empezaron las nevadas. Le duele la garganta y una tos bronquial le amarga las noches, no le da tregua, para acompañar su lumbalgia. Se desmorona, y lo irá haciendo en los años venideros hasta que se convierta en polvo y nada de él quede más que recuerdos en los que le conocieron. No se separa del fuego, que alimenta para que no se consuma, desde la mañana, cuando se alza de la cama y baja, cogiéndose a la barandilla, las escaleras de madera para tomar el desayuno. Lee. *La montaña mágica*, puesto que está allí, en la montaña mágica. Y ve alguna película. Pero, sobre todo, su mirada se fija en el chisporroteante fuego, en las brasas incandescentes, en el mugido de las llamaradas que devoran los leños que ha ido cortando y los convierten en materia incandescente y luego en humo, en nada.

El exterior es blanco. Al principio le gustaba, como todas las novedades. Ver caer los copos es un espectáculo que deja de serlo en cuanto estos caen durante una semana entera. Los ha estudiado. Hay copos que parecen leves algodones que bailan al son de las corrientes de aire en un enloquecido vaivén. Los hay que son duros como pequeñas piedras y hacen ruido al caer y cegar las ventanas. La nieve le asedia. Forma un muro frente a la puerta que día a día debe demoler a paletadas si quiere salir por ella. La nieve cubre los tejados, se desmorona, forma, en su lento deshielo, carámbanos afilados que penden de su balcón y amenazan al viandante con trepanarle el cráneo con sus puñales de hielo. Hoy nieva con ventisca, por lo que todo el paisaje que ve desde su ventana, ese lejano Coth de Baretges, queda como difuminado. A duras penas ve el enorme prado verde que tiene delante, ahora blanco, en donde suelen pastar los caballos que parece que coman nieve hociqueando. La Casa Cuartel de la Guardia Civil ha sido borrada por la intensa tormenta de nieve que azota el valle. De ella solo se distingue una luz. La de una ventana que se enciende primero.

Y en la que la faz del teniente Muñiz se refleja. La nieve le harta. Su próximo destino será Canarias. Están sus huesos hastiados de frío y sus pies cansados de hacer equilibrios por las calles del pueblo sobre láminas deslizantes de nieve congelada. Está cansado de la famélica Ana que se consume en vida y lentamente lo va consumiendo a él, que le lanza miradas aviesas cuando no la está mirando, que le reprocha que no le haga el amor cuando entra en la cama y él se sitúa en el extremo opuesto, lejos de ella. Humea un cigarro entre sus labios y piensa en Tiphaine y en el bruto de su marido cornudo. No le produce ningún placer recordar sus polvos gloriosos, sino angustia. Pega la nariz al frío cristal. Mira cómo cae la nieve, racheada, por el viento, y se imagina jubilado, como algunos números de la Benemérita que se quedaron en el pueblo y serán enterrados en el frío cementerio, al lado de la escuela, mirando a las montañas.

Tiphaine hace la maleta. De nada le ha servido que Lis, la Paraguaya, le diga que se quede con ella y con Alan, que no hay prisa, que la protegerán del bestia maltratador de su marido.

—Me voy a Francia —ha dicho, mientras mete la poca ropa, la cierra.

—Pero… chinita, ¿no irás a irte con este tiempo endemoniado? ¿Has visto cómo está nevando?

—Mañana por la mañana.

—¿Adónde?

—A Toulouse. Tengo un tío. Él me dará trabajo en su librería.

—Oye, que no molestas.

—Lo sé, Lis, y no sabes bien cómo te lo agradezco, pero ya no puedo seguir más en este pueblo, cruzándome con el cabrón de mi marido.

Lis chupa mate con las piernas cruzadas sobre la mesa y al calor del fuego que chisporrotea en su chimenea.

—¿Y el otro?

—¿Qué otro?

Tiphaine tiene la pequeña nariz pegada al vidrio doble del salón comedor. Ve caer la nieve. Ve la casa cuartel, la luz de esa ventana encendida.

—Todo se sabe, chinita. El teniente de los cojones.

Tiphaine se vuelve, furiosa.

—¡Ese se va a la mierda!

Hay relaciones que, llegado un momento, no aportan nada más que angustia, que no solo no te llenan sino que te vacían, que el momentáneo placer que producen no compensa el sufrimiento que generan, que sus consecuencias negativas son mucho más duraderas que el instante conciso del orgasmo. Tiphaine, piensa el teniente Muñiz mientras hunde la cuchara en esa pobre sopa de pan que le ha preparado Ana «la pelirroja» que se sienta a la mesa con mirada tensa y aferra la suya por el mango con furia soterrada. Le gusta que exista en ese momento, en el incómodo tálamo del coche;

pero luego le sobra, porque todos son problemas, y él no está para problemas.

—¿En qué piensas?

—En nada —contesta el teniente y remueve el pan, lo mezcla con el pimentón del plato hondo, revienta la yema del huevo, agita el conjunto antes de meterlo en su boca. Sopa de ajo.

—Dicen que la putita francesa ha denunciado a su marido por maltrato.

Está a punto de cuestionar lo de *putita*, pero pasa de hacerlo.

—¿Sí? No lo sabía.

—¡Pero te piensas que soy una imbécil, Toñín!

—No grites.

—No grites, no grites, no grites. Todo el mundo sabe por qué le ha pegado Èric. Todo el mundo menos tú que te la has estado tirando a la vista de todos.

—Me importa un bledo Èric, lo que le haga a su mujer y el coño de la francesa.

—¡No puedo más!

Deja de comer, junta sus enormes manos, frunce el ceño y lanza una mirada de amenaza a su mujer.

—¿Qué no puedes más?

—Estar en este pueblo y que me señalen como a una idiota.

El teniente Muñiz vuelve a la sopa. Se abrasa con una cucharada, pero sigue comiendo, como si nada.

—Pediré el traslado. Lejos. Lo más lejos de aquí.

—¿Adónde?

—Canarias.

—No te creo.

—Pues debes creerme.

A Marcos le haría falta un abrazo. Ahora. Cuando está solo y el fuego de la chimenea languidece por falta de combustible y a él ya no le apetece bajar al garaje a por más leña. Un abrazo de la Rubia que ya no está, pero sí estaba, ayer, cuando soñó con ella, cuando él volvía a balancearse suspendido de aquel tubo de cobre y el verdugo

le arrancaba una por una todas las uñas y él iba contando, retorciéndose de dolor, las que aún le quedaban.

No puede saber si se enamoró de Susana. No le dio tiempo a ello. La echó de menos desde el principio. Seguramente la ha idealizado, porque no existió realmente. De vivir difícilmente habrían terminado juntos. Ella era demasiado libre e independiente.

La llama se apaga. Pero no tiene ganas de bajar al garaje a por más leña. Además el dolor de lumbago no marcha a pesar de las friegas que se da con ese gel frío del Voltarén. Suena la alarma del despertador. Se toma una pastilla.

El pasado no existe. Es una nebulosa que solo se recupera en sueños que son tan reales como el presente. Dormita, en el sofá, después de retirar la vista de la película que daban y fijarlo en esa llama moribunda que se extingue mientras la casa se enfría y fuera, ya de noche, la nieve sigue cayendo sin pausa, para sepultarlos. Hace meses que no está con ninguna mujer. Desde que llegó al valle. Desde que Ségolène le mostró esa casa abuhardillada y algo en su interior le dijo que no había que buscar más, que esa era la casa tras la que andaba. No hay muchas opciones de estar con alguna mujer en el valle. No hay ningún burdel en doscientos kilómetros a la redonda. No hasta llegar a Lleida, después de dos centenares de curvas orillando dos pantanos. Un burdel sería un buen negocio, piensa, adormilado, con los ojos fijos en el fuego que se extingue. Un burdel con negras dominicanas de caderas infinitas, *jacuzzis* burbujeantes, heladería italiana y sala de juego con crupieres engalanados. Se sueña empresario. Y no sabe que, pared con pared, Tiphaine ya ha hecho la maleta, espera vestida en la cama que se haga de día para coger su coche y dejar atrás el pueblo, a su marido, al teniente Muñiz, a todo lo que le ha rodeado en su vida y empezar otra.

El silencio de la nevada lo rompe la nieve que se desploma de los tejados y cae sobre la calle cuando se acumula. Se envuelve Marcos en una manta, mete los pies dentro de ella, se abraza mientras apenas una brasa roja languidece en el interior de su chimenea.

En la pantalla del televisor un actor chino llamado Liu Ye liquida con un revólver a su profesor interpretado por Aidan Quinn. Un aspirante a premio nobel, cuya carrera se vio frustrada por el ego de su mentor, que se convierte en un asesino en serie y liquida a los profesores que lo ningunearon.

Se pregunta Marcos, en la soledad de su buhardilla, cuando el frío se adueña de nuevo de las paredes de madera de su casa, si él también fue un asesino en serie antes de empezar esta séptima etapa aquí. Sin poderlo evitar, pasa por su cabeza la lista de sus víctimas, desde la primera a la última, las vidas que se ha llevado la revolución sin que esta haya triunfado, la inutilidad de tanta matanza y sufrimiento que cuando la ejercía le parecía legítima pero ahora ve absurda. A muchos no les vio la cara, fue fácil hacerlo por la espalda; pero otros se volvieron, cruzaron durante un instante su mirada con la suya y él tuvo que apretar el gatillo con sus ojos clavados en su conciencia. El ruido de los disparos es seco, no tan espectacular como el de las películas. La sangre es espesa, pero deja de manar a los pocos segundos. A casi todos los mató con la Rubia. O los mató la Rubia. Él la cubría. Él la cubría luego, en la cama, cuando reclamaba sexo, vida, con el que ahuyentar sus fantasmas de sangre, muerte.

—¿No sientes nada?

—¿Cuándo?

—Cuando matas.

—Lo que siento, me lo guardo.

—Marcos Díaz Inurrategui —murmura el teniente Muñiz pegando la cara al cristal mientras Ana, «la pelirroja», fregotea los platos sucios de la cena.

—¿Qué dices?

—Nada. Hablaba conmigo mismo. Voy a dar un paseo.

—¡Con esta nevada!

—Sí, con esta nevada.

—Pues abrígate. No quiero cuidarte si caes enfermo.

—Gracias, eres un encanto, Anita.

—¿A quién vas a ver?

—A nadie.

—Me engañas. Vas a ver a tu putita.

—Calla la boca, Ana, y no me toques los cojones.

Se calza las botas, se enfunda en el anorak, se cubre la cabeza con la capucha, mete las manos en los guantes y baja las escaleras. El centinela de la puerta se cuadra.

—¡A sus órdenes, mi teniente!

—Tranquilo, chico. Buena guardia. Hace un frío del carajo.

—Ocho bajo cero marca, mi teniente.

Sale a la calle nevada y oscura y holla nieve virgen. Conoce la que se hiela por el ruido que hace. Esta cruje y quizá sea capa de hielo un par de horas después. Baja la pendiente de la calle hasta el Carrer Major, tuerce a la derecha y sus pasos le llevan a casa de Lis por una calle en la que la quitanieves ya ha hecho su trabajo y ha amontonado nieve sucia en las aceras.

—Buenas noches, teniente Muñiz, por decirle algo —ríe un patriarca dominicano que vive con los suyos en el extremo del pueblo y del que se quejan los vecinos por el volumen a que escucha vallenato.

—Buenas, Rodríguez. Ande para casa, que el frío aprieta. ¡Con lo bien que estaría en su islita!

—¡Bien muerto de hambre!

—Y aquí de frío.

Hay luz en el balcón de casa de Lis. Pero está oscuro el del forastero. Marcos Díaz Inurrategui, el nombre de un muerto. Podría afeitarlo para ver su cara. ¿Qué coño vino a hacer aquí? Saca el móvil y llama. Pero Tiphaine no lo coge. Se vieron donde siempre, en la pista forestal de Sant Joan de Torán, hoy por la mañana. Ella estaba muy excitada. Hablaba de forma muy rápida. No quiso sexo. No quiso nada. Protección. ¿De quién? Del bestia de mi marido que me quiere matar por ti.

—El bestia de tu marido te quiere matar a ti y por ti. No me metas en eso. Yo no tengo la culpa, ¿oyes? No me metas en tus líos.

—¿Me dejas sola?

—Oye, chica, no quiero complicaciones.

—¿Me dejas tirada, cabrón, cuando tengo un problema?

—No te dejo tirada, Tiphaine, pero mi situación es complicada.

—No lo era cuando me abría de piernas.

—Pero sí lo es ahora.

—Ahora que te necesito —sollozó.

—Arregla las cosas con tu marido.

—¡Y una mierda! Ese cabrón estuvo a punto de estrangularme y tú pasas de todo. ¡Eso es lo que me quieres!

—Nunca dije que te quisiera.

—Debí haberte grabado. Los hombres, cuando tenéis la polla dentro, decís toda clase de majaderías. Bueno. Mañana me voy.

—¿Adónde?

—A Toulouse. No aguanto esta mierda de país.

—¿Y qué harás?

—Trabajar. Te esperaré media hora. Junto al hotel Garona. De las siete a las siete y media.

—¿Me esperarás?

—Siempre me has dicho que quieres dejar todo esto, que te da asco tu mujer, que estás hasta las narices del pueblo. Te puedo buscar trabajo. Mi tío de Toulouse necesita un experto en seguridad. ¿Qué mejor que un guardia civil?

—No creo que vaya.

—¿No crees que vengas? ¡Cabrón! ¿No crees que vengas? Y lo enamorado que decías que estabas de mí.

—Nunca te lo dije.

—¿Nunca? Siempre.

Permanecen callados, en la pista cubierta con dos palmos de nieve mientras los copos caen lánguidamente sobre el parabrisas del coche formando una pantalla discontinua blanca. Un ciervo cruza despacio delante de ellos y los mira. Lo ven por ese trozo de parabrisas que la nieve, caprichosamente, no cierra.

—¿Me quieres follar por última vez?

Cuando el teniente Muñiz va a besarla ella le muerde y entonces él le suelta dos fuertes bofetones.

—¡Imbécil! —Y baja de su coche y se dirige a su cuatro por cuatro verde oliva de la Benemérita, chupándose el labio, restañando la sangre con la lengua.

—Martín, un Calvados —pide, sentándose a la barra del bar Hiru que a esas horas es un cementerio.

—Buenas noches, teniente. ¿Cómo vamos?

—Muertos de frío. ¡Mierda de invierno!

—Pues mañana más —le dice el camarero, llenando la copa.

—Tómate uno. ¿Y Silvia?

—En casa. No se encuentra muy bien.

—Con este puto frío, no me extraña. —El teniente Muñiz choca su copa contra la de Martín y la vacía de un trago.

—¿Y el forastero? —le pregunta tras mirar el programa de televisión del plasma que domina el bar.

—A Marcos no se le ve mucho por aquí desde que empezaron las nevadas.

—¿Se llama Marcos?

—Sí, claro.

—Se habrá largado.

—No, está en el pueblo. La panadera lo ve de vez en cuando.

Juega con la copa vacía, acaricia la gorra de visera que ha dejado sobre el mostrador.

—¿Qué crees que ha venido a hacer al pueblo?

—Aislarse.

—Aislarse —repite—. Que se marche a Alaska a aislarse. ¿Qué le dijiste el otro día al sargento Vila?

—Lo que vi.

—¿Y qué viste?

—Que a Tiphaine le habían pegado de hostias.

—¿Èric?

—Eso no lo dije. No lo vi. Èric llegó instantes antes al bar, con su coche.

—Pero sabes que fue él.

—Todo el mundo lo sabe, teniente. Y lo suyo con ella.

Antonio Muñiz clava sus ojos en los de Martín, pero el camarero no baja la vista, mantiene la mirada.

—No hay nada con ella. ¿Oyes? Nada.

—Dígaselo a Èric.

—A ese cojo de mierda le pegaré dos hostias cuando lo vea.

Bueno, me voy. Hasta mañana, chico.

—Cuídese, mi teniente.

De regreso a casa, cuando enfila la cuesta que le lleva a la casa cuartel, cuya nieve ya se ha helado y ya no cruje bajo sus botas, tiene un extraño presentimiento, como si alguien, desde alguna ventana, lo tuviera en el punto de mira de su escopeta. Se vuelve bruscamente, como lo hacía en Euskal Herria en los peores años del plomo, cuando había que revisar los bajos de los coches, no comprar según qué diario y no hablar nunca de política en las tabernas. No ve nada, pero presiente el movimiento de un cañón de una escopeta. Acelera el paso y entra. El centinela se cuadra. El mismo de antes al que le quedan tres horas de guardia. Huele a coñac. No le reprende. Sube a galope las escaleras. Entra en casa y se quita el uniforme. Ana respira ruidosamente en su dormitorio, por la nariz tapada y las vegetaciones. Se desnuda y la desnuda, sin prender la luz. Desliza sus bragas de color carne por sus piernas delgadas hasta quitárselas por los pies. Hace un esfuerzo y la folla. Es delgada, no tiene pecho, no tiene caderas, no tiene las nalgas redondas y los pezones dulces de Tiphaine. Pero piensa en Tiphaine mientras Ana, «la Pelirroja», anuda sus piernas a su cintura y jadea torpemente, despertando, sin saber si es un sueño o realidad lo que está pasando.

—Me gusta, me gusta, me gusta, Toñín.

Seis horas más tarde el Seat León blanco de Tiphaine permanece media hora detenido junto al aparcamiento del Hotel Garona con los intermitentes encendidos y el limpiaparabrisas oscilando a derecha e izquierda para sacar la nieve que está cayendo. Derecha e izquierda,

derecha e izquierda, derecha e izquierda. Puede hipnotizar. Antes de arrancar mira angustiada por el espejo retrovisor. No ve a nadie en la carretera, ni en las aceras, a esas horas y con la copiosa nevada que está cayendo. Arranca llorando y deja el pueblo atrás, sin volverse ya a mirarlo. Entrando en Francia estrella su coche contra un camión que viene de frente. Se incendia y arde.

CAPÍTULO 23

CARBÓN

Las campanas del pueblo tañen a difuntos. Lo hacen de tarde en tarde, cuando algún vecino pasa a mejor vida. Es un toque lento y que se alarga en el tiempo. Cada campanada oye su propio eco. Pero antes el pueblo ya se ha preparado, ya se ha hablado del futuro muerto en las tertulias que se improvisan en el Hiru al calor de una copa, o en los corros de beatas que se forman a la salida de la iglesia. Hay una lista por edad, pero también por enfermedad. La muerte es tan natural como la vida en el pueblo, pero a la primera la señalan para que los vivos tomen nota de que un día ese sonido será en honor a ellos.

Hoy tañen sin que nadie presintiera esa muerte y Lorenzo, el cura colombiano que se ha hecho cargo de la parroquia de Eth Hiru, dirige unas palabras a los reunidos en la iglesia para despedir a Tiphaine, o lo que queda de ella: un amasijo de carne quemada sobre huesos retorcidos que pudieron sacar los bomberos de Vielha

con las radiales de su coche en llamas en la primera curva de Francia.

Hoy el teniente Muñiz está crispado mientras Ana, «la Pelirroja», se muestra especialmente risueña. La conciencia, o lo que queda de ella, le golpea al miembro de la Benemérita en la boca del estómago. No puede disimular su expresión abatida ni suavizar el rictus amargo de su cara desde que supo lo sucedido. Se siente culpable, él que nunca se sintió culpable de lo que hizo. Se siente culpable y solo espera que esa sensación desagradable que planea sobre su estómago, que le ha atragantado el café de la mañana, dure el menos tiempo posible y el recuerdo de Tiphaine se desvanezca y deje de atormentarle.

—A todas las putas les llega su San Martín.

No responde a Ana, cuando la oye. Le sorprende su reacción de odio. Le incomoda su crudeza.

Marcos lee, en el interior del bar Hiru, en una mesa alta pegada a la cristalera, *El País*, cuando tañen las campanas. Martín le pone la copa de cerveza y unas patatas bravas, obsequio de la casa, con salsa rosa, una mahonesa con tomate frito.

—¿Quién se ha muerto?

El camarero que lee a Thomas Mann no puede creer que la pregunta de Marcos no forme parte de una retórica del despiste. Es invierno, en la calle está a punto de nevar pero él solo viste una camiseta negra de manga corta con la que luce brazos robustos de *aizkolari*.

—¿Lo dices en broma, no? ¿No te has enterado de que ha muerto Tiphaine, la francesita?

Marcos abate el diario.

—¿Esa chica? ¿Una que me pidió fuego días atrás en la terraza?

—Sí, la mujer del guarda forestal. Se suicidó. Se empotró contra un camión en la primera curva que hay entrando en Francia.

Habla el páter de la difunta, ante una reducida audiencia, tratando de glosar las virtudes de la que se ha ido tan por sorpresa que nadie se esperaba tenerle que hacer un hueco en el cementerio

del pueblo. Antes de hacerse cargo del oficio ha tenido una lucha ética consigo mismo: una suicida no puede entrar en una iglesia ni ser enterrada en tierra santa, pero a Tiphaine le queda el beneficio de la duda. En primera fila del templo románico un crispado Èric, vestido de negro y con la camisa arrugada. A su lado sus amigos, Roque, el psicópata, y Miguel, que ha pedido permiso en la serrería Safont para asistir a la ceremonia. En primera fila, pero a la izquierda, familiares franceses de Tiphaine: su tío de Toulouse y sus dos hijas. En otro banco, Lis, la Paraguaya, que mira al viudo con profundo odio, como si quisiera sacarle los ojos. Detrás de ella Xabi Azpeitia, el dueño de La puerta del cielo. En otros bancos Sarita, la carnicera, a quien Tiphaine le recordaba a su hija desaparecida, Tere, la de La Trastienda, y el dueño del Hotel Garona. Y las beatas, cubiertas con velos negros, que se apuntan a cualquier deceso porque no tienen otra cosa que hacer. También está el alcalde, que se siente obligado a asistir a todos los entierros de sus vecinos porque despedirlos va con el cargo. Como concesión a la finada, el páter entona una canción en francés.

—Allez, jeune fille àla rencontre de Dieu Tout Puissant. Aujourd'hui ce n'est pas un jour triste sinon joyeux, parce que tu as pris ce chemin avant nous tous[6].

El cortejo fúnebre lo forman cuatro coches. Las beatas se desentienden de él y regresan agrupadas a sus casas, cuchicheando, porque hoy tienen tema suficiente que ir deshilvanando. Sigue el frío intenso y el cielo ha dado una tregua aunque todo el suelo está cubierto de nieve. Cruzan los coches, siguiendo al de la funeraria con el ataúd, el río Garona, derrapan en la ligera pendiente del puente que no ha limpiado la quitanieves, toman el camino de la escuela y giran cuando esta se acaba y empieza el cementerio. Cuesta abatir las puertas metálicas que se abren en su muro blanqueado, por la montaña de nieve que hay acumulada. Èric, Miguel, Roque y Xabi, bajan a hombros el féretro del coche funerario negro. Pesa la madera, pero no lo que contiene. Ya la sepultura está abierta y empieza a nevar entonces, débilmente, y a soplar un aire

gélido que viene del Coth de Baretges y nace en el Aneto. Con cintas de cuero, bajan el féretro hasta el fondo de ese agujero helado, y luego los cuatro amigos, con sus trajes oscuros y los zapatos de vestir hundidos en la nieve, la entierran con paletadas de tierra y hielo.

—Bueno. Ya está —dice Roque dando un fuerte abrazo a Èric.

Y este responde, dejándose abrazar por cada uno de sus amigos.

—No, no está.

La Paraguaya se ha quedado lejos, a distancia, para no cruzarse con Èric, porque tiene el genio vivo y no se cree capaz de controlar su impulso de abofetearlo. Y mira al cielo, esperando que la amiga francesa pueda volar por esas montañas ahora, libre de su cuerpo, y cruce la frontera.

—Tú, que querías dejar el pueblo. Y a él regresas, chinita, para siempre.

Cuando anochece y Eth Hiru está desierto, un hombre que camina con las manos en los bolsillos del pantalón y el cuello del anorak alzado, para protegerse de la nieve helada que cae del cielo oscuro, abre la puerta del cementerio, holla la nieve virgen, que ha estado cayendo toda la tarde y ha cubierto las pisadas, y se acerca a la tumba de Tiphaine sobre la que sus parientes franceses han dejado un ramillete de rosas blancas y una pequeña lápida grabada con su nombre: *De ton oncle et vos cousins. Vous serez toujours présent dans nos coeurs*[7]. El hombre permanece cinco minutos, el tiempo que tarda en consumirse el cigarrillo prendido que lleva en sus labios, Ducados negro, y luego sale del cementerio, tras cerrar la verja de la entrada, y regresa al pueblo, luchando contra la ventisca. El termómetro de la farmacia marca, a esa hora, ocho grados bajo cero. Pero él, dentro, tiene más frío.

Y de repente, sin buscarlo, le viene un nombre que le ha estado rondando por la cabeza desde que vio por primera vez al forastero: Aitor Abasolo.

CAPÍTULO 24

ROSTRO

—Dos copas de cerveza, Martín. Le invito.

Cuando el teniente Muñiz entra en el Hiru, dos palmos de nieve sepultan las mesas y sillas metálicas que el camarero no ha guardado y sufren las inclemencias del tiempo en la terraza. A la nieve copiosa de la mañana, le sigue una menuda que el viento' convierte en un revoloteo incesante y se mezcla con la que el mismo aire arranca del suelo. El agente de la Benemérita abre la puerta, otea las mesas ocupadas, distingue de espaldas, junto a la barra, a Roque y a Miguel, amigos inseparables, que no se giran a mirarle, y en la mesa que está pegada al cristal, la que más luz tiene, al forastero, que pasa las páginas del diario sin prestar demasiada atención a ninguna de sus noticias. Se acerca a él, se sube a uno de los taburetes y es entonces cuando cursa su petición.

—No le importará que le invite, ¿verdad? —le dice, en un tono de voz confidencial.

Marcos deja de leer y se enfrenta entonces a la mirada directa de Antonio Muñiz y este no sabe que el exetarra, como un perro sabueso, lo está olfateando para cerciorarse. Se miran los dos a los ojos, sin parpadear. Los azules de uno frente a los castaños del otro. No ha tenido nunca tan cerca Marcos a un guardia civil cómo lo tiene en ese momento.

No tiene buena cara el teniente de la Guardia Civil. A las ojeras profundas del cansancio y una noche de insomnio se unen las arrugas del entrecejo y algún pelo blanco que platea su bigote. No ha dormido esa noche después de su visita al cementerio; se la ha pasado vagando por las calles del pueblo y los pocos vecinos con los que se ha cruzado le han negado el saludo. Ha regresado luego a su casa, la obsequiosidad de Ana le ha encrespado. Se ha ido a dormir al sofá, tras negarse a compartir la cama y allí, en silencio, ha encadenado cigarrillo tras cigarrillo y vaso de coñac con otro hasta que ha clareado y el fuego de la chimenea se ha apagado.

—Aquí van, y un plato de muertas de la casa —dice Martín dejando sobre la mesa dos copas llenas de Mahou, llevándose la vacía, y un plato de aceitunas negras.

—¿Le gusta el tiempo de este puñetero lugar? —pregunta el teniente.

Marcos tarda un segundo en contestar.

—Termina cansando —reconoce.

—Ajá. Veo que empezamos a entendernos. «La mierda blanca», la llamamos aquí. Es como si nos cagaran encima.

—Pero de la que vive el valle. Para los de Baqueira es el maná blanco.

—Claro, claro. Nunca nieva a gusto de todos. Brindemos.

Marcos levanta la copa mientras se siente escrutado en su más mínimo gesto por el guardia civil.

—Por Aitor —dice el teniente Muñiz mientras choca su copa contra la de su adversario.

No se traiciona al escuchar su verdadero nombre. Ni le tiembla el pulso. Ni parpadea.

—¿Y ese quién es?

—¿Y ese quién es? —repite el guardia civil, con retintín—. Tú, mierda. Tú. Está claro.

Las pocas dudas que tiene Marcos sobre la identidad de su torturador se despejan con el sonido de ese nombre sobre el ruido ambiente del bar Hiru. Cierra los ojos, sin hacerlo, y se concentra en la boca del guardia civil. Aísla su voz y hace un viaje veinte años atrás, cuando estaba en sus manos y era un pedazo de carne sangrante colgado de una barra y comido por las moscas. La voz sigue siendo tan ronca e hiriente como los golpes que propinaba. No había atisbo de piedad en el torturador y sí odio extremo.

—No conozco a ese Aitor —dice comiendo una aceituna del platillo y dejando su hueso pelado en la esquina.

El bar está lleno, porque es domingo y hace mucho frío fuera. Dos clientes fumadores echan un pitillo en el exterior, pegados a la cristalera tras la que permanecen en silencio Marcos Díaz Inurrategui y Antonio Muñiz Parra. El televisor de plasma colgado de una esquina del bar, junto a la puerta de los lavabos, retransmite un partido de fútbol, pero nadie parece estar pendiente de sus jugadas porque no es el Barça ni el Madrid.

—¿A qué has venido a este pueblo?

—¿Es un interrogatorio?

—Es una pregunta.

—A descansar y olvidar —se sincera Marcos.

—Olvidar —repite el teniente de la Guardia Civil.

—Olvidar cuánto le jodieron la vida a uno.

Ha desaparecido, como por ensalmo, la mirada furiosa en el rostro del teniente. Juguetea con el borde de la copa pasando el pulgar por él y lamenta no poder fumar, por la ley antitabaco, con un cigarrillo que aprisiona entre sus labios delgados.

—¿Hay un momento en que te joden la vida? ¿O te la joden siempre, filósofo?

—Sí, hay un momento preciso en que te joden la vida, en el que, a partir de entonces, ya nada es igual. Todos tenemos uno.

—¿Y cuál fue ese, Aitor?

—No me llamo Aitor. Me confunde con otro.

—Quizá tengas razón, quien seas. Hay un momento en que se nos jode la vida. Y hay alguien que nos la jode. Hay un momento en que todo va bien, y otro en el que todo se tuerce. Y la miel se torna vinagre. Yo llevo un recordatorio de ello.

—¿Qué clase de recordatorio?

—Una cicatriz. Ahora es un pellizco en la carne, en el pecho, pero todas las mañanas me lo veo al ducharme, para que me acuerde de esa otra vida y de que vivo de milagro.

—¿Un disparo?

—¡Bingo, Aitor! Un disparo que no me mató porque a mi verdugo se le encasquilló el arma cuando tenía que darme el tiro de gracia en el suelo y por eso estoy yo aquí ahora, hablando contigo, después de veinte años.

—Quizá dudó y no se le encasquilló el arma.

Mueve la cabeza el guardia civil y moja su bigote en la espuma que orla su copa de cristal.

—Un sicario no duda, es una máquina de ejecución. ¿No es así?

—No sé lo que pasa por la cabeza de un sicario.

—Yo sí. He perseguido, durante mi vida, a un montón de delincuentes, pero los peores han sido los etarras. Esos matan con saña y sin pestañear. Sí, uno de esos hijos de puta que aún no tienen redaños para sacarse la máscara y hablar a cara descubierta, disparó y me dio.

—Puede que fuera hijo de puta, pero mataba por ideales. ¿Y el teniente de la Guardia Civil de Intxaurrondo está muy satisfecho con todo lo que hizo por un sueldo miserable?

Nota Marcos que su pregunta le da directa en el plexo solar. Lo siente descolocado e incómodo al teniente. Nombrarle el tenebroso Cuartel de la Guardia Civil y cambiarle la cara.

—Cumplía mi deber.

—¿Hizo cosas que no hubiera hecho si no hubiera sido por ese cumplimiento del deber sagrado?

—Cumplí con mi deber.

—¿Asesinar, violar y torturar forma parte de ese deber?

No responde sino que mira al exterior, a esos dos fumadores que vuelven al interior del bar frotándose las manos mientras la nevada arrecia y subraya con un grueso trazo blanco las siluetas de los coches aparcados.

—Hace unos días murió una chica joven de este pueblo.

—Lo sé. La francesa.

Antonio Muñiz Parra no mira a su interlocutor sino a la nieve que cae sin tregua. A su pesar, un brillo empaña sus ojos y lamenta no llevar sus gafas de sol para ocultarlo.

—Pude evitar su muerte y no lo hice.

—Quizá no supiera que se iba a matar.

—Pero… ¿sabes una cosa, quien seas?

—No, yo no sé nada de usted.

—No voy a dejar que el remordimiento me arruine el resto de mi vida. Tomar la decisión para salvarla habría sido pagar un precio que yo no estaba dispuesto. Y sí, claro, la quería a mi modo, no cómo ella necesitaba.

—Siempre llega un momento en que hay que optar.

—Y optamos por uno mismo.

—Veo que estamos de acuerdo.

El teniente Muñiz fuerza una sonrisa a su rostro pétreo y se vuelve hacia la barra.

—Martín, dos cañas más para sellar una amistad.

Se miran en silencio los dos hombres mientras el ruido ambiente aumenta por la entrada de un grupo numeroso de turistas franceses. Martín deja las cañas y se lleva las copas vacías.

—Hay riesgo cinco de aludes —les dice.

—No me van a ver hoy por la montaña. Como si se tragan todo el puto valle.

El guardia civil alza su copa.

—Brindo por borrar mis recuerdos. Yo no soy culpable de lo que hice hace veinte años. Ya no soy ese. Como tú no eres Aitor Abasolo

sino Marcos Díaz Inurrategui. Ni soy culpable de lo que he dejado de hacer hace dos días.

—No conozco a ningún Aitor Abasolo, pero brindo para que los recuerdos me permitan seguir viviendo o los borre para siempre.

El guardia civil frunce el ceño, escruta a su oponente.

—Sé quién no eres.

—¿Por qué?

—Porque llevas el nombre de un muerto.

—Y el que lleva el nombre de un muerto busca a un hombre sin rostro.

Se miran en silencio los dos hombres, frente a frente, sin pestañear.

CAPÍTULO 25

HORA

—Bien, llegó la hora.

El cielo da una tregua. Gris de plomo, pero se aguanta sin escupir nieve sobre nieve. También el viento se reserva. Se abate sobre el valle blanco una calma tensa. Pero un tordo muere y su cuerpo color canela, encogido, sin patas, cae sobre la nieve, queda medio enterrado en ella. Los pesados caballos percherones pardos hociquean buscando hierba congelada que llevarse a sus protuberantes estómagos. Los carámbanos que cuelgan de los tejados de pizarra se derriten gota a gota y son cuchillos de hielo que amenazan. Un vecino recoge la nieve, que le impide salir con su coche del garaje, a paletadas, y otro vecino, tras el visillo, lo observa y piensa que él lo haría mejor. Una beata prende la vela roja que llamea en la hornacina de la esquina de un viejo muro en honor de una diminuta virgen. Un perrazo rottweiler ladra furioso dentro de su caseta porque su amo no le saca en días y ante él se alza un

reguero de mierda. Martín sirve cervezas, viendo la nieve caída. La Paraguaya sorbe mate entre las revistas, periódicos, libros y chuches de La Flor de Lis mientras reniega de la Kirchner, de su bótox y sus labios recauchutados.

—Bien, llegó la hora.

La hora de sacudirse el cuerpo de Ana, «la Pelirroja», que le persigue a diario desde que sabe que Tiphaine solo es un fantasma. De desanudarse de sus brazos, de huir de su boca pegajosa y húmeda que lo busca bajo el pantalón del pijama y sacarse esa mano huesuda del miembro que se resiste a enderezarse entre el círculo de sus dedos. No le apetece, pero, sobre todo, no quiere.

—Basta. ¡Qué te estés quieta, cojones!

—Ya no te vas a poder follar a tu putita francesa.

Le asquea que le hable de ese modo. Le asquea su apetito de sexo que creía ya muerto entre sus piernas de sarmiento. A Antonio Muñiz Parra el deseo se le ha congelado como los carámbanos de hielo que cuelgan, picudos, del techo de la casa cuartel o el trapo rojigualdo que no ondea porque es puro hielo y más parece veleta que bandera. En la ducha, bajo el vaho del agua caliente, mientras se restriega, huye de esa imagen de coño húmedo y joven que le hizo perder la cabeza y ya no existe, no es más que un recuerdo que vivirá en su cabeza hasta que los años lo extingan y entonces empiece a dudar si fue verdad. Como esa conversación que tuvo con el forastero. Y el mismo forastero. Y lanza un puñetazo furioso contra la baldosa blanca que cubre la pared de la ducha, tan fuerte que se rompe uno de los pequeños huesos de su mano izquierda y esta se hincha bajo el agua y el jabón.

—¡Puta mierda!

—El desayuno, Toñín. —Y golpea la Pelirroja la puerta de embero del cuarto de baño, con euforia hiriente, como si ella la hubiera matado.

Revisa el arma, la nueve milímetros Parabellum, su arma clásica, el bolígrafo con el que firmaban sus sentencias de muerte, y las seis

balas de su cargador metidas a presión en él. Las balas de las pistolas siempre le parecieron supositorios de cera. Recuerda, mientras lo hace, la última vez que la utilizó. Hace memoria de quién, dónde y cómo recibió los disparos. Una mujer. Una jueza. Bilbao. Un tiro en la espalda, dos en la cabeza, en la coronilla, lo que le libró de verle la cara. De su edad. La suya. Más tarde supo que dejaba tres hijos. Él nunca los tendría. Con nadie. Introduce el arma entre la camisa y el pantalón con el seguro puesto. La siente cerca de su pene. Se cierra la cremallera del jersey de cuello alto y rayas resaltadas hasta el cuello. Se echa encima el anorak acolchado. Se anuda los cordones de las botas con fuerza tras ponerse calcetines de lana térmicos. Y espera tras el cristal de la vidriera de su salón comedor mientras enfoca los prismáticos, hace un barrido con ellos por la nieve acumulada en el prado de enfrente y los fija luego en la Casa Cuartel de la Guardia Civil, en su entrada, en la verja que encierra sus Nissan Patrol verde oliva y donde no ondea, por tiesa, la bandera de su España.

Tose. Lleva a cuestas un catarro mal curado que se acentúa por la noche. Compró en la farmacia Bisolvón, Couldina, pastillas de limón y miel, y aun así, al tragar, siente una lija en su garganta. Y el lumbago le da pequeñas treguas, pero lo dobla cuando se levanta de la cama, una acción que tiene que hacer a cámara lenta si no quiere sentir una descarga de dolor.

—No, no está —dijo en el cementerio, ante la tumba de Tiphaine.

Y no está. No está dentro de sí desde que los Mossos d'Esquadra llamaron a su puerta para decirle que Tiphaine había muerto en Francia. Dos mossos del pueblo, los que se visten de romanos en la procesión de Semana Santa. No está dentro de sí desde que tuvo que reconocerla y no pudo reconocerla porque nadie es capaz de imaginar lo que queda de uno tras el paso del fuego por la carne y los huesos, un soplete que funde de forma grotesca cualquier rasgo y lo hace irreconocible. Tiphaine era como plástico quemado que olía a barbacoa en aquella litera de metal que apenas llenaba con sus restos. No estaba borracha, no había tomado drogas, no había

dejado carta alguna, no estaba su Seat León averiado, pero ella estaba muerta.

—¿Es ella?

No, no es ella. Muerta para siempre por culpa de un hijo de puta que se la tiraba en vez de tirarse a la bruja de su mujer arrugada como una pasa y agria como un yogur. Un hijo de puta que se reía de él y no calibraba las consecuencias de sus polvos. Tenía la imagen del hijo de puta sudoroso y excitado metiendo su polla en su mujer cuando apretó el cuello de ella, en el pasillo. Una polla gruesa que entraba y salía en su coño abierto, como un émbolo, y lo llenaba de leche blancuzca. Bebe coñac, la cuarta copa, y solo ve ese cuerpo convertido en masa de carbón en la que no hay ojos, ni pelo, ni nariz, ni tetas, ni culo, ni ropa. Nada. Y ve la cara del hijo de puta riéndose en sus narices, bajo su bigote, con su pistolón en la cadera. Lleva tres días encerrado, desde que la enterró, y no abre a nadie. No contesta al teléfono. No responde a los gritos de Roque y Miguel que le tiran piedras a los cristales para que dé señales de vida. No vive.

—No, no está.

Hay nieve acumulada en la pista que lleva al Coth de Baretges, el mejor mirador de la Maladeta, la sierra maldita de la que emerge el Aneto, la cumbre del Pirineo. Este año la nieve bate récords históricos. Ni los más viejos del lugar recuerdan un invierno con tantas nevadas. Si no estuviera comprimida, la nieve alcanzaría una altura de quince metros. Comprimida, por su propio peso, llega a cuatro metros.

Un tipo con raquetas amarillas y un pitillo encendido sube por la cuesta nevada de la pista que tiene forma de embudo con los bordes amurallados y el centro hundido. A pesar de las raquetas, se hunde hasta media pierna, pero sin ellas desaparecería por entero como tragado por arenas movedizas. Ha dejado el coche en la carretera que va a Luchon, doscientos metros antes de culminar el Portillón, en una curva y pegado a la muralla de dos metros de nieve que ha

sepultado la señal que marca la pista de la que solo emerge medio círculo rojo que desaparecerá con la próxima nevada. Lleva las solapas del anorak verde oliva del cuerpo alzadas, las manos cubiertas con guantes de lana y una gorra de visera verde oliva con el haz de lictores y la espada cruzadas. Absorto en sus propias pisadas, en el ruido que hace la nieve cuando se hunde en ella, no se fija en el cielo, en la belleza espectral de ese bosque que le contempla envuelto en una luz blanca que sale del suelo, en las esculturas de nieve que el azar ha dejado bordeando las piedras y troncos del camino, suavizando sus aristas, devorando sus formas. Sube sin rumbo, sin saber adónde le van a llevar sus pasos y furioso consigo mismo, con ese llanto congelado que no termina de salir de sus lagrimales por el frío que hace, frío que hiela y endurece las puntas grises de su bigote. Huye. Huye de veinte años que le quedan de estar con la Pelirroja, allí o en Canarias, qué cojones le importa si está con ella. Huye de lo que pudo ser si hubiera cogido ese Seat León que le estuvo esperando treinta minutos con los intermitentes encendidos junto al Hotel Garona y no tomó por comodidad o cobardía, por ambas cosas, porque su vida ya está trazada y no quiere ningún viraje brusco en ella. Huye del forastero que le obliga a viajar a su pasado y a verse reflejado en alguien que no le gusta y no puede evitar haber sido. Interrogó. Fue duro. De acuerdo. Pero eran tiempos duros en los que caían uno detrás de otros los compañeros, asesinados por la espalda, con un tiro en la nuca o volados por los aires. ¿Iban a tratarlos con guantes de seda? —Los Mossos te detendrán, malnacido, pero yo no podré canearte, cabrón de mierda.

El cazador se embosca en la espesura esperando a su presa. También lleva raquetas, porque para moverse entre tantas toneladas de nieve que sepultan el paisaje son necesarias. Se mueve bien entre los árboles porque lleva haciéndolo desde que nació y su padre lo llevaba al bosque. Reina el silencio absoluto en esa foresta nevada cuyos altos abetos acumulan en sus ramas mojones de nieve que caen por su peso o por un soplo de aire. Va a cazar un jabalí.

Prefiere el jabalí a los ciervos, por sus colmillos retorcidos que llevan la amenaza de muerte en sus puntas, por su aspecto porcino. Así es que, conocedor de todos los rincones de la montaña, camuflado con ella porque se ha vestido de blanco para fundirse con el paisaje, monta su escopeta, mete dos cartuchos que coge de la canana y espera pacientemente con ella en los brazos sin perder de vista el tortuoso camino nevado que lleva al Coth de Baretges y domina perfectamente desde su posición.

El jabalí aparece diez minutos más tarde. No le importa la espera. Durante ella se ha estado armando de odio que ha acumulado en tres noches de insomnio. Así es que, cuando lo ve aparecer en la curva cerrada de la pista, espera que siga adelante, que se convierta en un blanco perfecto de espaldas, y entonces se echa la escopeta al hombro, sitúa la pieza en la mira del arma, cierra el ojo derecho, roza el gatillo, traga saliva y dispara. Un accidente de caza.

El tiro lo escucha después de sentirlo, como el trueno al rayo, un ruido seco que se repite montaña arriba y se pierde entre los árboles, mudos testigos del suceso, rebotando en los troncos. Unos pájaros levantan un vuelo ruidoso y unos corzos galopan monte arriba por la nieve. Se lleva la mano enguantada a la pierna mientras esta no le sostiene y cae sobre el manto blanco, torcido en un bucle. La bala le ha entrado por detrás y le ha destrozado la rótula. Sangra, como un jabalí, mientras se retuerce en el suelo y grita y gira en redondo, sobre la nieve, sobre sí mismo, formando un círculo rojo con el compás que es su cuerpo.

—¡Los cojones! ¡Me cago en Dios! —maldice, mientras palidece por la hemorragia que mancha de sangre la inmaculada nieve blanca en la que se hunde y pega el pantalón del uniforme a la pierna.

Suena otro disparo. Ya no hay pájaros que ahuyentar y los corzos, en su galopar, habrán llegado al collado de la montaña y habrán bajado hacia los bosques de Francia. La bala zigzaguea por la nieve, como una serpiente, abre un surco en ella y se hunde en la espalda del caído, a la altura de los riñones, y astilla una vértebra

como si fuera un madero podrido. El dolor es mayor, le paraliza. Este disparo no sangra, se ha metido dentro y la hemorragia es interna. Pero duele más que el otro y siente el cuerpo extraño y metálico quemando carne y hueso. Y Antonio Muñiz Parra, con un brazo, intenta, sin éxito, bajo la nieve, encontrar el teléfono móvil que debe de estar en el bolsillo de su pantalón pero no está, porque ha caído.

—Ya está —dice el cazador, colgando su escopeta del hombro, escupiendo al suelo un gargajo sanguinolento, contemplando su obra cien metros más abajo, entre los árboles, bajando luego, monte a través, la pendiente que le lleva a su coche.

Sigue el surco de las raquetas en la nieve. Las sigue desde que dejó su coche detrás del cuatro por cuatro verde oliva del cuerpo al principio de la pista. Le alcanzará porque el otro le está abriendo camino, sin él saberlo. Va rápido porque pisa la nieve prensada que su predecesor le va dejando como rastro a seguir. Se siente lobo. Baja la temperatura, puesto que el cielo se abre y emerge un cielo azul pálido pero sin sol. Hace mucho frío. El aire se condensa ante su nariz. La barba se hiela. Las cejas se hielan también. La piel de la cara le duele. Sube camino arriba con la Parabellum en la mano agarrotada cubierta por un guante negro y no repara en la belleza espectral de ese paisaje nevado, congelado, que le observa sin decir nada, quieto y solemne. Piensa en la Rubia, para cegarse, en su recuerdo, en esa barra de la que colgaba exangüe mientras le llovían los golpes. Conoce el camino, pero con nieve se hace arduo caminar por él. No debe de andar lejos. Y entonces oye un disparo cercano, y un alarido que rompe el silencio del bosque. Cazadores, pero la queja no es de bestia. No se detiene, sino que sube pista arriba más aprisa, con el corazón golpeándole la camiseta, el forro polar y el anorak, a punto de desbocarse, respirando con fuerza hasta perder el aliento. Ya no tiene frío, sino que suda. Tiene calor. El calor de la prisa por llegar y el odio sumado a esta. Y otro disparo, otro grito más apagado este, más sordo y cercano. Ya está. Ya. Lo tiene en cuanto el camino da una revuelta cerrada y se encarama en una

pendiente brusca junto a una pared que rezuma hielo que en primavera será agua.

Antonio Muñiz Parra se retuerce cuando ve al intruso. Pero no logra incorporarse, no puede con la pata quebrada. Es una pieza cobrada que espera el degüello mientras respira afanosamente aire que se convierte en vaho nada más salir por el hocico. No implora clemencia cuando lo ve llegar, pistola en mano, y detenerse a medio metro de él, pisando la sangre que mana de sus heridas y tiñe de rojo la nieve blanca.

—Acaba ya, hijo de puta. Acaba ya, si tienes cojones —grita, escupiendo sangre.

Durante veinte años Aitor Abasolo ha soñado con ese momento. Lo estuvo soñando cuando se balanceaba de aquel tubo con los pies sangrando y las uñas arrancadas con tenazas. Lo estuvo soñando cuando vio a la Rubia rescatada del fondo del Bidasoa con hierbajos en la boca. Y ahora tiene a tiro al animal herido que se revuelve, hozando en su propia sangre, reclamando el tiro de gracia en la inmensidad de un paisaje majestuoso que ha visto escenas de caza mil veces repetidas. Alza el arma, apunta a la frente inmóvil, lo mira a los ojos. Esta vez no hay pasamontañas, ni vendas, y el hombre que lleva el nombre de un muerto ve al hombre sin rostro y que durante años ha sido una voz que ha encontrado en ese lugar perdido en la montaña.

El tiempo se detiene mientras se miran fijamente a los ojos, sin parpadear, y ambos aprietan los dientes. A Aitor Abasolo le suena ese rostro tenso que tiene delante, y entonces no se le encasquilló el arma como dijo. No apretó el gatillo en Bilbao, el 5 de agosto de 1994, junto a la Ría, y por eso fue colgado de la barra, la Rubia murió en el Bidasoa y está él ahora allí, en el camino del Coth de Baretges a punto de tomar una de esas decisiones que le cambiarán inevitablemente lo que le reste de vida. Y lo mismo piensa el otro que se arrepiente de no haberlo matado cuando lo tuvo a su merced, colgado de la barra, y de no haberlo sepultado en cal viva.

Un disparo entre ceja y ceja y ya no tendrá que preocuparse de pedir un traslado, ni de aguantar a la pelirroja el resto de su vida.

Crujen los troncos de los árboles que los miran; silba el viento entre las ramas con una melodía lúgubre. Vuelan copos solitarios que bailan en el aire antes de alcanzar el suelo nevado. Grita, en el silencio, un grajo que es un espectro negro que cruza el escenario blanco.

Dispara seis veces. A la nieve.

—La guerra ha terminado.

Un hombre arrastra a otro hombre ladera abajo, por la pista que va del Coth de Baretges a la carretera que lleva a Luchón. Lo agarra por las solapas del anorak de la guardia civil mientras se hunde en esa superficie blanda que lo engulle en su belleza. Un hombre herido por dentro tira de otro, malherido por fuera, que va dejando, en su camino por esa nieve virgen por la que ambos se deslizan, un surco rojo. Son dos puntos pequeños en el valle inmenso, entre miles de árboles, mudos testigos de sus actos, un viento que es un soplido suave de una gran boca y unos copos que caen bailando de una tenue nube y son las palabras del silencio. Son esculturas humanas que se mueven sobre un escenario nevado en una tarde de invierno que hiela. A vista de buitre, no son nada.

Mi agradecimiento particular para Amador Marqués, alcalde de Bossòst, Silvia Puértolas, del bar restaurante Hiru, y Sandrine François, de la inmobiliaria Montplay; a mis amigos Sara Díaz, Santiago Silva y Martín Inurritegui, que procuran que mis paseos por los bosques del valle de Arán sean menos solitarios.

A David y Lis, mis exvecinos, por el vino argentino, los bifes y la anécdota del cigarrillo en el microondas; a David, por la bala en el madero; y a mi nieta Paula, con quien busco dinosaurios entre los árboles.



JOSÉ LUIS MUÑOZ JIMENO (Salamanca, 1951) Escritor y articulista español.

Biografía

Cursó estudios de Filología Románica en la Universidad de Barcelona, militando en asociaciones antifranquistas, articulista. Es un gran aficionado al cine y a los viajes. Si bien ha escrito libros fantásticos, eróticos e históricos, destaca como escritor de novela negra, siendo uno de los principales exponentes del género en España. Ha escrito artículos de opinión en los periódicos El Sol, El Independiente, El Observador y El Periódico, entre otros, así como *dossiers* en las revistas GQ, DT y Cinemanía. Vinculado a la Semana Negra de Gijón, desde sus inicios, ha impartido conferencias en universidades de Sudamérica y ha sido invitado a numerosos congresos literarios. Es un habitual de la Semana Negra de Gijón que organiza el escritor hispano-mexicano Paco Ignacio Taibo II. Escribe también en su blog *La soledad del corredor de fondo*, que en un año ha recibido más de treinta mil visitas. También escribe crónicas de viajes para las más importantes publicaciones del sector:

Traveler y Viajes National Geographique, entre otras. Sus libors han sido traducidos al búlgaro, checo, italiano y francés. Publicó en Etiqueta Negra, la mítica colección policial de Paco Ignacio Taibo II para Júcar, sus dos primeras novelas negras. Tiene también publicadas novelas sociales y fantásticas.

En 2001, la Editorial Planeta le encomendó escribir sobre el descubrimiento de América; así, surgieron tres tomos: *Guanahaní* (Planeta 2001), *El Fuerte Navidad* (Planeta, 2002), *Caribe* (Planeta, 2002), que constituyen la trilogía *La pérdida del paraíso*, editado simultáneamente en España, Colombia y México y distribuido por toda Sudamérica. En *Los ritos ajenos*, Ayuntamiento de Jumilla, 2005, trata la persecución de los judíos en tiempos de los Reyes Católicos. En *Lluvia de níquel* trata la ludopatía adictiva en Las Vegas, a partir de un artículo publicado por la revista GQ, con fotos de Helmut Newton; *Último caso del inspector Rodríguez Pachón* (Algaida, 2005), una trama policial en la exuberante La Habana, y *La caraqueña del maní* (Algaida, 2007) *thriller* de etarras y chavistas ambientada en Caracas que mereció unánimes elogios literarios y mencionó el New York Times a partir del incidente de Hugo Chávez con Juan Carlos I. En la obra colectiva *Lo breve si breve*, se incluye un relato sobre la película porno que rodara Marilyn Monroe. *El corazón de yacaré* es una historia romántica con tintes negros ambientada en Sudamérica que transcurre en un país imaginario que es la síntesis de todas las sangrientas dictaduras que ensombrecieron el continente entre los años 70 y 80 del siglo pasado. Fue presentada en el marco de la Miami Book Faire International. Sus novelas han sido elogiadas por Luis García Berlanga, Manuel Vázquez Montalbán, la RAI, medios de comunicación franceses y de la crítica literaria argentina afincada en España Lilian Neuman, así como de las revistas Qué Leer, el suplemento Culturas de La Vanguardia, el blog de literatura La

Tormenta en un Vaso, La Biblioteca Imaginaria, Anika entre libros, Llegir en cas d'incendi, entre otros, y han sido citadas por el New York Times.

Obras

El cadáver bajo el jardín (Júcar, 1987)

Barcelona negra (Júcar, 1987)

Los ojos ajenos (Ayuntamiento de Toledo, 1988)

El Barroco (Plaza & Janés, 1988)

Serás gaviota (Ayuntamiento de Toledo, 1989)

La casa del sueño (Laia, 1989)

La lanzadora de cuchillos (Icaria, 1989)

Pubis de vello rojo (Tusquets, 1990)

Mala hierba (Grupo Libro 88, 1992)

El final feliz (Ayuntamiento de Alcorcón, 1993)

La malformación de R. Melic (El Brocense, 1994)

La precipitación (CIMS, 1999)

Una historia china (Ekoty, 2000)

Lifting (Algaida, 2001)

Guanahaní (Planeta, 2001)

Fuerte Navidad (Planeta, 2002)

Caribe (Planeta, 2002)

El sabor de su piel (Alfadil, 2004)

Lluvia de níquel (Algaida, 2004)

Los ritos ajenos (Ayuntamiento de Jumilla, 2005)

Último caso del inspector Rodríguez Pachón (Algaida, 2005)

Viajeros de sí mismos (Brosquil, 2006)

La caraqueña del Maní (Algaida, 2007)

El mal absoluto (Algaida, 2008)

El corazón de Yacaré (Imagine, 2009)

La mujer ígnea y otros relatos oscuros (Neverland, 2010)

La frontera sur (Almuzara, 2010)

Marea de sangre (Erein, 2010)

Tu corazón, Idoia (Corona Borealis, 2011)

Llueve sobre La Habana (La Página Ediciones, 2011)

Muerte por muerte (Bicho Ediciones, 2011)

Patpong Road (La Página Ediciones, 2012)

Bellabestia (Sigueleyendo.com, 2012)

La invasión de los fotofóbicos (Atanor Ediciones, 2013)

La doble vida (Suburbano Miami, 2013)

El secreto del náufrago (Ediciones del Serbal, 2013)

Ciudad en llamas (Neverland, 2013)

Marero (Diputación de Álava, 2013)

Te arrastrarás sobre tu vientre (El Humo del Escritor, 2014)

Marero (Ediciones Contrabando, 2015)

"*Ascenso y caída de Humberto da Silva*" (Ediciones Carena, 2016)

"*El hijo del diablo*" (Ediciones del Serbal, 2016)

"*Cazadores en la nieve*" (Ediciones Versátil, 2016)

Premios literarios

Premio Tigre Juan (1985)

Azorín (1985)

La Odisea (1988)

Ciudad de Toledo (1989)

Premio Sonrisa Vertical (1990)

Ángel Guerra (1992)

Ciudad de Alcorcón (1993)

Ciudad de Cáceres (1994)

Premio Café Gijón (2001)

Letra Erecta (2004)

Francisco García Pavón (2004)

Ciudad de Jumilla (2005)

Diputación de Córdoba (2005)

Ciutat de Benicassim (2006)

Camilo José Cela (2007)

Ciudad de Badajoz (2008)

Villa de Seseña (2009)

Ciudad de Carmona (2010)

Ignacio Aldecoa (2013)

Diputación de Córdoba (2015)

Notas

[1] ¡Viva Euskal Herria libre! ¡Viva Euskal Herria socialista! ¡Sin tregua hasta la independencia y el socialismo! **<<**

[2] Buenos días, señor. ¿Qué querrá? **<<**

[3] Te quiero con locura. **<<**

[4] —¡Vaya mañana!

—Movida.

—¿Quién puede ser?

—¡Quién sabe!

—No creo que sea nadie del pueblo. Nadie ha desaparecido últimamente. **<<**

[5] —Pero ella huyó a Francia y de eso hace más de seis años.

—Tendría que ser más discreto el teniente, ¿no crees?

—Sí, tendría que serlo. Y no ir a las citas en el coche patrulla. En este pueblo todo se sabe.

—Un día Èric se liará a tiros. **<<**

[6] Id muchacha al encuentro de Dios Todopoderoso. Hoy no es un día triste sino feliz, porque tú nos precedes en el camino. **<<**

[7] De tu tío y tus primos. Tú estarás siempre presente en nuestros corazones. **<<**